

El texto presentado a continuación, nos ha sido gentilmente facilitado por su autor, Miguel Vázquez Liñán. Publicado en Sevilla en 2005, es inhallable en librerías de Argentina; pero su lectura es imprescindible para comprender acabadamente la dinámica del conflicto entre Rusia y Chechenia, razón por la cual solicitamos su reproducción por esta vía. Agradecemos su generosidad de facilitárnoslo.

Desinformación y propaganda en la guerra de Chechenia

Miguel Vázquez Liñán¹

¹ **Miguel Vázquez Liñán** es profesor de la Facultad de Comunicación (Universidad de Sevilla), donde imparte las asignaturas “Información y Propaganda” e “Historia de la Comunicación Social”. Miembro del Grupo Interdisciplinario de Estudios en Comunicación, Política y Cambio Social (www.compoliticas.org) y coordinador del Observatorio Eurasia (www.observatorioeurasia.org). Miguel Vázquez se ha especializado en los estudios de teoría e historia de la propaganda, enfocándose especialmente en el espacio geográfico de la antigua Unión Soviética. Información sobre sus publicaciones puede encontrarse en: <http://departamento.us.es/dperiodismo1/?q=users/mvazquez>.

El texto *Desinformación y propaganda en la guerra de Chechenia* fue publicado en Padilla Libros (Sevilla, 2005).

A Elena

Homo homini lupus
(El hombre es un lobo para el hombre)
Thomas Hobbes

Rusia será grande, o no será.
Vladimir Putin

ÍNDICE

Prólogo, por Carlos Taibo.

1. Introducción.

2. La primera guerra (1994-1996).

2.1. Situación político-mediática (1991-1994).

La Chechenia de Dudáev. La incipiente industria de medios en Rusia.

2.2. El inicio de la campaña militar.

Control de los corresponsales. La propaganda militar.

2.3. Guerra, elecciones, y medios de comunicación.

2.4. El período de entreguerras.

3. La segunda guerra (1999- ...).

3.1. Cambio de estilo: la guerra de “nuevo tipo”.

La nueva política de información. Las acreditaciones. La llegada al poder de Vladímir Putin. El caso “Babitski”.

3.2. Putin y la “normalidad democrática”.

Reestructuración del sistema de medios. Nueva imagen, viejos símbolos. “Conoce al presidente”. El culto a la personalidad. El poder de los *siloviki*. La vertical del poder.

3.3. La disidencia.

3.4. Chechenia tras el 11 de Septiembre.

La propaganda en Internet.

3.5. El secuestro del teatro de la calle Dubrovka.

3.6. ¿La consolidación de Putin? (2003-2005).

El secuestro de la escuela de Beslán. La muerte de Masjádov. Unidad y “democracia” frente al enemigo externo.

4. Cronología.

5. Bibliografía.

PRÓLOGO, por Carlos Taibo

Si pocos son entre nosotros los estudios que se interesan por un conflicto tan sangrante como el de Chechenia --uno de los muchos atávicamente ignorados--, mayores son aún las carencias en lo que hace a una dimensión fundamental de aquél, como es la relativa a la trama informativa que, del lado ruso como del checheno, se desenvuelve en su trastienda. Aunque es verdad que las guerras no se ganan en los estudios de televisión y en las redacciones de los periódicos, no lo es menos que lo que ocurre al calor de los medios de comunicación resulta a menudo decisivo para mantener bajo control elementos vitales como el que aconseja, y es un ejemplo entre otros, acallar eventuales resistencias.

Desinformación y propaganda en la guerra de Chechenia se interesa, ante todo, por la trama reseñada, aun cuando aporta también --en virtud de una inequívoca exigencia pedagógica-- una útil introducción al conflicto checheno, a la condición de los medios que operan en Rusia y a la relación de éstos con el Kremlin y con los oligarcas locales. Lo hace, por añadidura, con la voluntad de recordar que no han faltado las diferencias entre el tratamiento mediático dispensado por Yeltsin a la primera guerra ruso-chechena postsoviética, la librada entre 1994 y 1996, y el otorgado a la segunda, esto es, la que se inició en 1999 y hoy todavía colea, por Putin. Si en un caso como en el otro la propaganda arrinconó visiblemente a la información, conviene subrayar en qué medida la era yeltsiniana, en la que no faltaron en modo alguno las querencias autoritarias, se vio marcada por una permanente improvisación al cabo traducida en una férula menos severa sobre los medios. No nos engañemos, con todo, al respecto: para dar cuenta de la conducta de Yeltsin en relación con aquéllos, y con Chechenia, antes primó la incompetencia que la liberalidad.

Lo de Putin ha demostrado ser harina de otro costal. Por lo pronto, los procedimientos desplegados, férreos y satisfechos a rajatabla, parecen haber dado sus frutos en la forma de un tributo decisivo para que, por un lado, la impunidad más manifiesta impere en Chechenia, y, por el otro, el ruso de a pie lo ignore casi todo. En ese esfuerzo de atontamiento de la población ha resultado al cabo decisiva, como no podía ser menos, la anulación de los medios de comunicación que, por las razones que fueren, habían tenido la mala idea de disentir. Efecto mayor al respecto ha sido, de manera colateral, un directo control, desde el Kremlin, de la información que se vierte fuera de Rusia, un país en el que, por lo demás, se cuentan con los dedos de una mano los que, como Anna Polítkovskaya, tienen el coraje de resistir.

Claro es que, con posterioridad a los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos, Putin le ha conferido un nuevo impulso a tramas manipulatorias que hasta entonces tenían un relieve contenido. Las simplificaciones correspondientes han pasado a ilustrar una estrecha relación con un discurso planetario que identifica por doquier islamistas radicales internacionalmente organizados y que tiene consecuencias varias. Entre ellas se cuentan el designio de cancelar cualquier suerte de interés por los conflictos singularizados, la concesión de una genuina *carta blanca* a gobiernos que no se caracterizan precisamente por un respeto cabal de los derechos humanos, el despliegue de fórmulas de doble rasero que dan en tratar de manera diferente a amigos y enemigos, a poderosos y a débiles, la asunción de fórmulas que acarrearán obscenos códigos xenófobos, la aseveración inopinada de que lo que ha dado en llamarse *terrorismo* puede combatirse en virtud de procedimientos de cariz estrictamente policial-militar y, en fin, la sugerencia

de que las grandes potencias nada tienen que ver con los problemas que se revelan en los escenarios más dispares. Que todas estas aberraciones discursivas han encontrado eco en la propaganda putiniana lo revelan bien a las claras las páginas que Miguel Vázquez Liñán dedica a los hechos moscovitas del teatro Dubrovka y a los norosetios de la escuela de Beslán. No tiene desperdicio, por cierto, el análisis final incorporado a este libro, dedicado a la tarea de apuntalar otro discurso, el de la lógica imperial que Putin acaricia, en el que el camuflaje retórico y propagandístico apenas acierta a ocultar una pulsión autoritaria quizás irrefrenable.

De la mano de una consideración tan puntillosa como lúcida de lo acaecido, al calor del contencioso checheno, con tantos medios y estrategias de comunicación, el libro que el lector tiene entre sus manos arroja mucha luz sobre lo que sucede en la Rusia contemporánea y algo nos dice, también, de conductas que recorren el planeta entero. Nos pone sobre la pista, en suma, de algunos riesgos que acarrea, por fortuna, el ejercicio de la manipulación más abyecta. Y es que acaso la irrupción, paulatina pero cabe esperar que firme, de un fermento de resistencia civil en Rusia algo le debe al contenido patético de un culto a la personalidad que despunta por doquier en la figura de Putin y de campañas tan hilarantes como la que, con el nombre de "Conoce al presidente", es objeto de sesudo análisis en estas páginas. Otro tanto cabe decir, por mencionar un ejemplo más, de un mito que empieza a desmoronarse en la Rusia de estas horas: el de que Putin ha puesto firmes a los oligarcas.

Tiene el lector delante de sus ojos un texto breve pero enjundioso, que aporta una información vital para entender muchas cosas que merecen desvelamiento. Qué pena que no haya motivo alguno para concluir que los integrantes de esa plaga contemporánea que padecemos, los tertulianos, se vayan a acercar a estas páginas.

Carlos Taibo, junio de 2005

1. INTRODUCCIÓN

Chechenia es un pequeño territorio, de unos 15.000 km. cuadrados, situado en la vertiente nororiental de la gran cordillera del Cáucaso, una zona de abigarrada composición étnica e indudable importancia geoestratégica (rica en petróleo y gas), que ha hecho de la región punto de fricción entre diferentes imperios a lo largo de su historia. Organizada socialmente en clanes (*teip* en su denominación local), Chechenia cuenta con una mayoría de musulmanes suníes, lengua propia (el *naj*) y una población que rondaría los 700.000 habitantes, punto éste difícil de contrastar debido a las consecuencias de la guerra y a las particularidades de los censos llevados a cabo por Rusia.

La historia de Chechenia suele ser descrita como una larga y continuada lucha de resistencia frente a los diferentes imperios que han intentado conquistarla. Se trata, a todas luces, de una visión simplificada, pero de gran trascendencia para este trabajo, ya que a través de esta interpretación se ha ido construyendo un imaginario colectivo, tanto en Chechenia como en Rusia, reflejado sistemáticamente en la propaganda que ambos bandos llevan desarrollando desde que, en 1994, comenzase la guerra. De esta forma, se han creado una serie de estereotipos que definen al pueblo checheno, a sus propios ojos, como el eterno resistente que nunca se ha dejado conquistar ni rusificar, mientras que en Rusia la imagen del checheno cruel, salvaje y malvado se abre paso en el discurso propagandístico.

Efectivamente, los intentos de colonización del Cáucaso por el imperio ruso vienen de lejos, y comienzan a ser especialmente persistentes a finales del siglo XVIII. La resistencia chechena, desde estos momentos, irá forjando líderes carismáticos que alcanzarían la categoría de mitos, como en el caso del jeque Mansur. Ya en el siglo XIX, el liderazgo de la oposición a la ocupación rusa recae en la figura del imam Shamil, que se enfrentará al no menos mítico general ruso Alekséi Yermólov. El choque se reflejará en algunas de las mejores páginas de la literatura rusa decimonónica, de la mano de autores como Lérmontov o Lev Tolstoi, ambos enviados a luchar en el Cáucaso.

Los inicios del siglo XX traen un cierto relajamiento de las relaciones que vendría acompañado de las promesas (pronto incumplidas) de independencia por parte de los revolucionarios bolcheviques. Con Stalin en el poder, se crea la República Autónoma de Chechenia-Ingushetia y, durante la Segunda Guerra Mundial, se producirá otro de los episodios que marque la compleja historia de las relaciones entre Moscú y Grozny, que también ha sido y es ampliamente recordado en los mensajes propagandísticos del conflicto que hoy continúa desarrollándose. El 23 de febrero de 1944, más de 300.000 chechenos son deportados a Asia Central bajo la acusación, más que cuestionable, de colaboración con el enemigo nazi. Este exilio forzado, que se prolongaría hasta 1957, acabó con la vida de más de la mitad de los deportados y constituye, hasta hoy, un trauma nacional cuyas heridas están lejos de cicatrizar. Pasados los años, la caída de la Unión Soviética vino precedida por la declaración de independencia unilateral del entonces presidente checheno Dzhojar Dudáev, circunstancia ésta que llevaría, en 1994, al inicio del conflicto armado que, a día de hoy, y tras una tensa calma entre los años 1996 y 1999, sigue abierto.

Es a este último enfrentamiento al que hemos dedicado las siguientes páginas. Se trata, por lo tanto, de un conflicto en curso, con las limitaciones para el análisis que esto supone. No pretendemos aquí reconstruir la historia de este enfrentamiento; otros estudios lo han hecho y a ellos nos remitiremos cuando sea necesario², sino intentar profundizar en uno de los elementos consustanciales a cualquier guerra, sea ésta de gran, media o baja intensidad, si es que se puede aceptar como válida dicha clasificación: la propaganda.

Como hemos apuntado, el acercamiento a un conflicto armado en curso supone asumir ciertas limitaciones para el análisis, dada la ausencia de la necesaria distancia temporal que nos permita contar con fuentes de información hoy inaccesibles, así como la dificultad del tratamiento desapasionado, si éste fuera posible, de unos hechos que siguen formando parte de la actualidad. Una de estas barreras viene dada por la propia naturaleza de la guerra: los conflictos bélicos, se ha dicho hasta la saciedad, vienen siempre acompañados por la puesta en marcha de diferentes medidas que dificultan el acceso a la información; no hay guerra sin manipulación, censura y desinformación, sin apelación a las emociones de las poblaciones implicadas, sin versiones oficiales y contrapropaganda; y no siempre es fácil separar el grano de la paja.

El caso de Chechenia no es una excepción. Ambos bandos han roto todas sus lanzas con el objetivo de que su versión de los acontecimientos se abra paso con éxito entre la maraña informativa; pero no es menos cierto que estamos ante una de esas guerras en las que la diferencia estructural de medios de todo tipo (también propagandísticos) es, cuando menos, considerable. La Federación Rusa, a pesar de su reciente historia, sigue siendo un Estado con cierto peso en la arena internacional, lo que le permite indudables ventajas propagandísticas (acceso a los grandes foros internacionales, negociación diplomática, uso de los recursos del Estado en favor propio, etc.), mientras que Chechenia, cuya independencia no ha sido reconocida internacionalmente, goza de pocos privilegios en este aspecto.

El principal éxito propagandístico que Rusia ha conseguido, gracias a esta abismal diferencia de medios, es lograr que la guerra de Chechenia sea vista como un “asunto interno”, punto éste que sigue justificando el vergonzoso silencio de una comunidad internacional que ha optado por mirar hacia otro lado. Y no es éste un asunto menor, sobre todo si consideramos que, desde 1999, y con mucho mayor intensidad tras los atentados del 11 de Septiembre, las autoridades rusas han insistido, con aparente éxito, en la idea de incluir la lucha por la independencia de Chechenia bajo el sacrosanto rubro de “guerra contra el terrorismo internacional”.

Si bien es cierto que una parte de la resistencia chechena se ha visto envuelta en injustificables actos de terror, no lo es menos que el sistemático uso del mismo por el Estado ruso ha ocupado muchos menos titulares en la prensa internacional. Este doble rasero ha ocultado los intentos de negociación de otras fracciones de la resistencia lideradas, hasta su asesinato en marzo de 2005, por el presidente checheno Aslán Masjádov.

Insistamos en este punto: el uso del terrorismo por parte de un Estado que se dice democrático debería, cuando menos, despertar las mismas reacciones y cobertura

² En la bibliografía se presenta una relación de estos estudios.

mediática que aquellos actos de la misma naturaleza organizados, en este caso, por la resistencia chechena. Si a esto añadimos que el Estado ruso, asumiendo esa diferencia estructural a la que nos referíamos, ha hecho uso en Chechenia de toda su capacidad de destrucción, no deberá extrañarnos que en las siguientes páginas hagamos especial hincapié en la campaña de desinformación orquestada desde el Kremlin.

Por otra parte, este enfoque viene dado por otra de las limitaciones al análisis de un conflicto como el que aquí estudiamos: en Chechenia no hay, prácticamente, periodistas. Las medidas de coacción puestas en funcionamiento por el gobierno ruso han hecho casi imposible el acceso de los profesionales de la información a territorio checheno. Estas medidas afectan especialmente a los medios audiovisuales y, como es sabido, si no hay imágenes, las posibilidades de aparecer en los grandes canales de televisión (objetivo muy codiciado por cualquier propagandista) son muy remotas. Ante esta situación, resulta evidente que debemos permanecer prudentes a la hora de tomar en consideración los datos disponibles sobre este conflicto. Es complejo sacar conclusiones ante la precariedad de la información accesible y, por lo tanto, cualquier afirmación tajante con pretensiones de exactitud en relación a lo que ocurre realmente en el interior de Chechenia, contará con altas dosis de especulación.

Sin embargo, diez años de conflicto armado parecen suficientes para poder apuntar algunas tendencias en lo que a propaganda se refiere. Quizás la más documentada sea la total pérdida de credibilidad que tiene la información suministrada por las autoridades rusas; una década de continuas contradicciones, incoherencias y ejemplos de desinformación, conducen a todos aquellos interesados en conocer, bien que parcialmente, la realidad del conflicto, a la búsqueda de fuentes de información alternativas a la versión oficial, aunque no siempre más creíbles. De alguna forma, este libro es la historia de las circunstancias que han llevado al descrédito de las fuentes oficiales, empeñadas en ofrecer una versión de los acontecimientos que, en buena medida, se ha colado también en las declaraciones (pocas) hechas por líderes de aquellos gobiernos con capacidad de decisión real en la escena internacional.

Es necesario señalar, al menos, una última limitación de este trabajo. Buena parte de la información utilizada para analizar la versión que, de la guerra, han dado los medios de comunicación rusos, proviene de aquellos con implantación nacional, o con su área de acción limitada a la zona “europea” del país, especialmente Moscú y, en menor medida, San Petersburgo. Queda, por tanto, por analizar, la cobertura que sobre el conflicto han realizado los medios de otras regiones del país. Digamos, como atenuante de esta carencia, que el sempiterno centralismo ruso ha llevado, a muchos de esos medios, a reproducir sin grandes cambios la versión de Moscú.

Hechas estas salvedades, el análisis de un conflicto abierto tiene también sus recompensas, entre ellas, la posibilidad (y necesidad) de denunciar formas de proceder, en lo que a políticas de propaganda se refiere, que muchos quieren ver exclusivamente como propias de tiempos pasados, aunque no parece que podamos concluir nada parecido. Este es un libro sobre propaganda, por lo que el lector encontrará continuas referencias al discurso público que pretende, con mayor o menor éxito, justificar un determinado orden de cosas y provocar una respuesta en sus receptores, respuesta que, de producirse en los términos deseados, coincide con los intereses predeterminados del propagandista. A pesar de que ninguna situación histórica es repetible en su totalidad,

no es menos exacto que las semejanzas con las formas y técnicas de persuasión usadas en el pasado no resultan difíciles de encontrar.

Y, en esta repetición (con los matices que se quiera) de la historia en general, y de la historia de la propaganda en particular, podemos apuntar, al menos, lo siguiente: en primer lugar, nos hemos referido ya a la imposibilidad de disociar guerra y propaganda; Clausewitz decía que la guerra es un acto de fuerza al que, en teoría, no se le pueden poner límites ni modificar, sustancialmente, sin caer en el absurdo. Algo similar podríamos decir de la propaganda en períodos de conflicto bélico. La guerra es un triste espectáculo del que la humanidad no debe sentirse especialmente orgullosa; en su parte más prosaica significa pérdida de la dignidad, enfermedades, falta de higiene y servicios básicos, piojos, mal olor, hambre, violaciones, muerte y, desde luego, miedo. Si bien este componente ha sido utilizado históricamente para persuadir a la población propia de lo que podría ocurrir en caso de victoria enemiga, la justificación de la guerra suele ir acompañada de argumentos con apariencia mucho más “noble”: lucha por las libertades y la justicia, recuperación de la grandeza histórica, eliminación de las tiranías en el mundo y, por qué no, la guerra contra el terrorismo. En esto, hemos de reconocerlo, no nos diferenciamos mucho de nuestros antepasados. En ocasiones, la propaganda nos ayuda a soportar lo insoportable y a reconciliarnos con nuestro entorno, porque ¿qué nivel de verdad estamos capacitados (o dispuestos) a tolerar sobre lo que ocurre en el mundo que nos rodea?

Este libro debe mucho a todos aquellos que, a pesar de las dificultades, han intentado contar lo que sucede en Chechenia; profesionales que, como el español Ricardo Ortega, nos abrieron los ojos a una guerra sucia, como todas, y desconocida, como la mayoría. Vaya desde aquí nuestro agradecimiento a todos ellos y, muy especialmente, a quienes desde Rusia y Chechenia, luchan por detener este baño de sangre.

2.LA PRIMERA GUERRA (1994-1996)

2.1. Situación político-mediática (1991-1994).

En 1968, Vladímir Vysotski, uno de los más grandes cantautores rusos de todos los tiempos, escribía *Utrenniaya guimnástika (Gimnasia matutina)*, memorable canción satírica en la que el autor comparaba el sistema político de aquellos años con la “carrera estática” que se suele usar para calentar los músculos en la gimnasia: corremos... pero sin avanzar. La metáfora era extraordinariamente certera: las ilusiones revolucionarias que acompañaron los primeros años de la historia soviética quedaban ya lejos. El impulso popular que llevó a la victoria en la Segunda Guerra Mundial, también. 1968 fue un año difícil; mientras en París se buscaba arena bajo los adoquines, la URSS aplastaba la Primavera de Praga para “defender el socialismo”. La doctrina de Leonid Brezhnev, secretario general del PCUS, consistía en no tocar el sistema; Nikita Jruschov, su antecesor en el cargo, lo había hecho y le había costado el puesto. Pero la retórica pretendía seguir siendo revolucionaria, y la propaganda soviética llamaba a los trabajadores a construir el socialismo, a superar la producción siguiendo el modelo del minero Stajánov, héroe soviético del trabajo en los años treinta. No obstante, el excesivo dogmatismo no conseguía ocultar la esclerosis: la apariencia de movimiento se quedaba en eso, en apariencia: correr... pero sin avanzar. Vysotski volvería muchas veces al tema en canciones posteriores; de hecho, 1968 era sólo el principio del inmovilismo: lo peor estaba por llegar.

Cuando, en 1982, Brezhnev murió, el país estaba, económica y anímicamente, destrozado. La economía (mal) planificada había provocado situaciones graves de escasez, pérdida de cosechas, catástrofes ecológicas, etc., mientras que el presupuesto militar seguía aumentando para continuar con una ya perdida carrera armamentística que estaba, cada vez más, asfixiando al país de los Soviets. Ni que decir tiene que, en esta situación de propiedad estatal de los medios de producción y autoritarismo político, los medios de comunicación eran utilizados como vehículos de propaganda gubernamental que gozaban, por lo general, de credibilidad limitada entre la población.

Con la *Perestroika* de Mijail Gorbachov la situación empezó a moverse; de hecho, se movió mucho más de lo que el secretario general hubiese querido y pensado. Fueron años de explosión creativa, en los que surgieron nuevas publicaciones, grupos musicales y directores teatrales que se atrevían cada vez a más. Los censores, ante la confusión reinante, no estaban nada seguros de qué permitir y qué no. Pero la Unión Soviética seguía en pie, y el “moderno” secretario general no dudaba en ponerse la chaqueta del “antiguo régimen” a la hora de reaccionar a hechos como la explosión nuclear de Chernóbyl: “se aconseja cerrar las ventanas y permanecer en casa”, fue la advertencia ante un horror medioambiental que estaba envenenando y matando a la población. Otra vez el silencio informativo...

Pero la URSS cayó y había que inventarse la Federación Rusa. Borís Yeltsin, que en 1991 era un comunista díscolo y un político de enorme intuición, estaba a la cabeza del proyecto. ¿Y qué separaba a la Unión Soviética de las economías de mercado? Pues el mercado, el mercado “libre” o quizás... “el libre mercado”. El nuevo gobierno se mostraba decidido a crearlo y, para ello, Yeltsin se rodeó de jóvenes economistas que se tomaron muy en serio una de sus funciones: destruir la economía planificada. El problema es que la construcción se tornaba más difícil que la destrucción. Yegor Gaidar

era uno de estos nuevos economistas, y el principal artífice de la liberalización de los precios del control estatal (así como de la hiperinflación que le siguió); otro de estos jóvenes políticos, Anatoli Chubáís, que aguantaría mucho más en la alta política que Gaidar, se encargó de dinamitar el monopolio estatal de la propiedad. La enorme y mal gestionada riqueza industrial del país pasaba a manos privadas.

La Unión Soviética había, por lo tanto, dejado de existir. Las antiguas Repúblicas Socialistas Soviéticas devinieron en países independientes, pero la transición económica iba a ser, y sigue siendo, un proceso lleno de dificultades. En 1991, buena parte del “mundo desarrollado” le llevaba décadas de ventaja. La URSS había jugado con otras reglas y la Federación Rusa, su mayor heredera, tenía que aprender a competir de otra forma y, en lo posible, continuar siendo una potencia en la arena internacional: no era fácil, y el resultado lo demostró. Los nuevos economistas habían sabido destruir lo anterior, pero tenían enormes problemas a la hora de construir algo nuevo. La planificación estatal fue sustituida por nada. No se habían creado instituciones que regulasen y limasen los excesos de la incipiente economía de mercado y resultaba imposible que se produjese una competencia sana en esas condiciones. Y no se produjo. El Estado había sido el único propietario, dueño de todo el pastel, así que muchos lo vieron claro: había que asaltar al Estado. Y así se hizo. Las fábricas soviéticas se vendían a precio de saldo, surgían nuevas empresas de la nada y el dinero ruso salía del país hacia paraísos fiscales. Era la época de los milagros, todo se podía hacer porque la ausencia de reglas implicaba que no había nada, o casi nada, que estuviera prohibido. El dinero fácil y rápido estaba al alcance de la mano y hubo quien se acostó en un jergón de su apartamento de treinta metros cuadrados y se despertó millonario, mientras la mayoría hacía desesperados esfuerzos para no perder el jergón. En este ambiente se van forjando las fortunas de los que luego serían llamados “oligarcas” y que, durante años, dominaron el país gracias a sus relaciones, bien que salpicadas de altibajos, con el poder político. De hecho, ellos eran el poder político: una especie de consejo de administración del país; Berezovski, Jodorkovski, Potanin, Gusinski... son algunos de los nombres a tener en cuenta para entender la historia reciente de Rusia, la historia de su dinero y de su poder. También, claro está, la de sus medios de comunicación.

La Chechenia de Dudáev

Entretanto, y aún antes de que la Unión Soviética se desplomase, un Borís Yeltsin en plena guerra política con Mijail Gorbachov, había animado a las repúblicas soviéticas a tomar para sí toda la autonomía que pudiesen soportar. La URSS cayó en diciembre de 1991, y de su disgregación surgieron quince repúblicas independientes, que coincidían con aquellas de mayor rango administrativo en la Unión. Chechenia, un territorio de rango menor y que, administrativamente, pertenecía a la Federación Rusa, se adelantó a los acontecimientos y declaró unilateralmente su independencia un mes antes de la desaparición de la URSS. La pequeña república autónoma estaba gobernada por Dzhohar Dudáev, un general de división de la aviación soviética que, apoyándose en una formación política de reciente creación, el Congreso Nacional del Pueblo Checheno, había disuelto, en septiembre de 1991, el Soviet Supremo de la entonces República Autónoma de Chechenia-Ingushetia. En octubre de ese año convocó y ganó unas elecciones que pocos dudaron en calificar de fraudulentas, comenzando así una etapa marcada por el autoritarismo y el culto a la personalidad, así como por un aumento de la actividad de las redes mafiosas que controlaban buena parte de la maltrecha economía

chechena³. El general Dudáev, con la ayuda de su ministro de información, Movladi Udúgov, estableció una férrea censura que dejaba pocos resquicios a un mínimo pluralismo en lo que a medios de comunicación se refiere. En estas condiciones, Dudáev se puso a la tarea de crear un nuevo Estado, orquestando para ello una campaña de propaganda que pretendía afirmar la diferencia con Rusia y la exaltación de la tradición chechena. Y un cambio de este tipo, una enmienda a la totalidad, precisa, en términos propagandísticos, de una nueva simbología; la bandera verde, roja y blanca, con la representación de un lobo bajo la luna llena, sustituyó a la soviética; se aprobó el descanso de los viernes y el cambio del huso horario: la nueva Chechenia retrasó sus relojes una hora con respecto a Moscú⁴. Todos los funcionarios del gobierno de Dudáev se referían a la República como Chechenia-Ichkeria y las disposiciones del gobierno, durante la primera guerra con Rusia, que comenzaría en 1994, se publicaban en el periódico oficial que llevaba el nombre tradicional de la república, *Ichkeria*, y que pasaría a la clandestinidad tras la entrada de los federales en Grozny, en 1995.

El general de aviación no dudó en promocionar un estridente culto a su persona. Su imagen podía verse, en diferentes formatos, por todos los rincones de Chechenia. Sus planes políticos fueron editados en innumerables panfletos, como el titulado “Espinoso camino hacia la libertad”⁵, en el que trazaba sus proyectos para un país independiente, y no dudó en unir su figura a la de dos grandes personajes de historia chechena: Mansur Ushurma y Shamil, en la primera emisión de sellos de la Chechenia independiente⁶. En esta línea, el régimen de Dudáev promocionó una visión de la historia chechena en la que cobraban especial relevancia aquellos pasajes de heroica resistencia en la batalla contra la colonización rusa, destacando personajes como el mencionado imam Shamil, ávaro de Daguestán que comandó la resistencia durante uno de los períodos más duros de las guerras caucásicas contra el expansionismo ruso del siglo XIX.

Junto a la lucha contra la colonización rusa, probablemente el episodio histórico que más se utilizara propagandísticamente haya sido la masiva deportación que el pueblo checheno sufriera en 1944, bajo la acusación de Stalin de haber prestado apoyo al enemigo nazi durante la Segunda Guerra Mundial. Buena parte de los chechenos deportados, en su mayoría a Kazajstán, murió debido a las condiciones extremas de los trenes en los que fueron transportados a Asia Central. Este hecho, convertido en pieza fundamental del imaginario colectivo de la nación chechena, y muestra del sacrificio por la patria, así como de la tiranía rusa, cobró una gran importancia propagandística, en tanto en cuanto muchos de los líderes independentistas, como el propio Dudáev o Aslán Masjádov, nacieran poco antes o durante este traumático exilio. Pero, junto a esta recuperación del pasado en lo que respecta a los numerosos momentos de conflicto con Rusia, tampoco faltaron excéntricas invenciones de la tradición chechena, como convertir a la República en el lugar de nacimiento del Islam, donde también algunos no dudaron en situar el jardín del Edén⁷.

Movladi Udúgov, ministro de información, jugó un papel central en la organización de la propaganda chechena. Fue el verdadero artífice de la estrategia

³ TAIBO, Carlos (1). *El conflicto de Chechenia*. Madrid: Catarata, 2004. p.46.

⁴ SMITH, Sebastian. *Las montañas de Alá. La batalla por Chechenia*. Barcelona: Ediciones Destino, 2002. p.224.

⁵ SMITH, S., *op. cit.*, p.232.

⁶ TAIBO, C. (1), *op. cit.*, p.46.

⁷ *Ibidem*.

contrapropagandística, cuyo objetivo era poner en evidencia las contradicciones y la desinformación emanada del gobierno ruso, lo que en absoluto le privó de utilizar los métodos del enemigo. Dotado de un teléfono vía satélite, “regularmente llamaba a las agencias de noticias rusas y extranjeras, las radios, los canales de televisión y los periódicos para ofrecerles la versión separatista de la historia”⁸. Udúgov contaba con enviados a Estambul que, a través del fax, enviaban a los medios internacionales boletines de noticias y que, con el tiempo, fueron organizándose hasta convertirse en uno de los referentes de la versión chechena de la guerra: el portal de información en Internet *Kavkaz.org*. Udúgov disponía también de un canal de televisión, llamado *Prezidentski kanal (El canal presidencial)*, que transmitió durante la guerra, clandestinamente, entrevistas con los líderes independentistas e imágenes del conflicto que, a pesar de su baja calidad y los indudables problemas de transmisión, contribuyeron a mantener alta la moral del pueblo checheno. Por otra parte, durante la primera guerra, como veremos, la política del gobierno checheno para con los corresponsales que trabajaban sobre el terreno consistió en concederles una amplia libertad de movimientos y fácil acceso a los principales líderes guerrilleros, situación ésta que contrastaba abiertamente con el estricto control del trabajo periodístico que pretendía imponer el gobierno ruso, y al que nos referiremos más adelante.

La incipiente industria de medios en Rusia

Volvamos ahora a los acontecimientos políticos en Rusia: 1993 fue año constitucional; el nuevo país se dotaba de una norma fundamental más acorde a la nueva situación. En su artículo 29, el texto constitucional prohibía la censura y reconocía la libertad de pensamiento, expresión, y prensa. Pero Yeltsin demostró pronto que le costaba convivir con una prensa libre y, ese mismo año, instauró la censura previa como “medida provisional”, debido a su enfrentamiento con el poder legislativo, que le llevaría a disolver el Parlamento... a cañonazos. También en esas fechas se prohibirían los periódicos de abierta filiación fascista y comunista (con el significado que conllevaba a dos años de la disolución de la URSS), aunque tardarían poco en volver a salir a la venta.

El empuje aperturista de Yeltsin en 1991 no significaba una especial devoción por la democracia. La palabra estaba en boca de todos los líderes políticos, pero pocos le demostraban fidelidad en la práctica. La costumbre se impuso y el nuevo presidente gobernaba a golpe de decreto, lo que, en muchas ocasiones, le trajo fuertes críticas de la prensa. La arraigada tendencia al totalitarismo se manifestaba, también, en la relación con los medios de comunicación; unos medios que salieron muy desprestigiados del periodo soviético y que luchaban, en esos primeros años, por aumentar sus índices de credibilidad. Las críticas al trabajo de la administración presidencial fueron, en muchas ocasiones, castigadas con diversas trabas administrativas para conseguir licencias (anuales), cortes en el suministro de papel, etc. Debemos recordar que, también en lo que a medios de comunicación se refiere, Rusia acababa de salir de un régimen de subvención total. Los medios se enfrentaban por primera vez a la necesidad de ser rentables... y su situación financiera pasaba por ser, en la mayoría de los casos, muy delicada. Ante tal estado de cosas, poco importaba la ley, cuya observancia no parecía importar a casi nadie, pero se seguía legislando. En enero de 1995 se aprueba la “Ley de medios de comunicación”, que será continuamente matizada y corregida por diversas

⁸ SMITH, S., *op. cit.*, p.308.

modificaciones y decretos, tendentes siempre a reducir el margen de actuación para el trabajo periodístico que dejaba dicha norma.

La liberalización de los precios había llevado, ya en 1992, al cierre de más de 1.500 publicaciones⁹. Los precios del papel subieron exponencialmente, así como los costes de impresión, mientras el grifo de las subvenciones estatales se cerraba casi por completo, obligando a los medios rusos a avivar el ingenio para subsistir. Además, las espectaculares cifras de abonados a la prensa soviética estaban en caída libre: la batalla por los lectores hizo a muchos periódicos cambiar su estilo editorial y de diseño. Así, *Moskovski Komsomolets* (MK) pasó a abanderar el amarillismo y dar un importante giro editorial, para convertirse en el diario más vendido de esos años. De hecho, desde 1991, son pocos los medios de comunicación que han conseguido mantener una línea editorial más o menos constante; los continuos bandazos político-empresariales propios de una economía en transición, obligaron a buena parte de los medios a cambiar de manos o/y ceder a las presiones del gobierno, que eran muchas e intensas, lo que conllevaría, como hemos apuntado, a sucesivos cambios de orientación política. Quizás uno de los pocos ejemplos de relativa continuidad es la del semanario *Moskovskie Novosti*, que ha conseguido mantener cierta distancia con el Kremlin, lo que le ha hecho gozar, sino de un público masivo, sí de una minoría de lectores fieles.

Así las cosas, la salida más “fácil” para no desaparecer del panorama mediático ruso ha sido dejarse querer, empresarialmente hablando, y entrar a formar parte de alguno de los grandes grupos que se formaron desde 1991. Estos conglomerados mediáticos han estado en manos del reducido grupo de empresarios que, en algunos momentos de la presidencia de Borís Yeltsin, llegaron a constituir, como ya hemos tenido la oportunidad de comentar, el “consejo de administración” que dirigía el país. Dos de ellos, Borís Berezovski y Vladímir Gusinski, tuvieron en sus manos buena parte del mercado mediático y, desde luego, el poder político correspondiente. Pasemos, pues, a conocer algo más de estos empresarios y de su papel en la estructura de medios de comunicación en esos años.

Borís Berezovski simboliza como nadie el período del capitalismo anárquico de los primeros años de la etapa postsoviética. Convertido en millonario en cuestión de meses, supo especular y aprovecharse del vacío legal existente, que le permitiría hacerse con empresas estatales a precio de saldo. Con su compañía Logovaz era, ya en 1992, el mayor vendedor de coches de Rusia. Pero la ambición de Berezovski apuntaba al poder político, lo que le hizo poner sus miras en el negocio de los medios de comunicación, vistos siempre como forma de influencia. Si las fábricas estaban siendo saqueadas y malvendidas, ¿por qué no hacer lo mismo con la infraestructura de los medios? Desde esta perspectiva, la televisión se convertía, con mucho, en el bocado más codiciado: Berezovski concentró sus esfuerzos en la adquisición de la ORT, el Canal 1 (Ostánkino) de la televisión estatal rusa, que llegaba a casi todos los hogares del país. La situación de ORT era desesperada: aunque el Estado seguía haciendo la inversión suficiente para que el Canal 1 continuase en antena, el dinero que ingresaba por publicidad era sistemáticamente desviado a terceras empresas, como correspondía a la masiva economía sumergida de esos años. De hecho, el negocio de la publicidad, como tantos otros, era una novedad en la Federación Rusa. Los funcionarios de la televisión pública estaban poco actualizados en este sentido, y comenzaron a vender los espacios

⁹ DOMÍNGUEZ, Tania. La evolución de la prensa durante la era Yeltsin. *ZER* [en línea]. 1998, n°4 [ref. de 12-01-2003]. Disponible en: <<http://www.ehu.es/zer/zer4/tania10.html>>.

“muertos” que quedaban entre los programas, producto de una mala distribución del tiempo televisivo. Fueron muchos los que se aprovecharon del desbarajuste y la escasa capacidad empresarial de estos funcionarios; algunos, más astutos, como Serguéi Lisovski, acabarían siendo magnates del negocio de la publicidad y las relaciones públicas en Rusia. Berezovski había participado, a través de Logovaz Press, en la fundación de Reklama Holding, la empresa publicitaria nacida para intentar monopolizar los espacios publicitarios de ORT y actuar como su “central de medios”. El negocio no podía ser más ventajoso: la empresa de Berezovski, Logovaz Press, disfrutaba de un suculento descuento del 80% en el espacio publicitario¹⁰. Se repetía la dinámica del dinero fácil: adquirir, a través de contactos personales, bienes o servicios prácticamente gratis, habitualmente provenientes del Estado, y venderlos por enormes sumas a inversores privados. Además, las audiencias aumentaban y el coste publicitario era ridículo para los grandes anunciantes occidentales: “En Rusia costaba alrededor de un dólar llegar a mil televidentes, mientras que en Estados Unidos el coste por mil televidentes era de unos 15 dólares”¹¹.

Así las cosas, e impulsado por sus poco disimuladas ambiciones políticas, Berezovski, cada vez más cercano al círculo de influencia de Borís Yeltsin, se propuso sacar tajada de la privatización de ORT con la promesa de que el canal se mantendría fiel al presidente. Y así fue: en noviembre de 1994, sin subasta previa y mediante un decreto presidencial, nació la nueva ORT, una televisión pública con participación privada. Esta novedad empresarial preveía el 51% de las acciones en manos del Estado y, el resto, propiedad de empresarios elegidos a dedo. Vladislav Lístiev, presentador de gran popularidad (que más tarde sería asesinado), pasaba a ser el director de la cadena (además de dueño de Inter-Vid, agencia publicitaria vinculada a Reklama Holding). La primera gran medida de los nuevos propietarios fue transformar la masiva corrupción publicitaria del canal, para convertirla en corrupción monopolística organizada alrededor de la empresa de Lisovski, Premier SV. Pero Berezovski parecía ambicionar la totalidad del control publicitario e ideológico: los informativos de ORT pasaron directamente a su supervisión y se convirtieron en pieza clave de la campaña antichechena orquestada por el gobierno ruso durante la primera guerra.

En 1993, Vladímir Gusinski ya era un empresario de éxito, enriquecido gracias a sus negocios inmobiliarios en la capital rusa, de la mano de su alcalde, Yuri Luzhkov. Ese año, pondría además en marcha el que sería el gran canal de televisión privado de Rusia: NTV. Hasta este momento, Gusinski había recorrido un corto pero intenso camino como hombre de negocios: de taxista ilegal y director escénico de relativo éxito en los años de la *Perestroika*, pasó a la consultoría de negocios y poco más tarde comenzaría su rentable amistad con Luzhkov, quien pondría a su disposición edificios públicos a bajo precio que luego él vendería por cifras astronómicas. Gusinski era el dueño del Banco MOST y, en febrero de 1993, pone la primera piedra de lo que sería su imperio mediático con el periódico *Segodnia*, buque insignia, durante un tiempo, del periodismo liberal moscovita.

Lo hemos dicho, pero hay que insistir en ello para entender los vertiginosos cambios empresariales de estos años: tras la caída de la Unión Soviética, los acontecimientos fueron muy deprisa; el país cambiaba y el periodismo, desde luego, también. Surgieron nuevas cabeceras que lideraban el espíritu reformista y de cambio liberal que flotaba en

¹⁰ HOFFMAN, David E. *Los oligarcas*. Barcelona: Mondadori, 2003. p.279.

¹¹ *Ibidem*, p. 280.

el ambiente. Los diarios *Kommersant* de Vladímir Yákovlev y *Nezavisimaya Gazeta* de Vitali Tretiakov fueron parte de esa vanguardia que estaba revolucionando el periodismo ruso. Obviamente, y como ya hemos señalado, las dificultades económicas hicieron que muchas de estas publicaciones se vieran obligadas a cerrar o pasaran a ser absorbidas por grupos financieros. Al parecer, Mijail Leontiev, uno de estos periodistas de la nueva hornada que había trabajado en *Kommersant* y *Nezavisimaya Gazeta*, decidió poner en marcha su propio proyecto, con la idea de buscar un solo inversor. Leontiev prefería depender de un solo dueño y no tener que agradar a demasiados anunciantes¹²: Gusinki sería ese inversor. El empresario concebía a los medios como un instrumento de influencia sobre el poder político, y resultaba evidente que el nuevo periodismo era un arma importante a la hora de arañar cuotas de poder y defenderse de los ataques de los enemigos. Con esta idea y un buen grupo de periodistas liberales arranca, en febrero de 1993, el diario *Segodnia*, con una tirada de 40.000 ejemplares y distribuido en Moscú¹³.

Pero el gran proyecto mediático de Gusinski sería la televisión. Junto a un grupo de profesionales desencantados con la situación del canal público Ostánkino, entre los que se encontraba Yevgueni Kiseliov, célebre y respetado presentador de *Itogui*, el programa de análisis político de Ostánkino que pondría en marcha la NTV: con Kiseliov como periodista estrella e Igor Malashenko (otro ex-Ostánkino) en la dirección, el 10 de octubre de 1993, *Novoe Televidenie* (NTV) se estrena como el primer canal privado de televisión en Rusia. El nuevo proyecto que, bajo el lema “las noticias son nuestra profesión”, no tardaría en meterse en serios problemas con el Kremlin, se presentaba como innovador e imparcial, cargado de cine occidental y noticiarios, atrayendo hacia sí a un grupo de los mejores profesionales de la TV rusa. Ya en 1994, Gusinski controlaba, además de NTV y *Segodnia*, parte de Canal 4, y la influyente emisora de radio Eco de Moscú. Quedaba claro que el magnate había apostado por los medios de comunicación como su principal fuente de dinero y poder.

2.2. El inicio de la campaña militar

El año 1994 es de triste recuerdo en la historia reciente de Rusia. La salud de Borís Yeltsin empeoraba y era evidente que permanecía lejos de abandonar su afición al alcohol junto a sus compañeros de sauna, mientras la prensa hostil al presidente insistía en que era allí, en esas saunas, donde se tomaban gran parte de las decisiones de Estado. Pero en ese año, los compañeros de juerga del presidente no eran especialmente recomendables: en una época en la que el entrenador de tenis del presidente tenía despacho en el Kremlin, los “favoritos”, muchas veces sin cargo político o con puestos de segunda fila eran, en ocasiones, más influyentes que algunos miembros del gobierno. Yeltsin se rodeó del conocido como el “partido de la guerra”, del que formaban parte personajes como Alexander Korzhakov, jefe del servicio de seguridad del presidente, Oleg Soskovets, primer viceprimer ministro o Mijail Barsukov, director del Servicio Federal de Seguridad (FSB por sus siglas en ruso), heredero del antiguo KGB. Este “ala dura” compuesta en su mayoría por miembros de las fuerzas de seguridad del Estado, poco partidarios de la observancia de las más elementales normas de vida democrática, estuvo tras muchas de las decisiones de ése y sucesivos años de la presidencia de Borís Yeltsin. Este desprecio por unas reglas del juego mínimamente limpias incluían un estructural desconocimiento del significado del pluralismo y la libertad de expresión.

¹² *Ibidem*, pp. 171-172.

¹³ *Ibidem*, pp. 174-175.

Por ello, no es extraño que la población mirase hacia el Kremlin buscando culpables de la muerte del periodista del diario *Moskovski Komsomolets*, Dmitri Jólodov, que investigaba diversos casos de corrupción dentro del ejército: fue asesinado en octubre de 1994, mes también del “martes negro” (11 de octubre), día en el que el rublo se desplomó, para desesperación de la población, que veía cómo en una jornada su dinero valía un 27% menos que la víspera. El día de los funerales de Jólodov, un irritado Borís Yeltsin acusaba a los periodistas de “irresponsables” por sus críticas al gobierno y sugería la adopción de unas licencias para los profesionales de la información que podrían ser retiradas si se desviaban de la línea del Kremlin¹⁴. La NTV de Gusinski criticaba abiertamente al presidente y a su círculo de favoritos: estaba claro que podía sentirse aludida. Yeltsin empezó a observar con recelo al magnate de los medios de comunicación y, a través del jefe de seguridad presidencial, Alexander Korzhakov, reconvertido en una suerte de “matón oficial”, comenzó a amenazar sin tapujos al canal y a su dueño. La situación se agravaría sensiblemente cuando comenzase la guerra en Chechenia. Repasemos, pues, someramente, algunos de los acontecimientos que llevaron al inicio de las operaciones militares.

Durante el verano de 1994, altos funcionarios de la administración presidencial se prodigaron en declaraciones que describían el caos reinante en la república norcaucásica, dibujando un tétrico panorama de secuestros, asesinatos, decapitaciones, etc. del que se culpaba directamente al presidente Dudáev; a pesar de lo cual, en agosto de 1994, Yeltsin prometió solemnemente que nunca intervendría militarmente en Chechenia¹⁵. Al mismo tiempo, en Moscú se había apostado por apoyar, o más bien dirigir, la oposición armada a Dudáev liderada por Umar Avturjánov que, a principios de agosto, afirmaba, en declaraciones que se demostraron falsas, tener bajo su control todo el territorio checheno a excepción de la capital, Grozny¹⁶. Si bien ya se habían producido enfrentamientos anteriores, los acontecimientos de la noche del 26 de noviembre sirven de ejemplo de lo que sería, en adelante, la política informativa del gobierno ruso con respecto a la guerra. En un primer momento, y de forma ciertamente insólita, la agencia de noticias TASS anunciaba, antes de que se produjera, lo siguiente: “El asalto de la oposición chechena a Grozny se producirá a las 21:30, hora de Moscú”¹⁷. Al día siguiente, TASS relataba un victorioso asalto de la oposición y citaba a un optimista Avturjánov, que decía tener la situación bajo control. Pero el comunicado de TASS no se ajustaba a la realidad: el intento de asalto a la capital chechena fue un completo desastre que se saldó con decenas de prisioneros rusos, expuestos por la televisión chechena en unas imágenes que dieron la vuelta al mundo.

Movladi Udúgov, que dirigía la política informativa de Dudáev, no desaprovechó la oportunidad y mostró en la televisión chechena a 21 tanquistas rusos capturados. No eran mercenarios, y Yeltsin había negado la intención de intervenir militarmente; por lo tanto, ¿qué hacían allí? Dudáev declaró que si Rusia los reclamaba como “suyos”, serían tratados como prisioneros de guerra; si no, debían ser ejecutados como mercenarios. Preguntado por lo ocurrido, el ministro de defensa ruso, Pável Grachov, negó la evidencia: los tanquistas no pertenecen a nuestro ejército, dijo, y añadió que un solo regimiento de paracaidistas del ejército ruso hubiera bastado para zanjar la cuestión

¹⁴ BENNET, Vanora. *Crying wolf. The return of war to Chechnya*. London: Pan Books, 2001. p. 323.

¹⁵ *Ibidem*, p. 317.

¹⁶ *El País*, 03/08/1994.

¹⁷ BENNET, V., *op. cit.*, p. 325.

chechena en un par de horas¹⁸. Poco después, y en un gesto ya clásico que recordaba las intervenciones soviéticas en Checoslovaquia o Afganistán, el líder prorruso Umar Avturjánov pidió a Rusia ayuda para desarmar a las bandas armadas de Dudáev. Tras este nuevo y definitivo paso en la justificación de la guerra, la intervención militar abierta sería cuestión de días. Ya en estas fechas, Gusinski se había posicionado en abierto enfrentamiento con el Kremlin, y la NTV se convirtió en “la alternativa” a la información oficial. La crítica se tornó feroz cuando, en diciembre de 1994, los tanques rusos entraban en Chechenia, sufriendo una de las derrotas más humillantes de la historia de su ejército y comenzando una guerra, sucia y devastadora, que dura hasta nuestros días.

Pongamos en orden los acontecimientos: el 11 de diciembre de 1994, tres unidades del ejército ruso entraban en Chechenia en lo que pretendía ser una operación militar rápida que concluyese con la imposición de un gobierno títere nombrado por Moscú y la consecuente “pacificación” de la república. Dos días antes, un decreto presidencial había allanado legalmente el terreno, validando todos los medios necesarios para garantizar la seguridad nacional, preservación del orden público, lucha contra el crimen y desarme de toda organización ilegal; pero el pretendido paseo militar se convirtió en pesadilla. La manifiesta animadversión de la población chechena a la intervención militar nutrió a una guerrilla muy motivada que golpeaba sistemáticamente a un ejército mal preparado y moralmente deshecho. Los intensos bombardeos sobre la capital, Grozny, preparaban el asalto terrestre, que se produjo la nochevieja de 1994 y ha pasado a la historia militar rusa como uno de los mayores fracasos de su ejército. El objetivo era el palacio presidencial, situado en el centro de la capital, al que se dirigieron los tanques rusos atravesando las estrechas calles del centro de Grozny. Las granadas antitanque de los guerrilleros hicieron estragos ante unos carros de combate incapaces de maniobrar en tan angosto espacio. Es difícil confirmar la cifra, pero se calcula que más de 2000 soldados rusos cayeron en los primeros días del asalto. La guerra de Chechenia había comenzado.

En esta situación, los medios chechenos, al servicio del gobierno de Dudáev, seguían funcionando desde el propio palacio presidencial bajo las órdenes de Movladi Udúgov. Sebastian Smith, corresponsal de la agencia France Press, narra la actuación de los encargados de la información en el gobierno de Dudáev, autodenominados “Prensa Chechena”, durante el ataque de las tropas federales al palacio presidencial:

“Los lumbreras de prensa chechena, que se habían hecho muy impopulares entre los corresponsales extranjeros, de repente se pusieron a hacer su trabajo. Filmaron los combates que tenían lugar en los alrededores del palacio presidencial. Alguno de ellos moriría. En un asombroso alarde de ingenuidad, por no mencionar la valentía, dejaron en funcionamiento una cámara de visión nocturna en la ventana de un piso alto y retransmitieron por la televisión las imágenes, grises y borrosas, de los vehículos blindados de transporte rusos disparando contra el edificio”¹⁹.

Estas imágenes pudieron ser vistas, a través del canal de Gusinski, por una población atónita, nada acostumbrada a contemplar en la pequeña pantalla las derrotas de su ejército. La NTV se consolidaba así como referente informativo y alcanzó su madurez como tal durante esta guerra. Nada parecido había ocurrido nunca en la televisión rusa:

¹⁸ *Ibidem*, p.326.

¹⁹ SMITH, S., *op. cit.*, pp.276-277.

los enfrentamientos estaban siendo muy cruentos y decenas de jovencísimos e inexpertos reclutas rusos eran presa de la insurgencia chechena. Siguiendo la tradición de opacidad informativa soviética, las autoridades, simplemente, no decían nada sobre el tema. Los medios oficiales tampoco, pero NTV llevaba a los hogares rusos las imágenes de los cadáveres, de los helicópteros derribados y los tanques derrotados; la cadena privada ponía en evidencia diariamente las mentiras y la sistemática labor de desinformación de las autoridades rusas. La televisión había desbancado al resto de medios de comunicación en lo que a información sobre la guerra se refiere y NTV era el referente: al estallar la guerra, el 70% de los espectadores se conectaron al canal de Gusinski²⁰. En esas mismas fechas, comenzó a emitirse el programa de marionetas dedicado a la parodia política: *Kukly*, que pronto se convertiría en azote de políticos de la mano del magistral humorista Víktor Shenderóvich.

Control de los corresponsales

Desde los primeros días de diciembre de 1994, y ante el recrudecimiento de la situación en Chechenia, fueron muchos los medios de comunicación, rusos e internacionales, que se dispusieron a enviar corresponsales al teatro de operaciones y, como es habitual en tiempos de guerra (declarada o no), el gobierno ruso puso en marcha la correspondiente normativa tendente a regularizar el trabajo periodístico en la zona de conflicto. El 1 de diciembre se constituía el Centro Provisional de Información (CPI), con el objeto de “hacer llegar al público ruso e internacional información objetiva sobre los acontecimientos” en Chechenia²¹. Dicho centro se convirtió inmediatamente en la principal fuente de desinformación oficial y no tardaría mucho en aumentar sus competencias. De hecho, el 9 de enero, una nueva disposición dejaba en manos del CPI la distribución de las acreditaciones para poder informar desde la zona de conflicto. Asimismo, el CPI contaba, entre sus nuevas atribuciones, con la obligación de “retirar inmediatamente la acreditación a los periodistas (...), en caso de transmisión de información falsa o propaganda que fomentase el odio nacional o religioso”²². Paralelamente, se ponía en marcha en Mozdok, ciudad donde se encuentra la base principal del ejército ruso en el Cáucaso del Norte, un nuevo centro de información, que comenzó a exigir documentación extra para expedir las acreditaciones. Las normas de acreditación incluían la necesidad de que los periodistas fuesen acompañados, en todo momento, por representantes de alguno de los cuerpos militares o de policía que operaban en Chechenia, o bien del servicio de prensa del gobierno ruso. Podríamos citar decenas de denuncias cursadas por corresponsales de diferentes nacionalidades sobre el funcionamiento del régimen de acreditación; en la práctica, la dificultad y, sobre todo, la aleatoriedad en la concesión de dichas acreditaciones, hizo que buena parte de los periodistas se arriesgase a entrar en Chechenia sin ella, lo que ocasionó numerosísimas detenciones por parte de las fuerzas federales rusas²³.

²⁰ HOFFMAN, *op.cit.*, p.299.

²¹ Disposición N° 1886-r, de 1 de diciembre de 1994 “en relación al empeoramiento de la situación en el Cáucaso Norte, que amenaza la continuación de la estabilización de la situación socio-política, y con el objeto de hacer llegar al público ruso e internacional información objetiva sobre los acontecimientos”.

²² Disposición N° 1360, de 9 de diciembre de 1994, “sobre las medidas para garantizar la seguridad del Estado y la integridad territorial de la Federación Rusa, la legitimidad, los derechos y libertades de los ciudadanos, y el desarme de las formaciones armadas ilegales en el territorio de la República de Chechenia y regiones adyacentes del Cáucaso Norte”.

²³ Para una mayor información sobre estas denuncias, así como sobre la situación general del trabajo periodístico en la guerra de Chechenia, véase: RIJTER, A.G. (coord.). *Zhurnalistika i voina. Osveschenie rossyskimi SMI voennyi deistvii v Chechne* [en línea]. Moscú: Institut “Otkrytoe Obschestvo”, 1998 [ref.

Como vemos, ya desde antes del comienzo de la intervención militar se venía preparando el terreno para limitar las posibilidades de acceso a la información, lo que llevó a que los incidentes entre periodistas y autoridades fueran constantes durante los primeros momentos del conflicto. Asimismo, no ayudaron a mejorar la situación las continuas declaraciones de los representantes gubernamentales criticando la cobertura mediática de la guerra. El 15 de diciembre, el viceprimer ministro Oleg Soskovets informaba de que habría que revisar la licencia de emisión de la NTV²⁴; un día después, el propio Soskovets declaraba que “a los periodistas les faltaba cerebro para mostrar la legalidad de las acciones del gobierno en Chechenia”²⁵, y daba 24 horas a los corresponsales para salir de Grozny; de lo contrario, “no se garantizaba su seguridad”. Paralelamente, el gobierno repetía machaconamente en esos días que Moscú estaba llena de centros de desinformación pagados por los hombres de Dudáev: Yeltsin afirmaba, el 27 de diciembre, que la ayuda del líder independentista era indispensable para el funcionamiento de los medios de comunicación de Rusia²⁶. Por otra parte, resulta oportuno recordar que el Kremlin había evitado en todo momento utilizar la palabra “guerra” para describir lo que estaba ocurriendo en Chechenia. Se trataba, en cambio, de una operación policial que pretendía desarmar a las bandas armadas ilegales y restablecer el orden constitucional en una de las provincias rusas.

Pero a pesar de todas las dificultades para conseguir información, ésta seguía llegando y hacía subir notablemente las tiradas de los periódicos y el *rating* televisivo. Además, y quizás demostrando cierta desconfianza por la información que transmitían los medios nacionales, las audiencias de las emisoras de radio extranjeras con emisiones en ruso se triplicaron en algunos casos. En estas circunstancias, la confusión sobre los acontecimientos pasó a ser la tónica dominante en las informaciones de la mayoría de los medios de comunicación. En lo que respecta a la televisión, y según un estudio²⁷, durante la semana que precedió al inicio del conflicto armado, el *rating* medio de *Vremia*, el principal informativo de la oficial Ostánkino, emitido a las 21:00, conseguía una media del 26% de la audiencia posible, que subiría al 31% durante la última semana de 1994. En el mismo período, el informativo *Vesti*, emitido a las 20:00 por la cadena RTV subía del 20 al 30,5% y *Segodnia*, de la cadena de Gusinski (NTV, 22:00), casi doblaba su audiencia, pasando del 11,5 al 22,5%; a mediados de enero, las audiencias comenzarían a resentirse de nuevo.

La propaganda militar

A pesar de los intentos de control informativo descritos, el gobierno de Yeltsin fue incapaz de fijar una línea propagandística coherente que defendieran todos sus miembros. Las continuas salidas de tono y flagrantes contradicciones de los funcionarios de la administración fueron la norma durante la primera guerra y, muy

de 05/10/2001]. Disponible en: <<http://www.medialaw.ru/publications/books/war/>>; PANFILOV, Oleg (coord.). *Dangerous profession. Monitoring of violations of journalists' rights in the CIS 2000*. Moscow: Human Rights Publishers, 2001; SIMONOV, Aleksei (coord.); PANFILOV, Oleg. (comp.). *Informatsionnaya voíná v Chechne. Fakty, dokumenty, svidetstva. Noyabr 1994-sentyabr 1996* [en línea]. Moscú: Fond Zashchity Glasnosti i National Endowment for Democracy, 1997 [ref. de 10/11/2000]. Disponible en: <<http://www.internews.ru/books/infowar/2.html>>.

²⁴ RIJTER, A.G. *op.cit.*, p.18.

²⁵ *Ibidem*, p.19.

²⁶ *Ibidem*, p.21.

²⁷ *Ibidem*, p.30.

especialmente, de los primeros meses. El caos propagandístico del ejecutivo se hizo también evidente en el ejército y los distintos cuerpos de seguridad que, de una u otra forma, intervenían en la guerra. Si ya los diferentes conflictos armados que desató la caída de la Unión Soviética en el Cáucaso y Asia Central habían dejado claro el lamentable estado del antiguo Ejército Rojo, la guerra de Chechenia evidenció tropas mal equipadas, desorganizadas y con unos alarmantes niveles de alcoholismo. Los medios disidentes de la versión oficial mostraban a soldados que robaban comida y ropa de abrigo, que asesinaban y canjeaban sus armas por unas botellas de vodka; jóvenes desmotivados y presos del miedo, soldados de reemplazo cuyas primeras prácticas de tiro fueron en el frente, y que sufrían terribles novatadas inflingidas por sus propios compañeros; “bromas” que, a menudo, les costaban la vida.

Pero este tipo de argumentos no sólo tuvieron cabida en los medios de comunicación críticos con el Kremlin: las publicaciones de los distintos cuerpos de seguridad están plagadas de acusaciones parecidas. Dmitri Epshtein, en un estudio titulado *Na ideologicheskome fronte*²⁸ (*En el frente ideológico*), hace un repaso de los contenidos de estas publicaciones que pone de manifiesto flagrantes errores de orquestación propagandística y desunión, evidenciando el caos generalizado que atravesaba Rusia en esos años.

Las discrepancias que se dieron entre las publicaciones del Ministerio del Interior y de Defensa llegaron, en ocasiones, a tomar la forma de graves acusaciones; *Voin*, revista del Ministerio de Defensa, relata, en 1995, la sanguinaria actitud de los soldados del Ministerio del Interior: “Los soldados del Ministerio del Interior se disponían a pasar por las armas a un anciano médico checheno. El crimen lo evitaron los soldados federales”.²⁹ Por su parte, *Na boevom postu*, publicada por el Ministerio del Interior, dibuja un tétrico retrato de las tropas del ejército; panorama que, para Epshtein, parece sacado de la novela de Shólojov *Sudba cheloveka*: “En un puesto de control del ejército (en el que todos están borrachos), retienen a un alférez del Ministerio del Interior que se había extraviado y se disponen a fusilarlo. El alférez no pierde la compostura; los soldados del ejército sienten gran respeto por su actitud e incluso le ofrecen un vaso de vodka que se ve obligado a beber”.³⁰ Si bien la prensa militar presenta este tipo de “discrepancias” internas, suele coincidir a la hora de culpar a los medios de comunicación no militares de la baja moral del ejército. La prensa rusa es frecuentemente calificada de “quintacolumnista”³¹, y de estar vendida a la causa de Dudáev.

Orientir, otra de las revistas del Ministerio de Defensa, denuncia abiertamente, en 1995, la campaña en contra del ejército orquestada por “algunos medios de comunicación de masas, movimientos pseudopatrióticos y organizaciones sociales”³². En ese mismo artículo se hace hincapié en el devastador efecto que esta supuesta campaña estaba teniendo en la moral de la tropa. Esta clase de acusaciones a los medios fueron *in crescendo* desde el inicio de las hostilidades y desembocarán en peticiones de censura y control de la información al gobierno de Yeltsin, si bien las publicaciones militares

²⁸ EPSHTEIN, Dmitri. “Na ideologicheskome fronte”. En: SIMONOV, Aleksei (coord.), *op.cit.* A este estudio pertenecen las citas de las publicaciones militares que aquí reproducimos.

²⁹ *Voin*. 1995, nº4, p.24.

³⁰ *Na boevom postu*. 1996, nº5, p.17.

³¹ *Na boevom postu*. 1996, nº8, p.13.

³² *Orientir*. 1995, nº7, p.24.

serán sólo la punta de lanza de un creciente debate sobre la necesidad de poner límites a la libertad de información en relación a los acontecimientos en Chechenia. *Voennaya Mysl*, publicación del Ministerio de Defensa, defiende en sus páginas esta postura: “Es necesario, que un documento jurídico (decreto presidencial, resolución del gobierno) sobre el desarrollo de operaciones militares, si no se declara el régimen de situación de emergencia, contemple el control estatal de todos los materiales que provengan de la zona de operaciones”³³. Según *Voennaya Mysl*, el documento debería incluir “la prohibición de la interpretación arbitraria de los hechos, así como de comentarios sesgados”. La propuesta de control que ofrecen los militares sigue la pauta de las operaciones efectuadas por los órganos de seguridad nacional, a saber: “detección de personas que difunden rumores, literatura y material audiovisual que desacrediten al ejército”.³⁴

Ante esta situación, y como forma de contrapropaganda que evitara los efectos negativos de los medios en la tropa, el teniente coronel N. Borisenko proponía métodos de propaganda y guerra psicológica dirigida a los soldados, que deberían, a su juicio, ser puestas en marcha por los propagandistas del Ministerio del Interior:

“El suministro de información hacia los efectivos no debe depender de la coyuntura ni del volumen de la información existente. Este trabajo se debe llevar a cabo permanentemente, en cualquier circunstancia, de una forma creativa, con el uso de formas y métodos de información imaginativos, entre ellos el método del *teléfono del soldado* (el boca a boca), etc. La experiencia demuestra la rapidez en la difusión de la información que ofrece este tipo de técnicas, así como el alto grado de credibilidad entre los soldados de los mensajes así transmitidos”.³⁵

Pero si la versión oficial (mal coordinada), repetía insistentemente que el objetivo de las operaciones militares en Chechenia era la “restitución del orden constitucional”, la prensa militar se puso manos a la obra para llenar de significado esa tan poco emotiva argumentación. Y es en este intento de interpretación donde nos encontramos con varios ejemplos clásicos de propaganda de guerra. Como tantas veces a lo largo de la historia, la evidencia de los acontecimientos, la crueldad y la injusticia pasan a un segundo plano, para dar protagonismo a la emoción, al mensaje que huye de explicaciones racionales o argumentaciones lógicas y que pretende construir esa realidad paralela de misión histórica, atrocidades del enemigo, heroísmo y cruzada, que tantas veces ha dado resultado.

Y claro, si funciona, ¿para qué cambiarlo?: “Chechenia no es un asunto nuevo, sino antiguo. Si usted ha leído sobre aquella guerra que tuvo lugar aún en época de los zares, entonces comprenderá mucho de lo que ocurre hoy”³⁶. Así se pronunciaba en 1996 Pável Grachov, entonces ministro de defensa, en una entrevista para la revista *Orientir*, dando a entender que la guerra que él había ayudado a desencadenar, era una continuación de la siempre inacabada conquista del Cáucaso que trajo de cabeza a los zares rusos en el siglo XIX, y que sirviera de argumento a escritores como Pushkin, Lermontov o Lev Tolstoi. En suma, el argumento histórico en forma de propaganda imperialista hizo que las publicaciones militares se llenasen de apología de la guerra

³³ *Voennaya Mysl*. 1996, nº1, pp.64-70.

³⁴ *Ibidem*.

³⁵ *Voiskovoi Vestnik*. 1996, nº2.

³⁶ *Orientir*. 1996, nº1, p.12.

romántica: se trataba, por lo tanto, “de acabar el trabajo”. *Pogranichnik*, revista del Cuerpo de Guardafronteras ruso, sentenciaba, en 1996: “El espíritu de Yermólov estaba visiblemente presente”.³⁷

No fue sólo el glorioso pasado militar zarista lo que se trajo a colación, sino que los encontronazos del siglo XIX con los diferentes pueblos del Cáucaso se confundían en las páginas de la prensa militar con otros más recientes, como la deportación de los chechenos por Stalin en 1944. *Na boevom postu* publicaba en 1995, un texto titulado: “Deportación: ¿crimen o castigo?”³⁸ Evidentemente, la revista se inclinaba por la segunda opción. Por lo tanto, los medios militares fusionaban retales de la historia rusa, seleccionados a su antojo, de época zarista y soviética. Tampoco aquí innovaron; Stalin ya evocó las gestas del ejército de los zares durante la Segunda Guerra Mundial, usando como reclamo propagandístico la victoria de 1812 contra Napoleón, e incluso otra de las grandes bazas del nacionalismo ruso: la Ortodoxia, convirtiendo *de facto*, a parte de la jerarquía eclesiástica ortodoxa, en una rama más del KGB. Zares o secretarios generales, lo cierto es que una fracción nada despreciable de la propaganda rusa fue, y sigue siendo, abiertamente imperial. Ante la falta de gancho persuasivo que las instituciones de la nueva Rusia parecían tener, las banderas rojas y las canciones patrióticas soviéticas comenzaron a sustituirlas en las filas del ejército. Al recuerdo de la gloria imperial se le añadieron, en ocasiones, unas gotas del conocido “fatalismo y mesianismo ruso”; Rusia aparece, desde esta óptica, vestida con las galas de la “Tercera Roma”, una nación predestinada, heredera de Bizancio y, por lo tanto, con una misión histórica que cumplir:

“Las guerras en el Cáucaso son la eterna fatalidad del pasado de Rusia. Qué bonito sería que se quedaran para siempre en el pasado, pero la cruel realidad de la vida contradice nuestros deseos”.³⁹

En lo que respecta a la imagen del enemigo, nos encontramos de nuevo ante la falta de criterio de los medios militares. En los primeros momentos se adivina la pretensión de presentar el conflicto como de poca monta, una simple batalla contra un enemigo menor... cuestión de días; al mismo tiempo, se elude en un principio explotar a fondo el argumento étnico: no estamos aún en el apogeo de la imagen criminalizada del checheno. El propio jefe de la seguridad del Estado, Serguei Stepashin, afirmaba que no era el pueblo checheno quien luchaba, sino afganos y mercenarios del Báltico, incluyendo, para estupefacción de muchos, a “mujeres francotiradoras”.⁴⁰ Sin embargo, los sucesivos fracasos militares hicieron necesaria otra explicación, que pasaba por dar un giro de 180 grados a la anterior. El enemigo se transformó, entonces, en “un ejército capaz de competir con el de cualquier país europeo”,⁴¹ argumento éste que recordaba al “cuarto mejor ejército del mundo”, empleado por el gobierno estadounidense para referirse al ejército iraquí en la primera Guerra del Golfo. Tampoco funcionó esta estrategia y, en consecuencia, pocos meses después del inicio de la contienda se dejaron a un lado los remilgos étnicos; era hora de empezar a llamar a las cosas por su nombre: los enemigos ya no eran “bandidos”, ni “seguidores de Dudáev”; se trataba, simple y llanamente, de chechenos, a los que se llamaba “a pedir perdón cuanto antes al pueblo

³⁷ *Pogranichnik*. 1996, n°3.

³⁸ *Na boevom postu*. 1995, n°10.

³⁹ *Zaschitniki Otchizny*. 1995, n°2, pp.20-21.

⁴⁰ *Na boevom postu*. 1995, n°2, p.7.

⁴¹ *Orientir*. 1996, n°7, pp.20-23.

ruso, que tanto ha hecho por los chechenos sin recibir nada a cambio, excepto violentos y sangrientos enfrentamientos: id a pedir perdón por las buenas, así a todos les irá bien a los chechenos y a los rusos. Pero si los chechenos se ponen tontos, habrá problemas”.⁴²

1996 fue año de elecciones, y quizás no esté de más recordar que buena parte de la clase política rusa, que ese año se disputaba el poder, provenía de los diferentes cuerpos armados y fuerzas de seguridad, muy especialmente de las distintas agencias resultantes de la división del antiguo KGB. Es una realidad vigente en nuestros días y que tiene como prueba más palpable la llegada a la presidencia, en el año 2000, del teniente coronel Vladímir Vladímirovich Putin. La presión del partido de la guerra, de los militares que rodeaban a Yeltsin, era muy fuerte y, sobre todo, muy difícil de ignorar. El ejército ruso no acababa de creerse su necesaria obediencia al poder político, y el riesgo de golpe de Estado estaba muy presente. La situación, como veremos, aún tendría que acentuarse, hasta el punto de no poder establecer una clara línea divisoria entre militares y políticos.

Esta situación ayuda a comprender mejor la construcción de la imagen que de sí mismo daba el ejército en sus publicaciones; si bien no faltaron clásicos calificativos soviéticos, usados ahora para describir al soldado ruso como “guerrero concienzudo y diestro, fiel patriota”⁴³, también habrá lugar en las páginas de la prensa militar para la descripción de conductas mucho menos heroicas y, en ocasiones bastante más cercanas a la difícil realidad: “La mayoría combatió porque hay que cumplir las órdenes. Algunos, por dinero y la falta de cualquier otra perspectiva”.⁴⁴ De esta falta de motivación y de las penalidades se culpa, a menudo, a los políticos.

2.3. Guerra, elecciones, y medios de comunicación

Los primeros meses de 1995 confirmaron que la guerra estaba lejos de ser un paseo militar del ejército ruso. Los bombardeos y la crueldad de los enfrentamientos habían ocasionado un éxodo masivo de refugiados hacia los territorios vecinos a Chechenia, especialmente a la República de Ingushetia⁴⁵. Los paupérrimos campamentos organizados para acoger a estos refugiados eran asiduamente visitados por periodistas que salpicaban sus crónicas con testimonios sobre violaciones, torturas y asesinatos cometidos por militares y policías rusos que se movían con total impunidad por el territorio ocupado. Pero no era, a pesar del optimismo de las crónicas oficiales, una ocupación real; si bien durante el día la situación parecía bajo control, por la noche las tropas acantonadas recibían continuos ataques de una guerrilla que daba signos de buena salud.

En junio de 1995, Shamil Basáev, al mando de unos 150 guerrilleros, entraba en Budionnovsk, ciudad rusa fronteriza con Chechenia y, en un violento ataque por sus calles, tomó rehenes sin distinguir entre civiles y militares, atrincherándose más tarde en el hospital de la ciudad, cuyos accesos fueron minados inmediatamente. Las cifras no estaban claras, pero algunas fuentes llegaron a hablar de casi 5000 rehenes⁴⁶. La

⁴² *Zaschitniki Otchizny*. 1996, nº3, p.3.

⁴³ *Orientir*. 1995, nº3, p.22.

⁴⁴ *Ibidem*.

⁴⁵ SMITH, S (*op. cit.*, p.300), habla de unos 500.000 refugiados, lo que supondría casi la mitad de la población de la República.

⁴⁶ *El País*, 20/06/1995.

petición del comando de Basáev: detener la guerra en Chechenia. Las fuerzas de seguridad rusa rodearon el hospital y grupos de élite *Alfa* se prepararon para tomarlo. A nadie se le escapaba que el asalto corría el riesgo de convertirse en una carnicería, pero tampoco estaba claro que este argumento fuese a detener a las autoridades rusas, cuya actuación, en ocasiones similares, ha dado la impresión de priorizar la muerte de los asaltantes a la salvación de los rehenes. Afortunadamente, en esta ocasión, los acontecimientos se desarrollaron de forma diferente. Ante la ausencia de Yeltsin, el primer ministro, Víktor Chernomyrdin, prometió un alto el fuego y la libertad de los asaltantes que, escoltados por las tropas rusas, llegaron en varios autobuses hasta la frontera con Chechenia, donde fueron recibidos como héroes. El terrible suceso dejó alrededor de 150 muertos, varios centenares de heridos y fue el inicio de una serie de secuestros masivos que tendrían su continuación, durante la segunda guerra, en el teatro de la calle Dubrovka de Moscú, en 2002, y la escuela de la ciudad norosetia de Beslán, a los que nos referiremos con mayor detalle más adelante.

Pero Budionnovsk sirvió también para que la insurgencia, a través de un tremendo acto de terror, llamase la atención de una comunidad internacional que estaba ignorando vergonzosamente la tragedia chechena y, de paso, se ponía en evidencia el estado de la seguridad en territorio ruso (Basáev afirmaba que había pasado los controles sobornando a los funcionarios). La guerra, no sólo no había terminado, sino que estaba lejos de vislumbrarse un resultado victorioso. Fue, pocas dudas caben al respecto, un acto de propaganda, el inicio de una serie de violentos actos de terror cuyo principal objetivo propagandístico ha sido la demostración de fuerza y la llamada de atención sobre la continuidad del conflicto.

Tampoco conviene ignorar que Chernomyrdin, promotor de las negociaciones, se apuntaba un triunfo que sin duda le beneficiaba ante la cita electoral de diciembre de ese año. Así, tras unas negociaciones de paz con Dudáev que preveían el alto el fuego y que pronto se convertirían en papel mojado, el propio Chernomyrdin declaraba, en agosto de 1995, que la guerra en Chechenia “había terminado”⁴⁷. A pesar de que parecían albergarse algunas esperanzas que confirmaran el optimismo del primer ministro, a mediados de 1995 la guerra de Chechenia seguía desangrando al país y las ausencias del presidente acentuaban la sensación de vacío de poder (un vacío que solía ocupar el “partido de la guerra”). En diciembre estaban convocadas elecciones legislativas, y el descontento popular hacía aumentar las expectativas de éxito del único partido organizado como tal: el Partido Comunista de Guennadi Ziugánov. Diciembre era sólo el primer paso, el plato fuerte estaba previsto en junio de 1996, con las elecciones presidenciales. Ziugánov llevó a cabo, en 1995, una intensa y bastante exitosa campaña internacional de relaciones públicas. Era un serio aspirante a la presidencia de Rusia, pero sabía que el nombre del partido al que representaba causaba inquietud, no sólo en su país, sino también fuera de él; así que el antiguo propagandista soviético se fue de gira por el mundo con el objetivo de tranquilizar a políticos y empresarios, a los que ofreció su cara más amable. Ziugánov concedió cientos de entrevistas y apareció en los medios internacionales como un socialdemócrata moderno, pacifista y respetuoso de la propiedad privada; llevaba bien preparadas las respuestas a preguntas como: ¿qué diferencia hay entre su partido y el PCUS? Todos querían oír que, en el caso, más que probable según los sondeos, de que el Partido Comunista ganase las elecciones presidenciales de 1996, no iba a producirse una vuelta atrás... y Ziugánov estaba

⁴⁷ *El País*, 03/08/1995.

encantado de tranquilizar a las economías occidentales con inversiones en Rusia: no se preocupen, no soy Stalin, parecía decir. Es cierto que Ziugánov no decía exactamente lo mismo dentro de su país, ya que debía movilizar a todo su electorado potencial, compuesto por un buen número de disciplinados nostálgicos de la Unión Soviética y desencantados de los años de capitalismo salvaje que habían llevado a la ruina de no pocos ciudadanos. Por otra parte, en el Partido Comunista había voces, difíciles de silenciar, que mantenían un discurso abiertamente imperialista y ultranacionalista que contrastaba con la moderación que intentaba transmitir Ziugánov. Pero, si había un sector preocupado, dentro de Rusia, por una hipotética victoria de los comunistas, ese era el de los grandes empresarios.

Las elecciones al parlamento de diciembre de 1995 fueron una clara llamada de atención. El Kremlin salió muy mal parado de unos comicios que ganó claramente el partido comunista, con 157 de los 450 escaños que se repartían, mientras que el “partido” del primer ministro, Víktor Chernomyrdin “Nuestra casa es Rusia” obtenía 55 escaños⁴⁸, a pesar de haber contado con el apoyo financiero del poder para su campaña. El voto de castigo a la política de Yeltsin resultaba evidente.

En definitiva, lejos de compartir el optimismo socialdemócrata que Ziugánov pretendía vender a Occidente, los políticos que habían apostado por las reformas liberales y los representantes de la gran empresa, es decir, los beneficiarios y partícipes de esas reformas, plantearon, ante las elecciones, un panorama político en blanco y negro: se trataba de librar a Rusia de la vuelta atrás. Ziugánov representaba, según este colectivo, a la Unión Soviética, motivo más que suficiente para que las diferencias que los oligarcas tenían entre sí, así como las existentes entre éstos y los reformistas de la camarilla presidencial, se aplazasen hasta después de los comicios a la presidencia. El objetivo pasó a ser la defensa de Yeltsin a capa y espada: luego ya cobrarían dividendos. Gusinski y Berezovski pusieron a disposición del presidente su poder mediático, lo que equivalía a contar con el apoyo de la televisión prácticamente en pleno. Los comunistas, por su parte, contaban con la prensa fiel al partido... y poco más⁴⁹.

Con los resultados de las legislativas y las elecciones presidenciales (a dos vueltas) en junio-julio de 1996, no había tiempo que perder. Anatoli Chubáís se puso al frente de la organización de la campaña electoral, sobre todo en lo que a la recaudación de fondos se refiere; y estos fondos vinieron, en gran parte, de los oligarcas. Pero la división interna del gobierno de Yeltsin, entre el ala dura representada por el “partido de la guerra”, y los llamados reformistas, encabezados por Chubáís y los oligarcas, se escenificó en la práctica con la puesta en marcha de campañas de propaganda paralelas dirigidas por representantes de ambas tendencias. Para completar el cuadro, la salud de Yeltsin empeoraba sensiblemente, y ocultarlo pasó a ser prioritario en la campaña de información. Cuando en enero de 1996, Georgi Sarátov, uno de los asesores políticos del presidente, empieza a planificar la campaña, Ziugánov ganaba por goleada en los sondeos. Poco después, Yeltsin nombró un nuevo responsable de campaña: el viceprimerministro Oleg Soskovets.

⁴⁸ TAIBO, Carlos (2). *La explosión soviética*. Madrid: Espasa Calpe, 2000, p. 226.

⁴⁹ Esta prensa, denominada en la jerga del partido “popular-patriótica”, aglutina a cabeceras como *Pravda*, *Pravda Rosii*, *Duma*, *Sovetskaya Rossia*, *Zavtra*, *Politicheskoe Prosveschenie*, *Krasny Put* (Omsk), etc.

Pero, tanto los representantes del gran capital, como los políticos reformistas, se encontraban con la oposición del partido de la guerra, dirigido por Korzhakov, que parecía inclinarse por la suspensión de las elecciones si las perspectivas de que Yeltsin ganase seguían siendo mínimas⁵⁰. Al parecer, ante la presión de los reformistas, Yeltsin se vio obligado a elegir a una de las dos “familias” rivales que se disputaban el poder dentro del Kremlin. Como resultado de esta situación, el presidente nombró un nuevo comité asesor para llevar la campaña (sin anular el dirigido por Soskovets). De ese comité formaban parte Chubáis y la hija del presidente, Tatiana Diachenko, personaje clave en este periodo por su acceso directo a Yeltsin. El nuevo comité reclutará a Ígor Malashenko, uno de los hombres de Gusinski y presidente de NTV para que se encargase de las relaciones públicas y los medios de comunicación, así como a Alexander Oslon, especialista en sondeos, y Serguéi Lisovski, el gran magnate de la publicidad rusa. Por su parte, Soskovets contrató a un grupo de consultores estadounidenses, del que formaba parte Richard Dresner⁵¹, como asesores de la campaña. Poco después, Soskovets fue relevado de su cargo como coordinador de la campaña, que pasó a ser dirigida íntegramente por Chubáis⁵². Los sondeos seguían siendo preocupantes y la guerra de Chechenia, a principios de 1996, estaba en una de sus fases más cruentas. El conflicto era tremendamente impopular y se había convertido en el principal problema para conseguir la reelección del presidente. Yeltsin comenzó entonces una serie de actos simbólicos con respecto a Chechenia que culminaron con el anuncio (una vez más), el 2 de abril, de la retirada de las tropas, así como la firma de un acuerdo con Yandarbiév, entonces uno de los principales líderes de la insurgencia chechena.

La ingente cantidad de errores políticos que Borís Nikoláevich Yeltsin había cometido en sus cinco años de presidencia, así como el conflicto abierto en Chechenia, debieron poner muy difícil la labor de los asesores de campaña, que decidieron dejar a un lado las referencias a la política económica de los últimos años y presentar a un Yeltsin bondadoso, paternal y que profesaba un profundo amor a su pueblo. Los medios de comunicación y las calles de las ciudades rusas se llenaron de eslóganes de campaña como “elige con el corazón” o “confiamos, creemos, esperamos”, que intentaban cambiar la intención de voto de esa parte del electorado, descontenta con Yeltsin y que, más que votar a cualquier otro candidato, iba a hacerlo en contra del entonces vigente presidente.

Y la industria mediática se unió a Yeltsin. Cuando el presidente prometía subir las pensiones, los grandes medios de comunicación lo interpretaban como una inteligente y necesaria medida social; mientras, la misma frase en boca de Ziugánov era habitualmente tachada de propaganda populista. El asesor de campaña de Ziugánov, Valentín Kuptsov, denunciaba, todo lo públicamente que le dejaban, la burda manipulación mediática de los medios audiovisuales, especialmente del gran primer canal, la ORT de Berezovski, que llegó a negarse a emitir los anuncios propagandísticos del Partido Comunista “por errores de trámite”. Los asesores de Yeltsin sabían que, con mucho esfuerzo, podían arañar un porcentaje del voto urbano a los comunistas y hacer

⁵⁰ El propio Korzhakov daría su versión de los hechos con la publicación de un libro: KORZHAKOV, Alexander. *Borís Yeltsin. Ot rassveta do zakata*. Moscú: Interbuk, 1997.

⁵¹ Conocido consultor político norteamericano en cuya cartera de clientes había figurado el entonces gobernador de Arkansas Bill Clinton. Su trabajo en Rusia le valió ser nombrado “consultor internacional del año” por la American Association of Political Consultant, en 1996.

⁵² HOFFMAN, D., *op.cit.*, p.364.

que algunos indecisos votaran a Yeltsin; pero en la provincia, los líderes del partido comunista seguían teniendo un gran poder y la televisión estatal no llegaba a todos los pueblos del país: el voto rural quitaba el sueño a los “reformistas”. En este contexto, todo parecía poco para destruir a Ziugánov y, con el objetivo de llegar a estos lugares, se usaron todas las armas, incluyendo la propaganda negra, como el conocido caso del periódico *Ne Dai Bog*:

“La portada del diario mostraba una llamativa fotografía: raciones de embutido envueltas en papel de periódico y depositadas en el suelo. Todos los que vieron la foto la reconocieron al instante como una escena del pasado: las peleas por un trozo de embutido, las colas, la escasez, en suma, la vida soviética. Era el sexto número de un periódico con una tirada de 10 millones de ejemplares (más del doble del semanario de mayor venta en el país, *Argumenty i Fakty*), que se distribuyó por los buzones y lugares públicos en toda Rusia en los meses de abril, mayo y junio de 1996. En letra negrita y en su parte superior destacaba el nombre que se había dado al periódico, *Ne Dai Bog!* (*¡Que Dios no lo permita!*); éste fue una de las herramientas de mayor éxito en la campaña negativa de Yeltsin contra Ziugánov”⁵³.

Ne Dai Bog estaba dirigido, especialmente, a las zonas donde Ziugánov era más fuerte, y nadie se responsabilizó de su edición, aunque era un secreto a voces que estaba financiado por el Kremlin. La campaña de propaganda negra que se orquestó para dañar a Ziugánov incluyó, también, carteles sin firmar que inundaban las ciudades rusas con mensajes alarmistas, sobornos a periodistas, falsificación de documentos, etc. Y, por supuesto, la televisión: la NTV se había convertido, como hemos visto, en un poderoso canal cuya popularidad residía en que, lejos de mantener el seguidismo al poder de otros canales, como ORT y RTR, había plantado cara al Kremlin, sobre todo en lo que a la cobertura de la guerra de Chechenia se refería. Sin embargo, Gusinski veía, como la mayoría de sus periodistas, en las elecciones de 1996, el riesgo de perder todo lo conseguido hasta el momento y una involución política que no parecía dispuesto a tolerar. El resultado fue que la NTV abandonó temporalmente su agresividad y se unió a la campaña a favor de Yeltsin.

Los acontecimientos políticos que tenían lugar en la capital rusa corrían paralelos a las operaciones militares en Chechenia. Sin duda, uno de los hechos más significativos de ese año fue la muerte de Dudáev, víctima, según la versión difundida por las autoridades rusas, de un misil lanzado tras haber interceptado la señal del teléfono vía satélite del presidente checheno. El sucesor designado, Zelimján Yandarbiév, que ocuparía el puesto de Dudáev hasta la celebración de elecciones en 1997, pareció fomentar, durante su breve mandato, un clima más propicio al entendimiento con Rusia. La cercanía de las elecciones ayudó a que, en mayo de 1996, y casi como un acto de campaña más, Yandarbiév y Yeltsin firmaran un alto el fuego que incluía el compromiso de celebración de un referéndum que aclarase el futuro *status* de Chechenia⁵⁴. Demostrando, una vez más, la credibilidad de los acuerdos firmados por el gobierno ruso, las operaciones militares se retomaron, con manifiesta dureza, tras la victoria de Yeltsin en la segunda vuelta de los comicios presidenciales celebrados en el mes de julio. Las elecciones habían tenido su primera vuelta el 16 de junio, y Yeltsin ganó por la mínima, con un 35.28% de los votos, mientras que Ziugánov obtenía el 32.03% y el

⁵³ *Ibidem*, p.369.

⁵⁴ TAIBO, C. (1), *op.cit.*, pp.70-71.

general Alexander Lébed un 14.52%⁵⁵. Hubo que esperar a la segunda vuelta, que se celebraría el 3 de julio, para conocer el nombre del nuevo presidente.

Esas dos semanas y media fueron políticamente tumultuosas. Borís Yeltsin, presionado por el partido de la guerra y los reformistas, optó por estos últimos y, en una de esas decisiones tajantes a las que tan dado era, destituyó a Korzhakov, Barsukov y Soskovets. Poco antes, el presidente había hecho lo mismo con Pável Grachov, ministro de defensa y, como nuevo golpe de efecto, fichó al tercero en discordia en la primera vuelta de las elecciones; Alexander Lébed, un popular general que había criticado duramente la intervención del ejército en Chechenia. Aún así, persistía el problema de la salud del candidato: las elecciones estaban siendo demasiado para el corazón de Yeltsin; se dijo que era un resfriado, pero el presidente volvía al hospital y quedaba fuera de juego en los decisivos días de campaña que llevarían a la segunda vuelta. A pesar de todo, el 3 de julio, Yeltsin ganaba las elecciones con el 53,8% de los sufragios frente a un 40,3 de Ziugánov⁵⁶. Los oligarcas habían ganado, y llegaba el momento de cobrar: el primero en formar parte del gobierno fue Potanin; y poco después Berezovski sería nombrado subsecretario del Consejo de Seguridad. Ese mismo año, la empresa estatal que monopolizaba el gas natural, Gazprom, compraba el 30% de NTV y el gobierno concedía a Gusinski el Canal 4 de televisión.

Como ya hemos tenido la ocasión de comentar, tras la segunda vuelta de las elecciones, y a pesar de las promesas de campaña, se produjo un nuevo ataque a la capital chechena que, como en ocasiones anteriores, acabó en un fracaso que, esta vez, llevó a reconocer *de facto* la derrota y a la consecuente firma de los llamados “acuerdos de Jasaviurt”, por el nombre de la población de Daguestán en que fueron suscritos y que tuvieron, como principal valedor por parte rusa, al general Lébed, nuevo secretario del Consejo de Seguridad. El acuerdo “lo componían cuatro compromisos: un alto el fuego duradero, la retirada de los contingentes militares rusos y el progresivo desarme de la guerrilla, la apertura de un período de cinco años de duración (hasta 2001) que debía permitir la normalización de la vida chechena en todos los ámbitos y, en fin, el despliegue de un procedimiento de autodeterminación de perfil no especificado”⁵⁷. De esta forma, se ponía un punto y aparte en el desarrollo del conflicto, mientras que el acuerdo hacía subir la popularidad de Lébed, algo que, más que empujar su carrera política, jugó probablemente en su contra. El general se mostró poco complaciente con Yeltsin, al que criticaba demasiado a menudo mientras el reelegido presidente se sometía a una operación a corazón abierto. El 17 de octubre fue destituido: el hombre que había conseguido firmar la paz con los chechenos y cuyo apoyo a Yeltsin fue crucial para su victoria electoral, había dejado de ser útil.

2.4. El período de entreguerras

El lapso de tiempo que va, desde la firma de los acuerdos de Jasaviurt, en agosto de 1996, hasta septiembre de 1999, con el comienzo de los nuevos enfrentamientos armados, ofrece suficientes pruebas como para que podamos apuntar, al menos, lo siguiente: que Rusia no tuvo en ningún momento la intención de cumplir lo pactado en aquel documento, y que los gobernantes chechenos no fueron capaces de administrar,

⁵⁵ *Rossiiskaya Gazeta*, 22/06/1996.

⁵⁶ TAIBO, C. (2), *op.cit.*, p.246

⁵⁷ TAIBO, C. (1): *op.cit.*, pp.73-74.

siquiera con éxito relativo, la situación de independencia *de facto* de la que gozaron esos años.

Los inicios fueron, eso sí, esperanzadores. De las elecciones celebradas en enero de 1997, supervisadas por la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa, salió vencedor Aslán Masjádov; a priori, el candidato preferido por Rusia, buena parte de los gobiernos europeos y, a juzgar por los resultados (casi el 70% de los votos en las únicas elecciones medianamente limpias que en Chechenia se han celebrado), también por los chechenos. Masjádov, un antiguo coronel del Ejército Rojo que había sido jefe del Estado Mayor en el gobierno de Dudáev, representaba la opción independentista más moderada y parecía ser el candidato con mayor disposición al diálogo con Moscú de todos los que se presentaban, con ciertas posibilidades, a los comicios. Muy por detrás quedó el otro candidato “fuerte”, Shamil Basáev, guerrillero que, en 1991, había apoyado a los secesionistas de Abjazia frente a Georgia, y contra el que Rusia había cursado una orden de busca y captura por el secuestro del hospital de Budionnovsk, en 1995, al que ya nos hemos referido.

Sin embargo, tras la euforia inicial, la Chechenia de Masjádov, abandonada a su suerte por la comunidad internacional y recibiendo continuas zancadillas desde el Kremlin, se convirtió en un lugar caótico, cada vez más deteriorado por el auge de los secuestros, la economía mafiosa y el contrabando de drogas y petróleo, que permitió amasar grandes fortunas a los “señores de la guerra”, tanto rusos como chechenos. Tampoco estaba muy claro que el resultado de las urnas se correspondiese con la realidad política. Basáev, que entró a formar parte del gobierno de Masjádov, iba ganando poder en la república gracias, según diferentes indicios, al dinero proveniente, junto al contrabando, de países del Golfo Pérsico interesados en difundir por el Cáucaso las tesis del wahabismo más ultramontano. Esta influencia, posiblemente exagerada en aquellos momentos por el gobierno ruso, fue dando al traste con buena parte de las intenciones de moderación declaradas una y otra vez por el presidente Masjádov.

Las noticias que se podían leer en la prensa rusa e internacional eran alarmantes. La implantación de la *sharia* llevó a la puesta en escena de vergonzosas ejecuciones públicas que parecían estar menos orientadas a “impartir justicia” que a demostrar a Rusia que sus leyes no eran operativas en Chechenia. Por otra parte, los numerosos secuestros de todo tipo, por los que se solicitaban cuantiosos rescates, fueron subiendo la temperatura de las relaciones entre Grozny y Moscú. Uno de esos secuestros, que duró más de tres meses y cuyo desenlace coincidió en el tiempo con una cumbre entre Yeltsin y Masjádov, fue el de tres periodistas, dos de la cadena de televisión ORT (Iliá Bogatyriov y Vladislav Cherniáev) y una tercera, Yelena Masiuk, de la NTV. Tras su liberación, los periodistas hicieron públicos datos sobre las tramas de corrupción de las fuerzas de seguridad chechenas, a las que abiertamente acusaban de estar involucradas en los secuestros⁵⁸. Así las cosas, y con una nueva guerra política interna en el Kremlin, que ya buscaba sustituto para un Yeltsin postrado por la enfermedad, se llegaría a 1999, de nuevo año electoral y, una vez más, de guerra.

⁵⁸ *El País*, 20/08/1997.

3. LA SEGUNDA GUERRA (1999- ...)

3.1. Cambio de estilo: la guerra de “nuevo tipo”.

La Federación Rusa había perdido la primera guerra; una derrota que fue militar (los acuerdos de Jasaviurt así lo demuestran⁵⁹) y también moral. Chechenia era, *de facto*, independiente, y el Kremlin, llevado por la inercia soviética (no es necesario dar explicaciones de lo que hace el gobierno), se encontró con la oposición de la población, que no entendía el porqué de la guerra. Yeltsin, sin embargo, seguía en el poder, aunque parecía evidente que no superaría unas nuevas elecciones: estaba en marcha la búsqueda de su relevo. Por otra parte, las autoridades rusas no parecían conformarse con la idea de una Chechenia independiente, y se pusieron manos a la obra para intentar eliminar la apatía popular. Para ello, y como ya hemos visto, durante el período de entreguerras, el Kremlin se esforzó por mostrar el caos reinante en la república y la crueldad con que el gobierno checheno dirigía a su pueblo.

La llegada de Vladímir Putin al poder, a la que nos referiremos más adelante, será presentada propagandísticamente como el paso definitivo hacia la verdadera renovación del país; Putin es, según esta visión, el líder fuerte e incorruptible capaz de encabezar la “resurrección del país”. Y, al menos en un primer momento, la estrategia dio resultado: si en 1995 dos tercios de la población rusa se oponían a una solución militar del conflicto checheno, en el verano de 2000 ese mismo porcentaje la apoyaba⁶⁰. El entorno de Putin apostó con fuerza por llegar a las elecciones presidenciales de 2000 con una victoria en Chechenia que simbolizara ese cambio hacia una Rusia de la que sus ciudadanos pudieran sentirse orgullosos. Los militares, especialmente altos cargos del FSB, respaldaron esta “renovación” con una intensa campaña de propaganda, marcada por un discurso imperial, orientada a demostrar que Rusia seguía siendo un país poderoso y capaz de solucionar militarmente problemas como el de Chechenia. En las siguientes páginas intentaremos poner en orden los acontecimientos que llevaron al inicio de una nueva guerra que, aún hoy, parece lejos de su conclusión.

También los grupos mediáticos, como Media-Most, se preparaban para las elecciones, pujando por sus candidatos. En 1997, el grupo de Gusinski estaba en negociaciones con Rupert Murdoch (magnate australiano de los medios, principal accionista de *News Corporation*, que participaba en el accionariado de NTV) y poseía, además de NTV, el diario *Segodnia*, un influyente semanario de información política fundado en 1996, *Itogui*, y la emisora de radio Eco de Moscú (adquirida en 1994). Además, Gusinski se había embarcado en el costosísimo y a la postre deficitario proyecto de televisión nacional vía satélite de pago NTV-plus; plan que incluía el lanzamiento de un satélite propio, el Bonum-I, que entraría en órbita en noviembre de 1998 y se convertiría en el agujero financiero de un imperio mediático duramente afectado por la caída que el rublo experimentó el 17 de agosto de 1998, año en el que comenzarían los verdaderos problemas de Gusinski.

⁵⁹ El propio Vladímir Putin se ha referido en alguna ocasión a esos acuerdos como la “capitulación de Jasaviurt”.

⁶⁰ PAIN, Emil. The Second Chechen War: The Information Component. *Military Review* [en línea]. 2000, julio-agosto [ref. de 06-05-2005]. Disponible en: <http://www.globalsecurity.org/military/library/news/2000/07/secchech.htm>.

En lo político, como hemos dicho, se estaba ya preparando el relevo de un Yeltsin enfermo que no estaba en condiciones de presentarse a la reelección en 2000. El presidente eligió como nuevo primer ministro a un joven reformista que había sido titular de la cartera de Petróleo y Energía, Serguéi Kiriyenko. No duraría mucho en el puesto que, tras él, ocuparía Evgueni Primakov, general del KGB que declaró la guerra a Berezovski y comenzó a postularse como sucesor de Yeltsin. Otro de los candidatos que pujaba con fuerza por entrar en el Kremlin era el alcalde de Moscú, Yuri Luzhkov, que contaba con el apoyo mediático del canal Center TV y el diario *Moskovsky Komsomolets*.

En 1999 la guerra por la sucesión se endureció: el 12 de mayo, Primakov fue sustituido por Serguéi Stepashin; con Primakov fuera de juego, Berezovski puso la ORT en pie de guerra para acabar con las esperanzas presidenciales de Luzhkov. La punta de lanza de esta campaña de acoso y derribo al alcalde de Moscú fue el programa de análisis político semanal de Serguéi Dorenko: *El show de Serguéi Dorenko* atacó de forma demoledora al alcalde de la capital rusa, desde el único canal que tenía cobertura real en todo el país. Y funcionó:

“Los programas de Dorenko siempre contenían algo de verdad para que sus comentarios resultaran creíbles; pero a continuación el presentador tergiversaba los hechos para llevarse el agua a su molino (...) Dorenko se pasó todo el otoño mortificando al poderoso alcalde de Moscú, pero no con sesudas críticas, sino con una serie de burlonas y divertidas emisiones que siempre dejaban la imagen de Luzhkov a la altura del barro. Dorenko esperaba a que su víctima reaccionara y acto seguido utilizaba su reacción para seguir poniéndolo como un trapo”⁶¹.

En este contexto, Yeltsin dio un nuevo giro a la situación política; y, en esa época, los movimientos del presidente solían ir acompañados de cambios en la jefatura del gobierno. Esta vez el elegido era Vladímir Putin, director del Servicio Federal de Seguridad y un recién llegado a la primera línea de la política rusa, que asumiría el cargo de primer ministro el 10 de agosto de 1999.

Mientras tanto, y a pesar de la satanización del “bandido checheno” que la propaganda rusa había llevado a cabo durante la primera guerra, el Kremlin no había conseguido, en ese período, neutralizar las informaciones que mostraban al ejército ruso como el invasor cruel que, además, enviaba a soldados de reemplazo sin experiencia en combate a una muerte casi segura. Sin embargo, varios acontecimientos cambiarían esta tendencia y, unidos a la nueva política informativa puesta en marcha por Moscú, conseguirían que la clase política, y buena parte de la población y los medios de comunicación, apoyaran sin ambages la reanudación de la guerra y a su principal mentor: Vladímir Putin, convertido en el nuevo hombre fuerte del país. El primero de estos acontecimientos fue la incursión armada que, en agosto de 1999, protagonizaron destacamentos chechenos y daguestaníes liderados por Shamil Basáev y Amir Jattab en territorio de Daguestán, república vecina a Chechenia. El movimiento militar fue rápidamente sofocado por las tropas rusas y, tanto los partidos políticos, como los principales medios de comunicación, apoyaron al gobierno en unas operaciones

⁶¹ HOFFMAN, D.; *op.cit.*, p.524.

interpretadas como necesarias para frenar la inadmisibles exportación del conflicto checheno a otros territorios de la Federación Rusa.

El segundo acontecimiento, de vital importancia para entender el cambio de escenario, se produce también entre los meses de agosto y septiembre: el 31 de agosto de 1999 explota una bomba en el centro comercial de la plaza Manezh, a escasos metros del Kremlin. Cuatro días más tarde, otro atentado en un bloque de viviendas militares de Buinaks (Daguestán), ocasiona más de 70 víctimas mortales, y el 9 de septiembre explota un edificio de viviendas en Moscú, con el resultado de centenares de muertes de civiles⁶². En total murieron más de 300 personas en 10 días. El pánico cundió entre la población rusa, y las autoridades culparon inmediatamente de los hechos al “terrorismo checheno”, a pesar de que Shamil Basáev, el guerrillero a quien se atribuye la organización de los atentados, nunca reconoció su autoría. Sin embargo, esta cadena de atentados va a alimentar otras versiones que apuntan a la participación en los mismos de los servicios de seguridad rusos a los que, según esta visión de los hechos, les interesaba políticamente el inicio de las operaciones militares en Chechenia. El titular con que abría su edición del día 16 de septiembre el diario *Moskovski Komsomolets* no dejaba lugar a dudas: “¿Se montaron las bombas en el Kremlin?”⁶³. Se ha convertido en norma que, tras atentados de este tipo, las autoridades rusas se precipiten a detener a ciudadanos de origen caucásico que, a efectos propagandísticos, suelen ser mostrados en televisión confesando su culpa. Algunos medios de comunicación, como *Novaya Gazeta*⁶⁴, han puesto sistemáticamente en duda las condiciones en las que se producen esas detenciones así como los métodos para arrancar las confesiones de los detenidos. Las continuas denuncias de organizaciones defensoras de derechos humanos con respecto al uso sistemático de la tortura en la Federación Rusa, junto a la tradicional opacidad de las autoridades en lo que a la información sobre las investigaciones se refiere hacen que, a día de hoy, la “teoría de la conspiración”, que involucra a los servicios secretos en éstos y otros atentados, no deba, ni pueda, ser descartada. En esta línea estarían los testimonios recogidos por el diputado de Yábloko y periodista Yuri Schekochijin (muerto en 2003): Schekochijin se había especializado en la información sobre Chechenia, fundamentalmente en temas tan delicados como la situación de los rehenes y la actuación del ejército ruso. En sus múltiples viajes a la zona en conflicto, documentó lo que parecía ser la coincidencia de intereses entre una parte de la cúpula militar rusa y señores de la guerra chechenos como Shamil Basáev, “cuya seguridad garantizan los generales rusos”⁶⁵.

Tras los atentados, comienza la histeria mediática antichechena. El programa semanal de televisión *Vremchko* promueve una encuesta televisiva que nos da el tono de las informaciones: sin que hubiera mediado ninguna investigación seria sobre la autoría de los atentados, pregunta a sus espectadores: “¿A quién se debe expulsar de Moscú: 1. A

⁶² Hubo explosiones similares en las ciudades de Volgodonsk, a unos 180 kilómetros de Rostov del Don, en el sur de la Rusia europea, y San Petersburgo.

⁶³ *Moskovski Komsomolets*, 16/09/1999.

⁶⁴ Esta publicación ha sido y es la que, probablemente, más se haya esforzado en buscar datos concretos que documenten esta versión de los hechos. En su página web mantienen un especial titulado “Vzryvy v Rosii” (“Explosiones en Rusia”), que contiene todo el material de la investigación. Disponible en: <<http://www.novayagazeta.ru/rassled2/vzryvi/karta.shtml>> [ref. de 06-05-2005].

⁶⁵ SCHEKOCIJIN, Iuri. *Zabytaia Chechnia: Stranitsy iz voennyj bloknotov*. Moscú: “Agenstvo KRPA “Olimp”, 2003. p. 164.

todos los chechenos. 2. A todos los caucasianos. 3. A todos los bandidos”⁶⁶. Lejos de llamar a la prudencia, la actitud y declaraciones de los representantes de la nación y los medios dan rienda suelta a la violencia en las calles contra los ciudadanos de origen caucásico. El periodista Serguéi Baimujamétov describía acertadamente la situación: “Cuando en las alturas, el poder y los periodistas hablan de patriotismo ilustrado, en la calle empiezan los pogromos”⁶⁷. Como resultado de los sucesos de agosto-septiembre, la población rusa, y en especial la moscovita, pierde la sensación de relativa seguridad de la que gozaba. El conflicto de Chechenia dejaba de ser una tragedia lejana, para convertirse en una guerra que podía manifestarse en cualquier lugar del país, poniendo en riesgo la vida de la población civil.

La nueva política de información

En este contexto, el aún primer ministro Vladímir Putin pasa al ataque, advirtiendo del peligro de que la frontera sur de la antigua Unión Soviética se convirtiera en un nido de terroristas internacionales. Con el beneplácito de Yeltsin, comienzan, en septiembre, los bombardeos del territorio checheno; y con los ataques, se pone de manifiesto la nueva política informativa del gobierno ruso. Desde el inicio de las operaciones, el Centro de Relaciones Públicas del FSB se va a convertir en la principal fuente de información, con claras pretensiones de ser la única. También desde este momento, queda claro que los militares rusos han tomado nota del quehacer propagandístico desarrollado por la OTAN durante la reciente guerra de Kosovo: los bombardeos son descritos como operaciones quirúrgicas y abundan las informaciones que detallan los objetivos militares, poniendo de relieve lo metódico de las operaciones de castigo, dirigidas “exclusivamente” a las posiciones de los terroristas Basáev y Jattab. *Izvestia* publica, el 25 de septiembre, un extenso artículo titulado “Las lecciones de la OTAN”, que marca la línea de lo que sería el grueso de las informaciones de guerra durante las primeras semanas: “No se trata de bombardeos caóticos de los principales objetivos en el territorio de Chechenia, sino de la eliminación metódica de todo aquello que pueda impedir el desarrollo de las operaciones especiales”⁶⁸. El objetivo es, desde el principio, establecer diferencias con la primera guerra: esta vez se están haciendo “bien” las cosas. El estilo militar y de hombre duro de Putin gusta a una población aterrorizada por los atentados, y hace subir exponencialmente su popularidad. Pero estamos en septiembre, aún es pronto para que el desconocido primer ministro tenga asegurada la victoria en las presidenciales de 2000.

En los primeros días de octubre, el ministro de Defensa Ígor Serguéyev anuncia la puesta en marcha de una operación terrestre para establecer una zona de seguridad que evite futuros ataques de “milicias islámicas” a las repúblicas caucásicas limítrofes con Chechenia. El optimismo contagia a la prensa militar, desde cuyas páginas se comienza a presionar para que los objetivos sean más ambiciosos. Ibrahim Suleiménov, general y diputado, asegura en el diario *Krasnaya Zvezda* que “hay que hacer la vida imposible a los bandidos que sólo entienden el lenguaje de la fuerza”⁶⁹. Putin, cuya candidatura a la presidencia comienza a ser mejor valorada por la prensa, tarda poco en sumarse a la opinión de los generales: el objetivo pasa a ser “la total destrucción del terrorismo”.

⁶⁶ BAIMUJAMÉTOV, Serguei. “Kto y zachem razzhigaet strasti ha ekrane”. *Literaturnaya Gazeta*, 22-28/09/1999.

⁶⁷ *Ibidem*.

⁶⁸ *Izvestia*, 25/09/1999.

⁶⁹ *El País*, 2/10/1999.

Evidentemente, en ese camino, la negociación política con el presidente electo Aslán Masjádov está cerrada. Mientras Masjádov pide insistentemente una reunión con Yeltsin, para poner fin a lo que ya es una nueva guerra abierta, el Kremlin ha decidido nombrar, como único interlocutor posible a Doku Zavgáev, líder prorruso elegido en unas elecciones abiertamente irregulares, celebradas en junio de 1996, es decir, en plena guerra y con el voto de los soldados de ocupación del ejército ruso. Aún en octubre, se da un nuevo paso en lo que a la organización de la propaganda se refiere, con la creación del gubernamental Centro de Información Ruso que, a partir de entonces se ocupará de filtrar las informaciones relacionadas con las operaciones militares, así como de la diseminación de aquellas noticias publicadas en el exterior y que no contradecían la versión del Kremlin sobre los acontecimientos en Chechenia.

Las acreditaciones

Meses más tarde, en enero de 2000, una orden gubernamental de Vladímir Putin creaba el puesto de “ayudante del presidente”, entre cuyas funciones se contemplaba la de coordinar la información generada por las autoridades que tomaban parte en la campaña del Cáucaso, y la “cooperación” con los medios de comunicación. Serguéi Yastrzhembski ocupó este puesto, siendo una de sus primeras actuaciones la de promulgar nuevas “normas de acreditación”, que ayudaron a consolidar el estado perpetuo de semilegalidad en el que los profesionales de la información han trabajado y trabajan en Chechenia. Estas normas son, sobre el papel, las que regulan el acceso de los periodistas a la zona en conflicto. De hecho, hacen referencia, no tanto al proceso legal de acreditación por un organismo estatal (El Centro de Información Ruso), sino especialmente a las condiciones para informar dentro de un territorio que forma parte de la Federación Rusa (Chechenia). Y estas condiciones son, con mucho, más restrictivas que las fijadas en la Ley de Medios de Comunicación, que niega la necesidad de acreditación para la actividad periodística dentro del territorio de la Federación Rusa⁷⁰.

El punto 13 de las normas prohíbe a los informadores viajar a Chechenia “por su cuenta” y entrevistar a militares sin permiso de los centros de prensa y estructuras militares rusas, incluso si el periodista está acreditado. El punto 14 estipula que un representante de los medios puede ver revocada su acreditación si distribuye información que “desprecie” de algún modo el honor y la dignidad del ejército, o que falsee el desarrollo de las operaciones antiterroristas llevadas a cabo en el Cáucaso Norte⁷¹. Estas normas, que se nos antojan más propias de una guerra que de una “operación policial antiterrorista” (como Putin denomina oficialmente a la guerra de Chechenia), permiten a los periodistas tomar parte en la cobertura de la campaña militar en Chechenia, “sólo bajo la protección y control de los representantes del ejército de la Federación Rusa”⁷². Con acreditación o sin ella, la actividad periodística en Chechenia está prohibida si no se forma parte de un grupo oficial. Más allá de consideraciones legales, el sistema deja de ser operativo en tanto representantes del Estado permiten el acceso a territorio checheno de muchos periodistas sin acreditación, mientras lo niegan a profesionales que sí cuentan con ella. La periodista Anne Nivat se refiere así a su experiencia en la oficina de acreditaciones de Mozdok:

⁷⁰ Artículo 48, puntos 3 y 4.

⁷¹ SHISHKIN, Dmitri. Legal Analysis of the Accreditation Rights of Mass Media Representatives in Chechnya [en línea]. Moscú: Glasnost Defense Foundation, marzo de 2000 [ref. de 14-04-2005] Disponible en: <www.internews.ru/law/comment/accreditation.html>.

⁷² SHISHKIN, Dmitri, op.cit.

“Para empezar, el jefe se niega a acreditarme: ‘Usted es extranjera, y no hay ni un solo extranjero acreditado; la gente del FSB debe saber quién trabaja en esta zona’, me comunica moviendo la cabeza, tras haber examinado meticulosamente la acreditación que me ha entregado el Ministerio de Asuntos Exteriores”⁷³.

Ante esta situación, parece lógico concluir que la información sobre la guerra que recibían las redacciones de los medios rusos e internacionales era, cuando menos, deficitaria. La imposibilidad de trasladarse a Chechenia con las mínimas garantías de volver vivo a casa es una de las causas del silencio informativo existente sobre esta guerra. Conforme han ido pasando los años, los periodistas que se aventuran a cruzar la frontera de Chechenia son cada vez menos.

Siguiendo con la organización de la propaganda oficial del gobierno ruso y, una vez más, con el manual de la OTAN presente, en las primeras semanas de guerra se convocaron diarias ruedas de prensa donde los generales del Ejército del Aire se jactaban, como hemos comentado, de la precisión de sus ataques. La terminología ha cambiado con respecto a la primera guerra: la palabra de moda en esas ruedas de prensa es “wahabí”, y estamos ante una “operación antiterrorista en contra del integrismo islámico”. No habían llegado aún a la prensa cifras preocupantes de bajas, ni tampoco aquellas terribles narraciones sobre matanzas de civiles inocentes tan habituales durante el anterior conflicto. Son frecuentes, sin embargo, las historias de héroes forjados durante la primera guerra y de militares patriotas que arden en deseos de ir a combatir a Chechenia. En lo militar, las informaciones se tornan confusas, pero la versión oficial insiste machaconamente en que el norte de Chechenia, hasta la orilla del río Terek, está en manos de las tropas federales. De esta forma, comienza una campaña del Kremlin para demostrar que las condiciones de vida en el territorio “liberado” por el Ejército son muy prometedoras, en contraste con el caos y la violencia que dominan el sur de la República: se anuncian, paralelamente, proyectos de reconstrucción, suministro eléctrico, agua potable, etc. Sobre este uso propagandístico de la “reconstrucción”, parece ilustrativo el testimonio recogido, en Grozny, por la periodista Anna Politkovskaya:

“Nada se está reconstruyendo en Grozny. Absolutamente nada. Todo es un montón de ruinas silenciosas. Tanta palabrería en Moscú sobre los trabajos de reconstrucción no es más que un extravagante ejercicio de imagen para el resto del país. Aquí no se ha visto nada de eso. La televisión nos asegura que los trabajos están en curso, pero aquí no hay trabajo. Si lo hay es sólo en la medida en que así lo exige un reportaje de televisión para convencer a la ‘gente necesaria’ en Moscú de que ‘aquí todo está bajo control’. ¿Recuerdan que en Semana Santa nos mostraron a los generales a la puerta de una iglesia ortodoxa de Grozny, que ‘había sido restaurada en un tiempo record?’ Me gustaría que pudiesen ver cómo está la iglesia. Los ‘trabajos de reconstrucción’ se interrumpieron en cuanto se marcharon las cámaras”⁷⁴.

Pero no todo es armonía en las noticias sobre la guerra. La televisión chechena sigue emitiendo durísimas imágenes de la muerte y destrucción ocasionadas por los bombardeos masivos. Para intentar contrarrestar la versión de los “bombardeos

⁷³ NIVAT, Anne. *El laberinto checheno*. Pino Moreno, Marta (trad.). Barcelona: Paidós, 2003. p.58.

⁷⁴ POLITKOVSKAYA, Anna. *Una guerra sucia. Una reportera rusa en Chechenia*. Barcelona: RBA, 2003. p. 257.

selectivos contra objetivos militares”, el gobierno checheno organiza viajes para periodistas, desde Ingushetia, por los lugares bombardeados, intentando, como ya ocurriera en la primera guerra, minar el optimismo que transmiten las fuentes oficiales rusas. Los medios internacionales comenzaron a utilizar estas imágenes y, con ellas, empieza la desmitificación del carácter quirúrgico de las operaciones militares, que ahora aparecen como ataques indiscriminados causantes de centenares de muertos entre la población civil. Se hace hincapié, además, en las restricciones que las autoridades rusas ponen a los periodistas para cubrir la guerra desde el terreno.

Entretanto, Putin ejerce de comandante en jefe por una nueva recaída de Yeltsin, y va a abrir el frente diplomático para reducir el impacto de la mala prensa que la guerra de Chechenia va cosechando en el exterior. Diferentes miembros del cuerpo diplomático visitan Pakistán, Irán, Arabia Saudí y Kuwait para transmitir el mensaje de que los acontecimientos en el Cáucaso Norte no tienen nada que ver con una guerra religiosa. Por su parte, el ministro de exteriores, Ígor Ivanov, recorre Europa para explicar la posición de su gobierno e intentar convencer de que Rusia está abierta al diálogo para solucionar el conflicto. Pero, a pesar de los esfuerzos por coordinar una política coherente de propaganda, las autoridades rusas no tardan en caer en flagrantes contradicciones. El 21 de octubre se produce una masacre en un mercado del centro de Grozny, provocada por las tropas federales y que deja más de un centenar de muertos; al día siguiente, ante las preguntas de los periodistas, el portavoz de las fuerzas rusas en el Cáucaso, Alexander Véklich, declara que el ejército había llevado a cabo una operación especial, ya que se trataba de un mercado de armas para terroristas, y que las víctimas (137 en aquel momento) eran vendedores o compradores de armamento. Ese mismo día, Vladímir Putin añadía más confusión afirmando que la matanza se debía a un choque de bandas rivales en el mercado de armas de Grozny⁷⁵; ésta será la tónica de las informaciones sobre las operaciones militares: continuas contradicciones que evidenciaban falta de coordinación.

No obstante, el apoyo de la población a las operaciones militares continúa siendo mayoritario transcurridos los primeros meses de la contienda. La periodista Galina Kovalskaya describía la situación afirmando que en períodos como el que Rusia atravesaba, todo lo que no fuesen noticias sobre victorias y éxitos se ocultaban, no tanto por la acción de la censura, “sino porque casi no hay demanda de información veraz (...) Todos son presos de una repentina ilusión: un ejército fuerte, un gobierno fuerte, un primer ministro fuerte”⁷⁶. Esta postura se ve reforzada si tenemos en cuenta que, en estos momentos, la situación militar no había cambiado demasiado con respecto a la primera guerra, en la que tampoco hubo un número de bajas “importante” hasta la entrada de las tropas federales en Grozny. Pero el tono ha cambiado: la euforia de la propaganda oficial es contagiosa, y, dentro del país, sólo algunas publicaciones y asociaciones de derechos humanos como Memorial intentan desmentirla aportando alarmantes cifras de víctimas civiles y fotografías del horror de la guerra.

Ya en noviembre de 1999, las encuestas de popularidad situaban al nuevo primer ministro por delante de todos sus posibles rivales en la lucha por la jefatura del Estado ante las elecciones presidenciales de 2000, si bien antes debían celebrarse las parlamentarias en diciembre, consideradas como unas primarias de las presidenciales y a las que el Kremlin se presentaba con una formación política, Unidad-El Oso, liderada

⁷⁵ *El País*, 23/10/1999.

⁷⁶ *Itogui*, 23/11/99, nº47, pp. 14-29.

por el ministro de situaciones de emergencia, Serguéi Shoigú, apoyado por Borís Berezovski, que apostó pronto por el caballo ganador y puso sus medios de comunicación a favor de la causa de Putin. Esto se tradujo en una durísima campaña contra los que, a priori, eran los principales rivales de Unidad-El Oso: Primakov y el alcalde de Moscú, Yuri Luzhkov, unidos en la coalición Patria-Toda Rusia. Los canales ORT y RTR presentaban a éste último como un criminal corrupto relacionado con redes mafiosas internacionales, mientras que Primakov aparecía como un vendepatrias anciano y enfermo. Ante la fuerza de los canales estatales y del presentador estrella, el popular Dorenko, poco pudo hacer el apoyo que recibían Luzhkov y Primakov de la NTV. Con la segunda guerra en marcha, “la lucha contra el terrorismo” sería el tema estrella, por no decir el único, de la campaña electoral de diciembre y, como veremos, de las presidenciales de 2000.

Tres formaciones se presentaban, con posibilidades de conseguir la victoria, a las elecciones legislativas celebradas el 19 de diciembre. Por un lado, el Partido Comunista de Guenadi Ziugánov, que a la postre sería el más votado con el 24,29% de los votos. Por otra parte, la coalición Unidad-El Oso que, como hemos apuntado, lideraba el ministro de situaciones de emergencia, Serguéi Shoigú, y que contaba con el respaldo del Kremlin. Dicha formación sería la gran vencedora de los comicios pues, surgida de la nada pocos meses antes, consiguió un 23,24% de los sufragios, lo que la convertía en la segunda fuerza política con 72 escaños, por detrás de los comunistas, que obtenían 113. Y si el Kremlin salió reforzado, las elecciones de diciembre significaron el fin de las aspiraciones presidenciales de los dos pesos pesados de la política rusa que se presentaban en la coalición Patria-Toda Rusia: el ex primer ministro Evgueni Primakov y Yuri Luzhkov. Contra ellos había apuntado toda la maquinaria informativa del Kremlin; especialmente, como ya hemos apuntado, los medios controlados por Borís Berezovski. Primakov y Luzhkov tuvieron que conformarse con el 13% de los votos, que significaban 66 escaños⁷⁷.

Pero 1999 todavía deparaba una última sorpresa para la población rusa. En la nochevieja de ese año, el presidente Yeltsin usó el protocolario discurso televisado de año nuevo para decir adiós. En un último golpe de efecto, Yeltsin decidió “abdicar” en su primer ministro, Vladímir Putin. El primer presidente de la era postsoviética se iba, no sin antes haber comprometido al sucesor a asegurar su inmunidad y la de su familia, con el objeto de no poder ser juzgado por los muchos y variados delitos de los que venía siendo acusado en los últimos meses. Recordemos que, entre otros, Yuri Luzhkov había acusado de corrupción a Yeltsin tras el escándalo en el que se vio envuelta la familia del presidente, acusada de blanqueo de dinero en Suiza a través de la empresa Mabetex, y el Bank of New York. El balance de su tumultuoso mandato debe ser calificado, en el mejor de los casos, de nefasto. Así las cosas, la Federación Rusa comenzaba el milenio con un nuevo presidente e inmersa en una guerra, la de Chechenia, de la que no podía, ni parecía querer salir.

La llegada al poder de Vladímir Putin

La carrera política de este ex funcionario del KGB resultó ser meteórica. Había llegado a Leningrado (hoy San Petersburgo), tras cinco años en la embajada soviética de la República Democrática Alemana y, después de un breve paso por la universidad de la

⁷⁷ TAIBO, C. (2): *op.cit.*, pp. 207-208.

antigua capital del imperio, siempre como miembro del KGB, llega al Ayuntamiento de la ciudad, apadrinado por su alcalde, Anatoli Sobchak. En mayo de 1998, Putin fue nombrado primer vicejefe de la Administración Presidencial de Yeltsin y, poco después, en julio de ese año, director del Servicio Federal de Seguridad. Como hemos señalado, en agosto de 1999 era designado primer ministro y, tras la dimisión de Yeltsin, se convierte, a sus 47 años, en presidente en funciones de la Federación Rusa.

Poco se sabía del teniente coronel Putin en esas fechas, y sus asesores parecían trabajar en la línea de que el nuevo hombre fuerte de Rusia ofreciese un doble perfil en sus declaraciones públicas. Por un lado, daba la impresión de querer encarnar la regeneración democrática, defendiendo a menudo la necesidad de reforzar las libertades individuales y la propiedad privada, punto éste que preocupaba especialmente a los inversores y empresarios, tanto rusos como extranjeros. Por otra parte, Putin se había mostrado inflexible a la hora de gestionar la campaña de Chechenia, con una firme apuesta por la mano dura, prometiendo, en octubre de 1999, en relación a la insurgencia de la república secesionista, que “acorralaría a los bandidos en la letrina y los eliminaría a todos”⁷⁸. Ante el desconcierto que su figura provocaba en los analistas, el Kremlin se puso pronto manos a la obra en la tarea de construir una imagen apropiada del que ya parecía el favorito para dirigir Rusia en los próximos años. En este esfuerzo hay que incluir la redacción de una biografía autorizada, redactada a modo de entrevistas en los últimos meses de 1999 y enero de 2000, que luego se convertiría en el libro: “En primera persona. Conversaciones con Vladímir Putin”⁷⁹. El libro recoge, además de las entrevistas a Putin, otras realizadas a personas de su entorno. Citamos uno de estos testimonios que, aunque anecdótico, nos ofrece una interesante perspectiva del perfil que se estaba construyendo del aún presidente en funciones:

Vladímir Chúrov era, en 1991, compañero de Putin en el Ayuntamiento de Leningrado. Chúrov relata que, hasta ese año, los despachos del consistorio estaban divididos claramente en dos tipos: por una parte, los de los altos funcionarios, en cuyas paredes se podían ver los retratos de Lenin y Kírov y, por otra, los de funcionarios de menor rango, donde Lenin ocupaba, en solitario, el espacio dedicado a los líderes soviéticos. Pero en 1991 estos retratos fueron retirados y claro... había que sustituirlos. La mayoría de empleados del Ayuntamiento optó por la tradición a la hora de tapar la mancha que, en la pared, habían dejado setenta años de líderes revolucionarios, y encargaron un retrato del nuevo presidente, Borís Nikoláevich Yeltsin. Putin, en cambio, escogió para su despacho a Pedro I, fundador de San Petersburgo, el tirano reformista que quiso abrir Rusia a Europa “por la fuerza”. Pero además, Vladímir Vladímirovich eligió, de entre los posibles, el retrato de un Pedro maduro, pensativo, del momento de su vida en que las reformas le habían llevado a sentar las bases de lo que sería el imperio ruso. Es de por sí llamativo este “pánico a la pared vacía” que, si bien no es en absoluto una especificidad rusa, sí tiene en este país un especial arraigo. La ausencia de un líder director, de un “buen zar”, trasciende en esos momentos lo político. Las paredes, imbuidas (más que decoradas) del espíritu de los zares y sus sucesivas reencarnaciones en forma de secretario general, hacían necesaria la urgente sustitución por un nuevo referente. Y Putin eligió a Pedro I, “el Grande”. El cambio se convertiría, de hecho, en una especie de acto reflejo (condicionado): Lenin fue sustituido por Yeltsin como,

⁷⁸ *Novaya Gazeta*, 7/10/1999.

⁷⁹ GEVORKIAN, N.; TIMAKOVA, N.; KOLESNIKOV, A. *Ot pervogo litsa. Razgovory s Vladimirom Putinym* [en línea]. 2000, [ref. de 07-05-2005]. Disponible en: <<http://president.kremlin.ru/articles/bookintro1.shtml>> .

décadas atrás, el líder de 1917 y padre de la patria soviética había tomado el lugar de Nicolás II, el último de los Románov. Pero Pedro el Grande nunca tuvo que enfrentarse a las cámaras de televisión. Acostumbrado a callar y ocultar sus emociones, al nuevo presidente le costaba contestar o, quizás, lo que le indignaba fuese “tener que contestar”. Además, la falta de costumbre de aparecer en los medios delataba lo limitado de su vocabulario, que convertía su discurso en una aburrida sucesión de terminología burocrática salpicada, cuando perdía los nervios, de jerga barriobajera. Su patológica timidez, tras la que muchos quisieron ver un mal resuelto complejo de inferioridad, le hacía aún más difíciles sus apariciones públicas.

Una de las primeras decisiones que tomó Putin como presidente fue el adelanto de las elecciones presidenciales, previstas para junio de 2000, y que se celebrarían finalmente el 26 de marzo de ese año. Ante esta situación, los colaboradores del presidente decidieron difundir una imagen del nuevo hombre fuerte orientada, más que a responder a la pregunta: ¿quién es el presidente?, a incidir en su negativo, es decir, dejar claro quién “no era”. Y en este esfuerzo, la historia política de los últimos años le echó una mano; había que distanciarse de su predecesor: “Putin no es como Yeltsin”, parecían empeñados en explicar; en muchos casos, Putin era lo contrario de Yeltsin. Borís Yeltsin había encandilado a las masas cuando, tras el misterioso golpe de Estado de agosto de 1991, se convirtió en líder indiscutible de la oposición a los golpistas. Pero el carácter de Yeltsin podía poner a prueba la paciencia de cualquier asesor de imagen; temperamental e imprevisible, la imagen de la década en la que dirigió los destinos del país quedó marcada por la inestabilidad y la corrupción crónicas, la proliferación de las mafias, la emigración masiva al extranjero, el empobrecimiento imparable de la población y el peligro de la ruptura de la unidad del país, debido a las aspiraciones independentistas de regiones como Chechenia. Por si fuera poco, las continuas entradas y salidas del hospital de Borís Yeltsin, motivadas principalmente por su afición a la bebida, convirtieron a la salud del presidente en una cuestión de Estado. Las imágenes de un Yeltsin rígido, hinchado y con serios problemas para vocalizar hicieron que los rusos recuperaran chistes de la última época de Brezhnev, cuyas apariciones eran motivo de apuestas: no todos estaban seguros de que el secretario general estuviera realmente vivo.

Si bien en los primeros momentos, un Yeltsin que ignoraba el protocolo, al que le gustaban la buena vida y el vodka era incluso visto con cierta simpatía por un pueblo cansado del hieratismo soviético, nueve años de inestabilidad acabaron por completo con la imagen del primer presidente de la Rusia postsoviética. Y Vladímir Putin construiría su candidatura en oposición a todo esto. Su timidez pasa a ser una virtud: no es un charlatán, como su antecesor. Putin, además, viene a sacar a Rusia del caos: es un patriota, un luchador pragmático e incorruptible (en oposición a la “familia” de Yeltsin), no se deja manipular y se muestra implacable con los enemigos de la patria; una patria que, no se cansa de repetir, debe permanecer unida: cualquier intento de sedición en este sentido debe ser, y será, aniquilado. Y este último punto de su programa de marketing personal será el que con mayor éxito explote en sus meses como primer ministro y, en buena medida, el que lo lleve a la presidencia. Durante la campaña presidencial que, es preciso insistir, estuvo dominada por la guerra de Chechenia, el aparato de desinformación oficial que venimos describiendo puso todos sus esfuerzos en que el número de informaciones que respaldaban la acción del Kremlin fuese en todo momento superior a sus contrarias. Con el descarado uso de los medios oficiales y paraoficiales para este fin, y gracias también al apoyo de Berezovski, el objetivo se vio cumplido en

buena medida. Un hecho que, sin duda, allanaría el camino a la presidencia de Putin, fue la retirada del que, junto al candidato comunista Ziugánov, podría haberse convertido en un rival de importancia: Evgueni Primakov. De esta forma, Putin no necesitó una segunda vuelta para ganar, con el 62% de los sufragios, las elecciones de marzo.

Antes de seguir adelante con los acontecimientos que sucedieron a la toma del poder de Putin, no está de más que nos detengamos en un suceso que, acaecido en plena campaña electoral, nos ilustra en relación al concepto de libertad de expresión, sobre todo en lo que a Chechenia se refiere, y que serviría de advertencia a los periodistas que cubrían, o pretendían hacerlo, la guerra sobre el terreno.

El “caso Babitski”

El día 27 de enero de 2000, la emisora *Radio Svoboda (Radio Liberty)* anunciaba que, desde el día 15 de ese mes, no tenía noticias de su corresponsal en Chechenia, Andréi Babitski. No era ningún secreto que la actividad del periodista y el tono de su cobertura de la guerra molestaba al Kremlin; un mes antes, el 27 de diciembre de 1999 el Centro de Información Ruso (Rosinformtsentr) había hecho pública una declaración en referencia a unas duras fotografías tomadas en Chechenia por Babitski que habían aparecido en NTV:

“El famoso periodista Maksim Sokolov llamó a los medios de comunicación el *poder descuartizador*. Babitski, sin duda, es especialista concretamente en este ámbito. Un poco más, y estará listo para cambiar el oficio de reportero por el de verdugo en una de las unidades de sus ídolos Basáev y Jattab”.⁸⁰

La acusación estaba clara: Babitski está con el enemigo. Tampoco salía mejor parada la empresa para la que trabajaba: “Los ciudadanos rusos deben saber que *Radio Svoboda* hace ya tiempo que está involucrada en la guerra en contra de ellos [de los ciudadanos], del lado de bandidos y terroristas”.⁸¹

Ese mismo día⁸², *Eco de Moscú* emitía una entrevista con Babitski en la que el corresponsal describía las dificultades que los periodistas encontraban para trabajar en Chechenia, criticando duramente las amenazas que recibían por parte de los militares rusos, y la aleatoriedad del sistema de concesión de acreditaciones. El día 28 de enero de 2000, el Ministerio del Interior confirma los rumores: Babitski fue detenido el día 23 en Grozny por no llevar la acreditación pertinente. Al día siguiente, las distintas declaraciones difieren sobre el día del arresto y sus motivos. El caso se internacionaliza y algunos medios rusos denuncian las limitaciones a la libertad de prensa en lo que a la información sobre Chechenia se refiere. El 1 de febrero, el diario *Segodnia*, comentando planes de hacer esa libertad aún más exigua, publicaba:

“Tratan de crear, en la estructura del FSB y del Ministerio del Interior, unidades encargadas de los medios de comunicación. Y al parecer, no se trata de un simple monitoreo: los representantes de los servicios especiales investigarán quién escribe y qué, bajo qué pseudónimos (para lo que se han contratado especialistas en determinar las particularidades estilísticas de los autores) y de qué fuentes *se escapa* la

⁸⁰ PANFÍLOV, Oleg. *Istoria Andréia Babitskogo*. Moscú: Prava cheloveka, 2004, p.13.

⁸¹ *Ibidem.*, p.14.

⁸² *Eco de Moscú*, 27/12/1999.

información. Según nuestros datos, actualmente en el Ministerio del Interior se está creando una Dirección General de Información y Relaciones Públicas”.⁸³

El día 3 de febrero, el caso da un giro imprevisto y, cuando menos, sorprendente: diferentes medios de comunicación difunden la siguiente declaración de Serguei Yastrzhembski:

“Alrededor de las 15:05, hora de Moscú, en uno de los cruces entre Argún y Shali, el corresponsal de Radio Svoboda Andréi Babitski, anteriormente detenido por las fuerzas federales a su salida de Grozny, ha sido entregado al bando checheno a cambio de tres soldados federales”.⁸⁴

Yastrzhembski añadía que el intercambio había sido solicitado por “representantes de bandas armadas” (chechenas, por supuesto) y Babitski había accedido. Además, el portavoz gubernamental afirmaba que, de esta forma, las autoridades federales no respondían del futuro del periodista. Como prueba de esta rocambolesca operación, Yastrzhembski presentó a los medios una copia manuscrita, tanto de la petición de los supuestos guerrilleros chechenos, como de la presunta aceptación del trueque por parte de Babitski. El consejero presidencial, demostrando que cualquier mensaje puede ser engañosamente polisémico, y de paso confirmando la máxima de que la mejor defensa es un buen ataque, añadía:

“Hay muchas preguntas que quedan sin contestar en relación con lo ocurrido, por ejemplo, por qué la propuesta vino de jefes de bandas armadas (...) A estas preguntas deberán responder los órganos competentes”.⁸⁵

Con el objeto de dar más “credibilidad” a la historia, Yastrzhembski declaró que el intercambio había sido filmado y pronto los medios de comunicación recibirían una copia de la grabación. Ese mismo día (3 de febrero), el canal *ORT* emitía una entrevista con el ministro de defensa Ígor Serguéev, en la que el mariscal, echando más leña al fuego, sentenciaba que él “habría cambiado a diez *Babitskis* por un solo soldado”. Pero para completar el cuadro faltaba la versión de la insurgencia chechena sobre lo ocurrido; y no tardó en llegar. El 4 de febrero, un corresponsal del diario *Kommersant* contactó con el jefe de la dirección de operaciones del gobierno de Masjádov, Mumadi Saidáev, quien no desaprovechó la ocasión para emitir una enmienda a la totalidad de la versión oficial rusa. Según Saidáev, ningún comandante checheno había llevado negociaciones de ese tipo, añadiendo además, que los chechenos que, según Moscú, participaron en el intercambio, habían muerto en la batalla de Grozny bastante antes de los acontecimientos.

Los medios de comunicación más críticos con el Kremlin comentaron los pormenores del vídeo, retransmitido por todos los canales y que, a todas luces, era un burdo montaje orquestado por los servicios de seguridad rusos con el objetivo de disponer del destino del periodista detenido a su antojo. En los días siguientes se suceden las declaraciones sobre el paradero del corresponsal, aparecen supuestos representantes de Masjádov en Moscú, confirmando que, efectivamente, Babitski se encuentra en el bando checheno; declaraciones desmentidas a continuación por otros portavoces de Masjádov, que siguen

⁸³ *Segodnia*, 01/02/2000.

⁸⁴ PANFÍLOV, Oleg: *op. cit.*, p. 25.

⁸⁵ *Ibidem*, pp. 25-26.

negando cualquier intervención en el asunto. Entretanto, ven la luz nuevos vídeos en los que Babitski dice encontrarse bien, vídeos que han sido entregados previamente a los medios por personas desconocidas. El 9 de febrero, la Duma rechaza una propuesta de la Unión de Fuerzas de Derecha y el partido liberal Yábloko para tratar en ese foro el caso Babitski. Mientras tanto, varios medios de comunicación se movilizan y unen en la protesta al gobierno pidiendo mayor información. También el Departamento de Estado de EEUU pide explicaciones sobre el paradero del periodista que, con el paso de los días, es objeto de diversos rumores que lo sitúan en Europa, Georgia, Turquía, etc.

El 25 de febrero, la agencia Interfax⁸⁶, citando fuentes del Ministerio del Interior, informaba de que Babitski había sido detenido, por tenencia de un pasaporte falso, en Majachkalá, la capital de Daguestán, y se encontraba en las oficinas del Ministerio del Interior de esa localidad. Días después, el 29 de febrero, el periodista llega a Moscú y concede una entrevista a NTV, en la que cuenta su odisea, así como los horrores que ha presenciado (torturas, sadismo de los agentes, palizas sistemáticas) en el campo de filtración en el que fue retenido por las tropas federales. Al mismo tiempo, Babitski acusa al Ministerio del Interior de estar involucrado en el rocambolesco trueque con los supuestos guerrilleros chechenos. El 10 de marzo, el diario *Kommersant* publicaba un extracto del libro de entrevistas con Putin, al que ya nos hemos referido, en el que entonces presidente en funciones se refería a Babitski (en el momento de la entrevista el periodista aún no había sido liberado):

“Nuestro país atraviesa un momento bastante complicado. Estamos de acuerdo en que la derrota que Rusia sufrió en la primera guerra de Chechenia fue debida, en buena parte, a la baja moral de la sociedad. La sociedad no entendía cuáles eran los ideales por los que luchaban nuestros soldados. Ellos morían allí, y encima eran *excomulgados*. Morían por los intereses del país, y eran difamados. Esta vez, afortunadamente, no es así. Así que, Babitski, y otros como él, en esencia, querían darle de nuevo la vuelta a la situación. Él trabajaba directamente para el enemigo. No era una fuente neutral de información. Trabajaba para los bandidos (...) Lo que hizo Babitski es bastante más peligroso que disparar”⁸⁷.

Criticar las acciones del gobierno en Chechenia pasaba a ser, por lo tanto, trabajar para el enemigo. Quizás esta sea la máxima que resume el punto de vista del Kremlin en esos primeros momentos de la segunda guerra. Siguiendo un patrón inaugurado en la primera Guerra del Golfo, en la que los diarios *briefings* del general Norman Schwarzkopf presentaban a los medios internacionales una “guerra limpia” que, gracias a la avanzada tecnología militar evitaba las siempre molestas bajas civiles, el gobierno ruso no quería que periodistas como Babitski mancharan la imagen de eficacia antiterrorista (y sólo antiterrorista) que se intentaba transmitir.

3.2. Putin y la “normalidad democrática”.

El caso Babitski había dejado claro el escueto espacio de libertad en el que los medios de comunicación rusos de desenvolvían cuando se trataba de informar sobre los acontecimientos en Chechenia. Con Putin en el poder, las nuevas reglas del juego, en lo que a la información se refiere, formarían parte estructural de una idea de fondo: presentar al presidente como el adalid de la normalización del país. Rusia, según la

⁸⁶. *Ibidem*, p.108.

⁸⁷. *Ibidem*, p.235.

propaganda oficial, es un país “normal”, un Estado de derecho que camina con paso firme hacia una democracia, eso sí, “a la rusa”. Putin promociona un país del que sus ciudadanos puedan volver a sentirse orgullosos y, con este objetivo, recupera un nacionalismo que coquetea con la idea imperial que nunca abandonó a los políticos rusos de los últimos siglos: el propio presidente definirá su régimen como “democracia dirigida” y “dictadura de la ley”. Y la democracia dirigida ha ido arrinconando a los periodistas opositores, que se convierten en *itinerantes*, obligados a cambiar de medio continuamente para entrar en otro que suele tener los días contados y muchas dificultades para encontrar apoyo. Intentaremos pues, en las siguientes páginas, describir algunas de las bases de esta campaña de “normalización”.

Reestructuración del sistema de medios

La llegada de Putin trajo consigo una reestructuración del sistema mediático ruso. Como hemos venido comentando, la propiedad de buena parte de los medios de comunicación de implantación nacional, y de manera especialmente patente la televisión, estaba en manos del Estado o de los llamados oligarcas. También nos hemos referido al poco predicamento del que, entre la población, gozaban estos últimos, hecho que será utilizado en su favor por el entorno del nuevo presidente. Gusinski, Berezovski y Jodorkovski, entre otros, se habían enriquecido en la década de los noventa utilizando todas las posibilidades que la situación del país ofrecía y, evidentemente, con una manifiesta falta de escrúpulos. Este hecho, así como la condición de judíos de los tres empresarios, en un ambiente de creciente antisemitismo, va a ser usado por el poder para comenzar, con la ayuda de los medios de comunicación afines, una campaña de acoso y derribo contra estos oligarcas. Y decimos de “estos”, porque la cruzada anticorrupción de la que se vanagloriaba el Kremlin fue muy selectiva con sus víctimas. A juzgar por la elección, no parece que los delitos económicos fuesen el principal motivo de su persecución, sino más bien las intenciones de los tres empresarios citados de influir en la vida política del país; el pacto no escrito parecía consistir más bien en lo siguiente: no importa demasiado los medios utilizados para el enriquecimiento personal, siempre y cuando no se pretenda entrar en política y, sobre todo, entrar en política en un bando que se aleje del Kremlin; la crítica al presidente se paga cara. En definitiva, hay que “portarse bien”, lo que no necesariamente significa hacerlo “legalmente”. Gusinski y Berezovski protagonizaron rocambolescas huidas de Rusia, donde siguen en busca y captura acusados de una interminable batería de delitos económicos, al tiempo que Jodorkovski dio con sus huesos en la cárcel mientras se celebraba un largo proceso en el que su empresa, la petrolera Yukos, se veía a diario envuelta en diferentes tramas de corrupción y evasión sistemática de impuestos.

Con Putin, el capitalismo oligárquico parece haberse transformado en el capitalismo de la burocracia: las empresas han de defenderse del poder político e intentar no caer en la “lista negra”. Este sistema condujo a que los principales medios de comunicación volvieran a manos más leales y pasasen a estar bajo el control efectivo del poder político. Los ciudadanos rusos quedaban, por ejemplo, sin un canal de televisión nacional que pusiera en duda con firmeza las decisiones del presidente. Las políticas de la administración han llevado a la desaparición de los principales medios “independientes”; siendo quizás el caso más sonado el asalto gubernamental al canal NTV, propiedad del “oligarca” Vladímir Gusinski, que había llevado a cabo una cobertura de la guerra de Chechenia muy crítica con el Kremlin; así como la campaña y

posterior cierre del Canal 6, perteneciente a Borís Berezovski, otra de las “bestias negras” de la administración de Putin.

De esta forma, si bien el control informativo-cultural que el gobierno ejerce sobre la sociedad rusa va mucho más allá de la difusión, a través de determinados medios de comunicación, de informaciones tendentes a propagar una imagen positiva del quehacer gubernamental, esto no significa que el entorno de Putin haya descuidado este aspecto. El nuevo presidente, desde su llegada al poder, hizo una clara apuesta por el control de los principales canales de televisión del país: ORT y RTR son de titularidad estatal y, a través del Grupo Gazprom-Media⁸⁸, el Kremlin controla también canales que pertenecieron al grupo Media-Most (propiedad de Gusinski), como NTV, NTV+ o TNT. En prensa, además del diario oficial *Rossiiskaya Gazeta*, cuenta con apoyos en la revista *Itogui* (Gazprom-Media) y en el grupo Prof-Media⁸⁹, propiedad de Vladímir Potanin y editor de los populares diarios *Izvestia* y *Komsomolskaya Pravda*. También son de titularidad pública las agencias de noticias RIA-Novosti, ITAR-TASS y las emisoras de radio *Mayak* y *Radio Rosii*⁹⁰.

Nueva imagen, viejos símbolos

Pero la campaña de normalización no acaba con la persecución de los oligarcas. Además de las medidas preventivas, se orquestaron una serie de iniciativas propagandísticas destinadas a transmitir una nueva imagen del poder y, por supuesto, en lo que respecta a Chechenia, del enemigo.

En esta línea hay que encuadrar películas como *Voiná (La Guerra)*, del director Alexéi Balabánov. En el filme se narra la historia de un soldado ruso (Iván, interpretado por Alexéi Chádov) que ha luchado en Chechenia; de vuelta a casa, decide volver al frente para ayudar a John, un británico que tiene a su novia secuestrada por guerrilleros chechenos. John paga por sus servicios a Iván, pero éste, bondadoso, repartirá luego lo ganado, mientras que el primero usará la triste historia para grabar un documental con el que hará fortuna en el materialista Occidente... En fin; el occidental materialista, el checheno malo (corrupto, sanguinario) y el ruso noble; el panfleto está servido, y sigue el formato habitual, con grandes dosis de acción y sin escatimar medios a la hora de presentar sangre, cabezas cortadas, mutilaciones varias, etc., continuando en la senda marcada por Spielberg en *Salvar al Soldado Ryan*. La película, una de tantas con similar argumento, ha recibido las alabanzas del presidente y de personajes como Nikita Mijailkov, el famoso director de cine, defensor (últimamente) de causas zaristas, ortodoxas y de grandeza rusa en general; nada sorprendente por otra parte en el director

⁸⁸ La compañía participa en el accionariado, con mayor o menor presencia, de los canales de televisión NTV, NTV-Plus y TNT, de las emisoras de radio *Eco de Moscú*, *Radio Troika*, *Pervoe Popularnoe Radio*, *Radio NEXT* y *Do-Radio*, de la editorial *Siem Dnei*, que edita las revistas *Itogui*, *7 Dnei TV Prgramma*, *Karavan Istorii*, *Shtab-kvartira* y *Tribuna*. También posee la empresa publicitaria NTV-Media. Más información en: <<http://www.gazprom-media.com/>> [ref. de 20-04-2005].

⁸⁹ El grupo participa en el accionariado de los diarios *Izvestia* y *Komsomolskaya Pravda*, *Express Gazeta*, *Sovietski Sport*, de las revistas *Expert*, *Finansovy Director*, la agencia *Prime-Tass*, de compañías de radio y TV como *Severny Gorod* y *Puls*, emisoras como *Avtoradio*, *Energía FM*, productoras de cine como *MDM-Kino*, la red de salas de cine *Cinema Park*, así como numerosos negocios de prensa, radio y televisión en diferentes ciudades rusas. Más información en: <<http://www.profmedia.ru/>> [ref. de 20-04-2005].

⁹⁰ LOZOVSKAYA, Maria. Mass-Media. Biznes ili instrument vliyanya? *Ekonomika Rosii: XXI vek* [en línea]. Mayo de 2002, nº2 [ref. de 10-04-2005]. Disponible en: <http://www.ruseconomy.ru/nomer7_200205/ec15.html>.

de *El barbero de Siberia*. Su padre, Serguéi Mijaïlkov, ha colaborado en la campaña de “reformulación simbólica del Estado ruso” que también parece formar parte de la normalización democrática. Mijaïlkov (padre) fue el autor de la letra del himno soviético (loas a Stalin incluidas) durante la Segunda Guerra Mundial; y que contó con una reescritura en 1977 (loas a Stalin excluidas). El himno, desaparecido de la vida pública por decreto de Yeltsin, ha sido recuperado (musicalmente) por Putin. De nuevo, la música de los Soviets suena en el Kremlin y la letra, reformada, es obra, una vez más, de un nonagenario pero activo Serguéi Mijaïlkov. Y es que la Rusia de Putin, lejos de apostar por la apertura gradual, en la que los medios de comunicación estarían llamados a jugar un relevante papel, parece más inclinada a construir una realidad paralela, mediática y simbólica, según la cual el presidente, que lo es de un Estado fuerte y seguro de sus posibilidades, está empeñado en trabajar por la construcción de una sociedad moderna y dinámica, dirigida por un gobierno transparente.

Ya Maquiavelo argumentaba, en el siglo XVI, que la finalidad del Príncipe (la única importante), es conservar el poder del Estado; y es a ese fin al que hay que orientar los medios disponibles. Evidentemente, rara vez encontraremos a un gobernante perfecto, por lo que, y siempre según Maquiavelo, éste deberá, al menos, “parecerlo”. Sobre todo, orientará sus esfuerzos a simular fortaleza, hacerse respetar e incluso temer, si fuera necesario. Y para “parecer”, hay que comunicar y llegar a la población. En el siglo XVI había muchas formas de hacerlo. Hoy hay más. Controlada la televisión, los ciudadanos de la nueva Rusia desayunan, almuerzan y cenan a diario con la imagen de un presidente siempre insatisfecho con la labor de sus subordinados en el gobierno: “se podría hacer aún mejor”, parece ser el mensaje de una singular forma de actuación que el presidente ruso ha impuesto como moda informativa. En efecto, en un espectáculo que probablemente haría ruborizarse a ciudadanos de otras latitudes (y sin duda a muchos rusos), Putin aparece casi a diario en los informativos de televisión rodeado, a veces de todos, en ocasiones de algunos de sus ministros, que informan de los avances en el ramo del que son responsables, en lo que pretende ser un ejercicio de transparencia informativa. En un espectáculo que recuerda al lema español “Viva el rey, muera el mal gobierno”, y que también tiene su versión rusa en el “Zar bueno” al que traicionan sus subalternos, Putin regaña sistemáticamente ante las cámaras a sus ministros, recriminándoles que los precios de los artículos de primera necesidad estén altos, que los sueldos sean míseros o se retrasen, que los sistemas de seguridad fallen... El presidente, de rostro severo e imperturbable, parece dar la imagen de no tener nada que ver con esas deficiencias que persisten, por obra y gracia de sus ministros, en la Federación Rusa. Los ejemplos de este tipo de comparecencias son diarios, y están recogidos en la página web de la presidencia. Citemos uno: el 3 de mayo de 2005, tras los festejos del día de los trabajadores, el presidente se reunía con sus ministros ante las cámaras. Tras el resumen del estado de la agricultura rusa efectuado por el ministro del ramo, Alekséi Vasílevich Gordéev, un enérgico y enfadado Putin le espeta lo siguiente:

“-V. Putin: Alekséi Vasílevich, ¿escuchó usted el mensaje a la Asamblea Federal?

-A.Gordeev: Sí.

-V.Putin: ¿Recuerda la cifra de cuántos muertos tenemos al año por el consumo de sucedáneos del alcohol?

-A.Gordeev: Sí.

-V.Putin: ¿Y qué vamos a hacer? Piense y comunique al presidente del gobierno sus propuestas, porque ésta es una situación anormal, ¿hasta cuándo va a seguir así? (...)

Necesitamos un trabajo continuo con resultados positivos para la agricultura y para el país”⁹¹.

“Conoce al presidente”

Toda campaña de propaganda cuyos efectos se pretendan a largo plazo, especialmente aquellas que buscan en el pasado la legitimación de un determinado orden de cosas, suelen incluir una más o menos intensa intrusión en el sistema educativo. No resulta novedoso, por tanto, que las autoridades rusas hayan incluido en la campaña que aquí venimos denominando de “normalidad democrática”, medidas en esta dirección. Entre ellas debemos incluir la página web que la administración presidencial ha puesto en funcionamiento dirigida, lo que la hace más interesante para el análisis (y potencialmente más grave en sus efectos), a niños en edad escolar. Se trata de *Conoce al presidente*⁹², que lleva el sugestivo subtítulo de “del presidente de Rusia a los ciudadanos en edad escolar”. La página tiene el objetivo confeso de servir a los pequeños de primer acercamiento a las instituciones del Estado, así como conocer un poco más de cerca a su presidente.

Para ello, el *site* cuenta con un atractivo y colorido diseño, ofreciendo la posibilidad de elegir entre tres personajes⁹³ que hacen de guías por la página y nos invitan, por un lado, a un viaje por el Kremlin, en el que podremos conocer mejor al presidente y, por otro, a un recorrido por las instituciones del país, así como por la historia de Rusia, de la que se han elegido heroicos pasajes, inundados de patriotismo, exaltación de la fuerza (militar) y el centralismo, conceptos clave en la línea argumental desarrollada en la página.

La primera de las cinco grandes secciones en las que se divide el *site* se denomina “Presidente”⁹⁴. En uno de sus apartados (“Conocer al presidente”), se nos invita, por una parte, a conocer al jefe del Estado más de cerca, en su cara más humana, a través de una serie de preguntas del tipo: “¿tiene usted mascota?, ¿qué le regaló a sus hijas en su cumpleaños?, ¿dónde va a pasar las vacaciones?”, etc. La sección va acompañada de un sonriente Putin, fotografiado con su perro y los personajes de la página. Por otra parte, cuenta con varios cuestionarios previamente contestados por el jefe del Estado, al que los usuarios también pueden dar respuesta y compararlas con las del presidente. Uno de esos cuestionarios, con manifiestas pretensiones de educación moral, lleva como título: “cualidades humanas” y nos propone, mediante un juego, describir las cualidades de las personas con las que nos gustaría entablar amistad y con las que no. Según el cuestionario, a Vladimir Vladimirovich no le gustaría entablar amistad con personas de las siguientes características: “mentirosos, tontos, débiles (físicamente) y sinvergüenzas”. Al mismo tiempo, valora en sus amigos la “valentía, honradez, justicia e inteligencia”. La persistente exaltación de la fuerza física y la “valentía” es una

⁹¹ *Stenograficheskii otchet o soveschanií s chlenami pravitelstva* [en línea]. Moscú, 3 de mayo de 2005 [ref. de 08-05-2005]. Disponible en: <http://www.kremlin.ru/appears/2005/05/03/2026_type63378type63381_87501.shtml>.

⁹² Todas las citas recogidas en este epígrafe provienen de la página web “Conoce al presidente”. Disponible en: <<http://www.uznay-prezidenta.ru>> [ref. de 08-05-2004].

⁹³ Los nombres elegidos son una adaptación de los héroes de cuentos rusos *Tri Bogatyria* que representan la fortaleza y la defensa de la patria.

⁹⁴ Las cinco secciones son: “Presidente”, “Estado”, “Lecciones de democracia”, “Kremlin” y “Ayuda”.

constante en los principios que rigen el contenido del web, tanto en lo referente a las personas como al Estado.

El segundo cuestionario, en la misma línea, resulta también interesante. Se plantea la siguiente cuestión: “Cuando en el recreo, dos alumnos se pelean...” El usuario debe continuar la frase, y las posibles respuestas son:

- a) Puede que hagan bien pegándose.
- b) El culpable es el que empezó.
- c) Los dos son culpables porque pelearse es una tontería.
- d) El culpable es quien ha sido golpeado, porque a los ganadores no se les juzga”.

La elección presidencial (sin ninguna ironía aparente), es la opción D. En Rusia no hay sitio para los perdedores.

Conoce al presidente recoge, en su versión infantil, las principales líneas argumentales de la propaganda del gobierno, que ven a Rusia como un país fuerte, con una historia plagada de momentos heroicos y, desde luego, como una democracia.

La sección “Presidente” incluye una carta, firmada por Putin, en la que se puede leer:

“Queridos amigos: Si vuestra opinión no coincide con la del presidente; no os preocupéis, no os desaniméis y no sufráis. Es normal. Es posible que vosotros tengáis la razón. Según la Ley Fundamental de nuestro país, la Constitución de la Federación Rusa, cada ciudadano de nuestro Estado puede tener su propia opinión acerca de cualquier tema”.

No es delito que las decisiones de los ciudadanos no coincidan con las del presidente: lo dice la ley. En la Rusia de Putin no sobra que se recuerden este tipo de máximas; pero, hagamos un esfuerzo de justificación: el presidente parece empeñado en dar de sí mismo una imagen de cercanía con sus gobernados, así como de ruptura con la tradición rusa en la que el zar o, en su defecto, el secretario general, no era un simple representante del Estado, sino su encarnación misma. Sólo con esta argumentación podemos dejar de lado otra interpretación, que nos llevaría a dudar de la buena salud de una democracia que se ve obligada a recordar estas elementales normas. Aún más difícil resulta apartarnos de esta versión si, como es el caso, las insistentes referencias a la figura del presidente reducen a la nada la explicación de otras instancias del poder. Esta peculiar idea de una democracia emanada de la presidencia se pone de manifiesto en muchas de las preguntas que se hacen a los usuarios de la página, incluyendo comentarios como el que sigue, incluidos bajo el epígrafe “lecciones de democracia”:

“¿Cómo vencer el amor al poder? Qué puede hacer el ciudadano que ama demasiado a su presidente, que no puede vivir sin él, que cuelga en todas las paredes retratos del presidente y se aprende de memoria todo lo que el presidente dijo ayer por televisión. En primer lugar, tranquilizarse. Y comprender que el presidente no necesita declaraciones de amor de sus ciudadanos. Al presidente sólo le hace falta una cosa: que los ciudadanos no infrinjan los derechos de los demás. Y se debe amar no al presidente, sino a la Patria”.

En el “álbum de fotos” de Putin que incluye la página se vuelve a evidenciar esa imagen de líder fuerte a la que nos referíamos anteriormente. Abundan las instantáneas del presidente en su papel de jefe de las Fuerzas Armadas, así como las de un Putin deportista en posición vencedora, luciendo su cinturón negro de judo. Y este hombre duro es el que merece una nación fuerte, con un pasado lleno de hechos heroicos. Para que no quepa ninguna duda al respecto, la página nos muestra, a través de un juego interactivo lleno de preguntas sobre fragmentos del pasado ruso, una historia contada de forma épica y que destaca la valentía y fortaleza de los primeros príncipes rusos, así como su firmeza a la hora de aplastar las rebeliones que amenazaban a la patria. Se elogia la destreza militar, sabiduría, supremacía y constancia de los eslavos, destacando como rasgos constitutivos de la nación rusa el centralismo y la religión Ortodoxa. Esta versión histórica no es sólo cuestionable, sino que incide en la visión imperialista tradicional tan habitual en la Rusia de los últimos siglos, que describe a un país de una sola etnia, una lengua y una religión, obviando la diversidad étnica, lingüística y religiosa del territorio que hoy constituye la Federación Rusa; una historia que, contada en términos militares, tiene su continuación en el presente: para continuar y defender esa gloriosa obra, son necesarias unas fuertes (o mejor... invencibles) Fuerzas Armadas:

“¿Para qué necesitamos a las Fuerzas Armadas si no pretendemos invadir a nadie? En realidad, el Estado debe ser fuerte y estar armado porque, de otra forma, podría ser invadido por algún otro país. Si nuestro país es invadido, pierde su independencia, su soberanía, y no puede proteger ni nuestros derechos ni a nosotros. El presidente no tiene derecho de permitir eso; por eso está obligado a hacer todo lo posible para que nuestro Estado tenga unas fuerzas armadas muy poderosas, o mejor, invencibles”.

Pero si, por algún motivo, algún enemigo exterior intenta poner en peligro la unidad del Estado, los ciudadanos, además de a sus Fuerzas Armadas, recurrirán a sus símbolos patrios:

“Si de pronto aparece una grave y seria amenaza para todos; por ejemplo, si vienen violentos enemigos, o si, por el contrario, hay un motivo de alegría general, pongamos, cuando la selección nacional queda campeona del mundo, en estos momentos es cuando nos damos cuenta de que los símbolos nacionales nos ayudan a sentirnos unidos, convertimos en uno. Los ciudadanos salen a la calle con banderas nacionales, miran con orgullo el escudo de su país, e incluso, codo con codo y con lágrimas en los ojos pueden cantar el himno nacional”.

Conoce al presidente tuvo su particular puesta de largo en enero de 2004, con una videoconferencia de Putin y los creadores de la página dirigida a los niños de un colegio de Yaroslavl. En este momento, la prensa crítica y organismos internacionales como la OCDE ponían en duda el resultado de unas elecciones (las parlamentarias rusas), por la falta de las mínimas condiciones democráticas en el país. Las “lecciones de democracia” que incluye el *web* en forma de preguntas, suenan, en este contexto, aún más grotescas:

“Durante las elecciones a jefe del Estado, siempre se presenta el mismo candidato, aquél que ya es jefe del Estado. Los adultos nunca confiesan que votaron contra el jefe del Estado.

¿Es eso democracia? NO”

No podemos más que, en esta ocasión, estar de acuerdo con el presidente.

El culto a la personalidad

A pesar de que Vladímir Putin gustaba, al menos en los primeros años de su mandato, de mostrarse en público moderadamente contrario a las desmesuradas muestras de afecto que recibía, y que no acababan de encajar en la visión de una Rusia moderna y democrática, lo cierto es que no faltaron ejemplos de adulación sin reservas al presidente. En todos los rincones del país se sucedieron exposiciones monográficas sobre el presidente: “Nuestro Putin”, se denominaba una de las mayores, celebrada en Moscú y que reunió una colección pictórica de obras inspiradas en el líder, algunas de cuyas piezas hacían recordar el gigantismo de la época soviética. Paralelamente, las librerías se llenaron de carteles y calendarios con fotografías del presidente, que mostraban a un Putin deportista, venciendo en combates de judo y esquiendo altas cumbres; o al presidente comandante en jefe, embutido en un avión de combate MIG y vistiendo uniforme de piloto; el presidente rodeado de niños, el presidente junto a altos mandatarios internacionales, etc. En esta línea, la sección local de “Unidad” en San Petersburgo, el partido formado para apoyar a Putin en las elecciones de 2000, encargó un buen lote de bustos de bronce para distribuirlos por el país; mientras en Izborsk, el alcalde organizaba excursiones turísticas por los lugares que atravesó Putin en su visita a la localidad; aparecieron también poesías dedicadas al presidente, e incluso canciones con títulos tan sugerentes como “Quiero un hombre como Putin”. Esta explosión de amor popular hizo que el 7 de octubre de 2002, día en el que el presidente cumplía 50 años, el cumpleaños se convirtiera casi en una cuestión de Estado en la que los aduladores profesionales entraron en una especie de competición cuyo ganador parecía ser el autor del mejor regalo:

“En teoría, nadie está obligado a agasajar al líder, pero los miedos, las tradiciones del régimen de servidumbre y del culto a la personalidad y la adulación al poderoso tienen hondas raíces en Rusia y, por lo que pueda pasar, nadie quiere quedarse corto o al margen del festejo, aunque Vladímir Putin parece tener la intención de escabullirse de la avalancha que se le viene encima”⁹⁵.

Un grupo de empresarios, “por lo que pudiera pasar”, obsequió al presidente con una reproducción del gorro de Monomaj, “una de las coronas más antiguas del imperio ruso, que está confeccionado con oro, plata, pedrería y pieles y que se guarda en la Armería del Kremlin”⁹⁶. Pero si bien Vladímir Putin ha bromeado y, a veces, incluso dado la impresión de indignación ante las extravagancias de sus subordinados, no cabe duda de que él es responsable de buena parte (la más organizada) del culto a su persona que se organizó en el país. Uno de los esfuerzos en este sentido fue la creación de una asociación juvenil cuyo único objetivo parece ser, con éxito cuestionable, el de contribuir a este propósito.

“Caminando Juntos”

El 7 de mayo de 2004, tras una nueva victoria electoral, Vladímir Putin tomó posesión de su cargo en una pomposa ceremonia transmitida en directo por todos los canales de

⁹⁵ *El País*, 07/10/2002.

⁹⁶ *Ibidem*.

televisión. Mientras, en *Vorobiovy Gory*, frente al edificio principal de la Universidad Estatal de Moscú, un numeroso grupo de incondicionales se reunía para felicitar al presidente. La concentración había sido convocada por la organización a la que nos referíamos: “Caminando juntos” (*Idushie Vmeste*), movimiento de jóvenes unidos para mayor gloria del presidente, y en cuyo “ideario” no es difícil encontrar muestras de ese rancio nacional-patriotismo que a menudo acompaña al neoconservaurismo ruso.

Estas “juventudes putinistas” están dirigidas por Vasili Yakemenko, miembro de la administración presidencial hasta que, en mayo de 2000, la abandonase para convertirse en líder de “Caminando juntos”. La organización está estructurada en forma de red piramidal: cada nuevo miembro debe persuadir a otros cinco (de los que se convierte en jefe), para que entren a formar parte de la asociación. Estos “jefes” reciben regalos e inscripciones gratuitas en determinadas universidades moscovitas; por su parte, los componentes de las delegaciones provinciales son agraciados con viajes gratuitos a la capital, bonos para piscinas o cines, tarjetas de conexión a Internet, etc. Se trata de una organización de adoctrinamiento puesta en marcha para ganar el apoyo de la juventud al presidente, que la respalda económicamente, ya sea de forma directa o a través de empresas privadas vinculadas al Kremlin. En su página web⁹⁷ se definen como una organización de educación juvenil, dotada de un “código moral” instituido como documento base de la asociación. El código incluye principios tan loables como el respeto a los mayores, la condena del alcoholismo y la drogadicción, etc.; también reserva un apartado denominado “no permitir las ideologías nacionalistas y chovinistas”, en el que se describe el patriotismo en oposición al nacionalismo: “El patriotismo es el amor a tu país mientras que el nacionalismo es el odio a otra persona”, y se dividen las ideologías en buenas, como el cristianismo, y malas (comunismo y fascismo).

Lo hemos dicho: Vladímir Putin ha reforzado el discurso imperial desde su llegada al poder. El culto a un pasado glorioso le hace ver como despreciables todos los nacionalismos excepto el propio y, en un país tan plurinacional como Rusia, esto supone mantener a raya cualquier expresión nacional dentro de sus fronteras. Por otra parte, la obsesión por recuperar la memoria de una historia gloriosa, reescrita como sucesión de victorias militares, fue ya una constante durante el período soviético. Aún hoy, la guerra contra Napoleón y la Gran Guerra Patria (nombre que la Unión Soviética dio a la Segunda Guerra Mundial) siguen siendo los grandes referentes de la historia del país. Putin y los “caminantes” añaden (recuperan), el elemento religioso: Rusia como centro espiritual, la “Tercera Roma”, cuna del cristianismo ortodoxo convertido, como en buena parte del siglo XIX, en signo distintivo del imperio ruso, guardián de la ortodoxia y su principal exportador. Así las cosas, se ha ido construyendo un interesante *collage* ideológico que incluye el nacionalismo imperial (salpicado de elementos prerrevolucionarios y soviéticos), el soporte espiritual de la Iglesia Ortodoxa y, en lo económico, una especie de capitalismo feudal dirigido desde el Kremlin. Al mismo tiempo, no se abandona la retórica neoconservadora “a la rusa” ni las alusiones a la importancia de mantener el sistema democrático. Como un inspirado Putin exclamara: “Rusia será grande o no será”, *Caminando Juntos* ha hecho de esta máxima uno de sus axiomas.

⁹⁷ <<http://www.idushie.ru/>> [ref. de 10-04-2005]. Todas las referencias de este apartado están tomadas de las diferentes secciones de esta página.

En el código moral de nuestros “caminantes”, hay otro punto sobre el que parece interesante que nos detengamos: se trata de la intención de promover una “activa posición ciudadana”, la participación en los asuntos públicos de los miembros de la organización. Según el código, después de unos años (los noventa), en los que una serie de personajes sin respeto a su país se repartieron las riquezas de Rusia para su enriquecimiento personal, en marzo de 2000 (fecha de la elección de Putin como presidente), la situación cambió. Este cambio, y siempre según “Caminando Juntos”, puede representar la última oportunidad de volver a ser un “Estado serio”, del que sus ciudadanos puedan sentirse orgullosos. Pero claro, hay a quien el vacío legal y de poder trae beneficios y, por lo tanto, no quiere apoyar al presidente en su batalla por llevar a Rusia a lo más alto; ¿y quiénes son estos enemigos del progreso?: “los oligarcas, los gobernadores, los diputados y su entorno”; es decir, “Caminando Juntos” considera enemigos del pueblo a aquellos que, como gobernadores y diputados, han sido elegidos por la población. No cabe duda de que, viendo la composición del parlamento, podríamos llegar a coincidir con los “caminantes”, pero este desprecio por la democracia representativa, constante en el discurso de la organización, no deja por ello de ser más preocupante.

Es este tipo de acción ciudadana la que se pretende potenciar desde el Kremlin: la adhesión incondicional al presidente, no a las instituciones, ni a un sistema político representativo. Esta adhesión implica una lucha contra los “enemigos” de Putin (que lo son de Rusia) y, en la batalla a favor del presidente y por la regeneración moral del país, “Caminando Juntos” ha arremetido contra las voces críticas de periodistas como Kiseliov, empresarios como Berezovski y algunos escritores que no parecen ser de su agrado.

El poder de los *siloviki*

Uno de los elementos que merecen mayor atención en la configuración de la vida política rusa, desde que Vladímir Putin llegara al poder, es el preocupante aumento, en los diferentes órganos del poder político, de los llamados *siloviki*, esto es, de funcionarios provenientes de las distintas instituciones dedicadas a la seguridad, el ejército y la policía. Según la socióloga Olga Krishtanovskaya, dicha presencia constituye el 94,1% en las instituciones sometidas al control de Putin: “En concreto, un 58,8% procede del FSB y un 23,5% de la policía”⁹⁸, afirma Krishtanovskaya. Como concluye Pilar Bonet, corresponsal del diario *El País* en Moscú: “El antiguo KGB de la URSS está en todas partes y manda en Rusia”⁹⁹. Esta situación ha alimentado la versión de que Putin sería, simplemente, el representante máximo de una nueva *nomenklatura*, de enorme influencia y peso político¹⁰⁰ en la Rusia de hoy, compuesta fundamentalmente por *chekistas*, término utilizado también para designar a los funcionarios de los servicios de seguridad (especialmente del FSB). Su participación en el poder, lejos de limitarse a las instituciones políticas, se extendería a las finanzas, el mundo empresarial en general y los medios de comunicación. Esta abundancia de uniformados ha contribuido, a todas luces, a una militarización de la sociedad y a la potenciación de un Estado policial en el que las libertades civiles son continuamente limitadas. Desde este punto de vista, la guerra y las medidas policiales han pasado al núcleo de las políticas gubernamentales, que ante cualquier forma de oposición

⁹⁸ *El País*, 18/01/2005.

⁹⁹ *Ibidem*.

¹⁰⁰ ILIUSHENKO, Vladímir. Zagovor vlasti opasnee “zagavora oligarjov”. *Novaya Gazeta*, 07/08/2003.

responden con la natural represión del Estado policial. Uno de los analistas políticos que defienden esta versión, Vladímir Iliushenko, señala que, en lo que a Chechenia se refiere, se ha llegado a una peligrosa situación en la que el lucrativo negocio que muchos de los generales están llevando a cabo con la guerra, hace que no exista el mayor interés por ponerle fin: “mientras el poder y la sociedad no se den cuenta de que el terrorismo checheno es una respuesta al terrorismo de Estado (...), los atentados no cesarán”¹⁰¹.

El 29 de diciembre de 2004, el diario *Komsomolskaya Pravda* publicaba un extenso artículo de Víktor Cherkésov, general próximo a Putin y de una amplia carrera en los servicios de seguridad, tanto en época soviética como en otras más recientes. El texto es una especie de manifiesto en favor de la labor de los órganos de seguridad, y constituye un buen ejemplo del modo de ver la realidad de los *chekistas* que, como acabamos de ver, inundan las instituciones del país. Cherkésov, que se manifiesta orgulloso de su condición de *chekista*, califica de héroes a los miembros de las fuerzas especiales, víctimas, según él, de una insoportable campaña de difamación. El general denuncia la existencia de una creciente “campaña de información llamada a desacreditar al llamado *chekismo*. Las dimensiones de esta campaña excluyen su espontaneidad. Se trata de una declaración de guerra al *chekismo* como el nuevo enemigo. La campaña, por sus dimensiones, es del todo comparable a la guerra anticomunista que se llevó a cabo a finales de los años ochenta. Se trata de una guerra informativo-psicológica, pero no sólo. Ninguna guerra de estas dimensiones puede reducirse a sus componentes de guerra psicológica”¹⁰².

Como vemos, Cherkésov parece tomarse muy en serio la amenaza, aunque también es cierto que no se decide a descubrirnos al organizador u organizadores de esa campaña. Quizás forme parte de la profesión confirmar la existencia de un enemigo y dejar la puerta abierta... cualquiera podría ser. Pero, si bien el artículo nos deja con la duda, es tajante en otros puntos: el enemigo es fuerte y pretende poner en jaque la unidad del territorio nacional. Cherkésov dedica buena parte de su exposición a describir las terribles consecuencias que tendría una nueva división territorial (que “podría ser la última”) tras la caída de la URSS: “Como resultado, puede que nos espere el destino de muchos pueblos africanos: la práctica anulación total, sumergirnos en el caos y en el genocidio multiétnico”¹⁰³. La respuesta que propone el autor ante tamaña amenaza es una mayor unidad de los cuerpos de seguridad, sobre los que ha caído la misión histórica de defender el país:

“Debemos comprender que todos nosotros somos uno. No aspirábamos al poder, no queríamos convertirnos en la clase dirigente. La historia ha dispuesto que la responsabilidad del mantenimiento de la existencia como Estado de Rusia recaiga sobre nuestros hombros”¹⁰⁴.

Aunque similares afirmaciones se comentan por sí mismas, no está de más recordar que una parte nada despreciable de los *chekistas*, como Cherkésov, parecen tener la función de perpetuar la presencia del enemigo, ora invisible, ora no, como forma de justificación

¹⁰¹ *Ibidem*.

¹⁰² CHERKESOV, Víctor. *Moda na KGB? Nevedomostvennye razmyshlenia o profesii. Komsomolskaya Pravda*, 29/12/2004.

¹⁰³ *Ibidem*.

¹⁰⁴ *Ibidem*.

de las políticas de mano dura empleadas por el Kremlin. Desde esta visión, cualquier forma de disidencia, por insignificante que sea, puede ser (y es) acusada de participar en esa conspiración invisible que amenaza la propia existencia del Estado.

La vertical del poder

Otra de las caras de este poliedro “normalizador” ha sido la recuperación, por parte de la administración central, de la vertical del poder, debilitando cualquier tipo de autonomía regional, y poniendo al borde de la quiebra el federalismo vigente en la Constitución rusa de 1993. En esta línea, y con el objetivo de purgar la competencia que suponían los líderes regionales, el presidente, en mayo de 2000, dividió el país en 7 distritos federales, nombrando a sus correspondientes representantes presidenciales plenipotenciarios (cinco de ellos generales), con mayores competencias que los gobernadores regionales. Tras la catástrofe de la escuela de Beslán en 2004, a la que nos referiremos más adelante, el presidente aprovechó para dar un paso de gigante en esta misma dirección: con la excusa de la “unidad de acción de todas las administraciones contra el terrorismo”, el Kremlin puso en marcha una reforma administrativa que, a grandes rasgos, contempla la desaparición de las elecciones directas de los gobernadores, que pasarán a ser nombrados por los parlamentos regionales previa propuesta del candidato por el jefe del Estado. En este sentido, el politólogo Andréi Piontkovski¹⁰⁵ afirma que “en las relaciones con los gobernadores, se ha producido, no una vuelta a la URSS, sino a 1580”. La comparación con los tiempos de Ivan IV (El Terrible) puede parecer exagerada, pero no es por ello menos oportuna. Antes, el presidente ya había reformado la Cámara alta rusa, convertida en un club privado de representantes elegidos por el Kremlin; mientras que, en lo que se refiere a la elección de diputados de la Cámara baja, Putin ha propuesto un modelo en el que todos los legisladores sean elegidos por el sistema proporcional; esta medida, junto al endurecimiento de los requisitos para registrarse como partido político, deja poco espacio para la oposición. El “partido” de Putin, Rusia Unida, con mayoría constitucional (dos tercios de los escaños), se asegura la aprobación casi automática de todas las reformas propuestas por el presidente.

En esta campaña de normalización por decreto, los ciudadanos rusos han sido testigos de cómo, en los años del “putinismo”, se ha reducido paulatinamente su derecho a manifestarse, y las concentraciones sólo son toleradas sin impedimentos cuando están destinadas a convertirse en actos de adhesión al “régimen”, como ocurriese pocos días después del secuestro de la escuela de Beslán, cuando desde el Kremlin se alentó a la ciudadanía a acudir a la Plaza Roja para manifestarse en contra del terrorismo. El visible retroceso que ha sufrido Rusia en lo que a derechos civiles se refiere, es consecuencia directa de una política orquestada para debilitar la ya de por sí desarticulada sociedad civil rusa.

3.3. La disidencia

Hemos intentado describir los pilares fundamentales de la política propagandística puesta en marcha por la administración presidencial desde que Vladímir Putin se convirtió en presidente de Rusia. Sin embargo, y aunque a priori pudiese parecer que este exceso de celo ha consolidado un bloque propagandístico e ideológico compacto,

¹⁰⁵ *Novaya Gazeta*, 07/04/2004.

hay suficientes elementos para pensar que no es necesariamente así. Los ingentes esfuerzos para presentar a Putin como un líder fuerte que lleva con mano dura el timón del país se han topado continuamente con una tozuda realidad que parece demostrar lo contrario una y otra vez. Han sido muchas las salidas de tono, sobre todo provenientes de los *siloviki*, que contradecían las declaraciones del presidente y ponían en duda su autoridad, dejando en evidencia a menudo la incapacidad del poder para consolidar una línea propagandística coherente, sobre todo en lo que a Chechenia se refiere. Por otra parte, sería ingenuo pensar que el curioso espectáculo de adulación que hemos descrito, y al que se han sumado empresarios, políticos, artistas e intelectuales, así como organizaciones del tipo “Caminando Juntos”, tiene que ver con un especial carisma del presidente. No parece arriesgado afirmar que estos comportamientos responden, en buena medida, a la tradición centralista y autoritaria, y que se habrían desarrollado de forma similar, posiblemente, con cualquier otro político que hubiera llegado a la presidencia. No obstante, es cierto que una población cansada de sobresaltos y poco exigente con el poder, ha aceptado mayoritariamente la imagen de Rusia transmitida desde el Kremlin, incluso cuando ésta chocaba abiertamente con las realidades más palpables. En cualquier caso, es justo que nos refiramos a aquellos que, lejos de aceptar sin protesta la campaña de normalización democrática, dedican sus esfuerzos a poner de manifiesto sus incoherencias.

En lo que a medios de comunicación se refiere, existe un heterogéneo grupo que algunos unen bajo la genérica denominación de “medios liberales”, con modestas audiencias y tiradas, pero que cubren un importante nicho de mercado: el de aquellos ciudadanos interesados en recibir una información que ponga en duda la propaganda y desinformación oficiales. El principal problema de estos medios tiene que ver, indudablemente, con su balance de resultados; resulta complejo, en la actual situación socio-política, que puedan sobrevivir sin la ayuda de un “mecenas” que tenga un especial interés en su existencia. Esta dependencia, además de unir su destino, en muchos casos, al de la salud de las finanzas de sus dueños (ninguno de estos medios puede subsistir con los ingresos de un mercado publicitario alérgico a las consecuencias negativas que puede acarrearles el anunciarse en medios de la oposición), va en detrimento de la posible objetividad de sus informaciones. Pero, más allá de las cuestiones económicas, tampoco debemos olvidar el paralelismo existente entre la exigua presencia de unos medios de comunicación que apuesten por el pluralismo y las libertades civiles, y su equivalente en el escenario político actual, en el que partidos de tendencia liberal como Yábloko ni siquiera consiguieron representación parlamentaria en las últimas elecciones¹⁰⁶.

Aún así, y hechas estas salvedades, los medios liberales juegan un papel muy positivo a la hora de unir en torno a sí a una buena parte de la población descontenta con la monótona desinformación del gobierno, entre la que se encuentra una mermada *intelligentsia* y, no lo olvidemos, sirve a los extranjeros para tener una idea más completa de las diferentes tendencias que se desarrollan en el interior de Rusia. Algunos de los oligarcas caídos en desgracia, como Jodorkovski, mantienen aún influencia mediática a través del semanario *Moskovskie Novosti*; Berezovski, desde su exilio londinense, sigue apoyando a publicaciones como *Nezavisimaya Gazeta* y el prestigioso diario económico *Kommersant*. En lo que a la radio se refiere, deberíamos incluir en este grupo a algunas de las estaciones extranjeras con emisiones en ruso, como la

¹⁰⁶ WALSH, Nick P. The last stand for Russia’s free press. *The Guardian*, 11/04/2005.

norteamericana *Radio Svoboda (Radio Liberty)* y la BBC británica. También la emisora de la capital, *Eco de Moscú*, mantiene programas que, a día de hoy, cuestionan duramente la línea política del Kremlin.

Especial atención merece *Novaya Gazeta*, publicación periódica (sale dos veces a la semana) que, desde sus páginas, lleva a cabo una feroz y sistemática crítica de la Rusia de Putin. Para *Novaya Gazeta* trabaja Anna Politkovskaya, quien posiblemente sea la periodista cuyas crónicas sobre la guerra de Chechenia, muchas de ellas publicadas en forma de libro y traducidas a varios idiomas¹⁰⁷, hayan tenido mayor repercusión dentro y fuera de Rusia.

Politkovskaya ha dedicado buena parte de su trabajo periodístico a una labor de investigación y recopilación de datos con el objetivo de poner en evidencia la versión oficial sobre la guerra en Chechenia. Con su estilo duro e incisivo, se ha entrevistado con los principales líderes chechenos (fue mediadora durante el asalto al teatro de la calle Dubrovka de Moscú) y nos ha ofrecido un descarnado retrato de la vida cotidiana, en una guerra que poco tiene que ver con las imágenes de los informativos televisados por los principales canales de la Federación Rusa. La denuncia constante, a través de historias individuales de “interés humano”, ha puesto el dedo en la llaga sobre los temas más sensibles: la sempiterna corrupción interna del ejército ruso, la descripción de la impunidad con la que actúan los escuadrones de la muerte, el negocio de las armas rusas en Chechenia, los campos de filtración, etc.

Si Politkovskaya ha conseguido que su denuncia trascienda las fronteras de la Federación Rusa con su narración de la vida cotidiana en la guerra, otros profesionales, de menor renombre internacional, contribuyen con su trabajo a esta labor de oposición y contrapropaganda. Es el caso de Víktor Shenderóvich, antiguo director y guionista del programa de humor político *Kukly*, emitido por la NTV hasta que la cadena pasó a estar bajo la tutela gubernamental, y que ha elegido el humor para describir el surrealismo de la actual vida política rusa. Desde su programa semanal en la emisora *Eco de Moscú*, *Plavleny Syrok*, Shenderóvich se ha convertido en una especie de francotirador intelectual que apunta a las políticas gubernamentales, ridiculizando su estructural e incoherente absurdo¹⁰⁸.

Otro de los ejes principales de esta disidencia informativa lo componen las diferentes ONGs que, como Amnistía Internacional, Human Rights Watch o Médicos Sin Fronteras, denuncian, desde 1994, en todos y cada uno de sus informes sobre la Federación Rusa, la sistemática violación de los derechos humanos fundamentales en Chechenia. Mención especial merece el Comité de Madres de Soldados que, aunque con un apoyo popular muy discreto, lleva a cabo una “silenciosa” labor de difusión de la situación de absoluto desamparo, precariedad y elevada siniestralidad que viven los soldados rusos en el seno de su ejército. De mayor impacto mediático es la organización Memorial, nacida durante la *Perestroika* con el objetivo de rehabilitar la memoria de los represaliados políticos en época soviética, y que lleva a cabo un intenso trabajo en

¹⁰⁷ En la bibliografía se pueden encontrar, entre otros, los títulos publicados en España.

¹⁰⁸ Para conocer con mayor detalle el proceso que llevó al cambio de tendencia de la cadena de televisión NTV, véase: SHENDEROVICH, Viktor. *Zdes bylo NTV i drugie istorii*. Moskva: Zajarov, 2002. Asimismo, en la página web de la emisora *Eco de Moscú* hay un archivo con las transcripciones de todas las ediciones de *Plavleny Syrok*. Disponible en: <<http://www.echo.msk.ru/programs/plsyrok/>>. [ref. de 10-05-2005].

defensa de los derechos humanos. Memorial, que recibe financiación fundamentalmente desde el extranjero y de algunas instituciones rusas como el Ayuntamiento de Moscú, es hoy una fuente indispensable de información para aquellos que buscan alejarse de una visión, la gubernamental, que a pesar de la inmensidad de pruebas en contra sigue insistiendo en que Chechenia es una región de Rusia en imparable construcción, cuyo único problema es la presencia de algunos grupos terroristas internacionales en vías de extinción¹⁰⁹.

También en estas organizaciones se hace evidente su dependencia de la financiación exterior, con todo lo que esto implica, muy especialmente de la ayuda norteamericana, sea esta directamente gubernamental, a través del Departamento de Estado o la Agencia para el Desarrollo Internacional (USAID), o de instituciones privadas como el Fondo Soros, Fondo Ford, etc. Así las cosas, se ha creado una red de organizaciones que suelen promover el apoyo a medios “independientes”, formación de los profesionales de la información con estándares “occidentales”, financiando cursos especializados o universidades privadas, así como prestando asesoría legal a periodistas, entre otras actividades. Organizaciones de este tipo son *Internews*, el Fondo por la Defensa de la Transparencia (*Fond Saschity Glasnosti*), el Instituto de Problemas del Derecho de la Información (*Institut Problem Informatsionnogo Prava*), el Centro de Periodismo en Situaciones Extremas (*Tsentr Ekstremalnoi Zhurnalistiki*), la Fundación Eurasia, el Instituto para el Desarrollo de la Prensa (*Institut Razvitia Pressy*), el Fondo Sociedad Abierta (*Fond Otkrytoe Obschestvo*, sucursal rusa del Fondo Soros), el Centro Sájarov, etc¹¹⁰. De hecho, en ocasiones la ayuda económica de estas organizaciones, en lo que a medios de comunicación se refiere, ha llegado a territorio checheno, como en el caso de la subvención del periódico *Groznenski Rabochi*, financiado por el Fondo Soros y amenazado en varias ocasiones por los seguidores de Basáev.

Como se puede deducir de lo dicho hasta ahora, el trabajo de esta disidencia activa no es bien vista por las autoridades rusas que, con su presidente a la cabeza, no desaprovechan ninguna ocasión para desacreditarla, acusándola habitualmente de estar vendida a los intereses de sus patrocinadores y llevar a cabo una labor “quintacolumnista” en su propio país. El director del FSB, Nikolai Pátrushev, se ha manifestado en este sentido en varias ocasiones:

“Servicios de inteligencia extranjeros, cada vez con más intensidad, emplean para su trabajo métodos no tradicionales con la ayuda de programas educativos de diferentes organizaciones no gubernamentales que hacen propaganda de sus intereses y recogen información”¹¹¹.

¹⁰⁹ Para una mayor información sobre la actividad de Memorial, véase: <<http://www.memo.ru>>. [ref. de 12-10-2003].

¹¹⁰ Para una mayor información sobre estas organizaciones, así como sobre sus objetivos y financiación, véanse: *Internews*: <<http://www.internews.ru>>; Fondo por la Defensa de la Transparencia (*Fond Saschity Glasnosti*): <<http://www.gdf.ru>>; Instituto de Problemas del Derecho de la información (*Institut Problem Informatsionnogo Prava*): <<http://www.medialaw.ru>>; Centro del Periodismo en Situaciones Extremas (*Tsentr Ekstremalnoi Zhurnalistiki*): <<http://www.cjes.ru>>; Fundación Eurasia: <<http://www.eurasia.org>>; Instituto para el Desarrollo de la Prensa (*Institut Razvitia Pressy*): <<http://www.pdi.ru>>; Fondo Sociedad Abierta (*Fond Otkrytoe Obschestvo*): <<http://www.osi.ru>>; Centro Sájarov: <<http://www.sakharov-center.ru>> [ref. de 10-05-2005].

¹¹¹ *Gazeta.ru* [en línea]. 12/05/2005 [ref. de 12-05-2005; 21:10]. Disponible en: <http://www.gazeta.ru/2005/05/12/oa_157330.shtml>.

Para intentar contrarrestar esta situación, Pátrushev ha anunciado una serie de medidas que pasan por una nueva regulación, presumiblemente más restrictiva, de la actividad de dichas organizaciones en territorio ruso. Las críticas han pasado, en muchas ocasiones, de la retórica a las amenazas, intimidación, asaltos a las sedes de organizaciones como Memorial y agresiones físicas que, en ocasiones, han llegado a muertes en extrañas circunstancias que suelen quedar sin investigar¹¹².

3.4. Chechenia tras el 11 de Septiembre

El período que corresponde al primer mandato de Vladimir Putin (2000-2004) fue prolijo en cambios, dentro y fuera de las fronteras rusas: los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York y Washington tuvieron como consecuencia propagandística más evidente la aparición, con una fuerza demoledora, de lo que Juan Goytisolo ha llamado “esa nebulosa mutante, esa Hidra de siete mil cabezas denominada terrorismo internacional”¹¹³. Desde entonces, han corrido ríos de tinta para intentar explicar, con mayor o menor acierto, qué es eso del terrorismo internacional; pero, en el mejor de los casos, seguimos estando ante una nebulosa. El adjetivo “mutante” que usa Goytisolo es aún más esclarecedor de la verdadera naturaleza del fenómeno. El terrorismo internacional “muta”, se transforma, adecuándose a las necesidades de los diferentes intereses particulares. A estas alturas, es ya evidente que la administración Bush lo usó para invadir Iraq, y que Vladimir Putin hizo lo propio con Chechenia. En estas condiciones, no podemos culpar al presidente ruso de hacer ese inmoral uso de la argumentación; porque, ¿qué gobernante en su sano juicio dejaría pasar una oportunidad así? El terrorismo internacional se ha convertido en la verdadera caja de Pandora de la nueva política internacional, útil para introducir medidas que limiten las libertades individuales. Los argumentos son simples; como afirma Carlos Taibo: “si ya sabemos que Al Qaeda está por detrás de todos los males, para qué reflexionar entonces, sobre lo que ocurre en Chechenia”¹¹⁴. Sin menospreciar en absoluto la capacidad de hacer daño que puede llegar a tener un grupo de fanáticos, debemos de ser conscientes de la fuerza del miedo como arma de propaganda: miedo a un fenómeno “abstracto”, explicado con argumentos maniqueos. La simplificación ha sido y es una de las reglas básicas de cualquier campaña de propaganda: un clásico. Nada nuevo bajo el sol.

En 1988, Noam Chomsky y Edward S. Herman elaboraron un demoledor estudio sobre el sistema de propaganda constante que, según estos autores, estaba arraigado en EEUU y del que formaban parte, como pilar fundamental, los grandes medios de comunicación. Uno de los ingredientes de este sistema, en esos años de Guerra Fría, era “el anticomunismo como mecanismo de control”. El comunismo, identificado como el peor de los males de la humanidad, decían, “ayuda a movilizar a la población contra un enemigo, y dado que éste es un concepto difuso, puede utilizarse contra cualquier persona que propugne una política que amenace los intereses de la propiedad o apoye los Estados comunistas y los radicales (...) Si el triunfo del comunismo es el peor de los

¹¹² Para una mayor información sobre estos hechos, véanse, entre otros: PANFILOV, Oleg (coord.). *Dangerous profession. Monitoring of violations of journalists' rights in the CIS 2000*. Moscú: Human Rights Publishers, 2001; RIJTER, A.G. (red.). *Zhurnalistika i voina. Osveshenie rossiskimi SMI voennyj deistvii v Chechnie* [en línea]. Moscú: Institut “Otkrytoe Obschestvo”, 1998 [ref. de 05/10/2001]. Disponible en: <<http://www.medialaw.ru/publications/books/war/>>.

¹¹³ GOYTISOLO, Juan. Ricardo Ortega y la dignidad de la información. *El País*, 12/09/2004.

¹¹⁴ TAIBO, Carlos. Diez claves sobre Chechenia. *El País*, 04/09/2004.

resultados imaginables, el apoyo al fascismo en el extranjero queda justificado como mal menor”¹¹⁵. Las circunstancias históricas nos obligan a un cambio terminológico, pero la lógica de las actuaciones parece no haber cambiado demasiado. En lo que se refiere a la posición internacional en el caso de Chechenia, se aplica la pragmática del “mal menor”: por ahora, el conflicto es un asunto interno que, además, se encuadra, para las autoridades rusas, dentro de la guerra contra el terrorismo internacional, hoy, “el peor de los males de la humanidad”. Y esta oportunidad ha supuesto una interesante vuelta de tuerca en la estrategia propagandística de Rusia: la primera guerra se perdió y hubo un acuerdo de paz que escenificaba el fin del conflicto. Pero ahora es diferente; ante la indefinición y el carácter transnacional del enemigo, ya no estamos ante una “guerra”, sino frente a una lucha constante contra un enemigo común, mundial. Desde esta perspectiva, Rusia comparte trincheras con todos los Estados que sufren esta amenaza; por lo tanto, un plan de paz local, en Chechenia, no tiene sentido. No es una guerra entre Estados, ni siquiera una batalla contra una república secesionista, sino por la eliminación de bandas armadas internacionales cuya organización trasciende las fronteras de los Estados-Nación. Si a esto unimos la estructura de red que se atribuye al terrorismo internacional, ¿de qué sirve negociar?, ¿con quién? El argumento de la inutilidad de negociar es también la justificación de la guerra permanente.

Ya hemos visto cómo las autoridades rusas venían utilizando el argumento de la lucha contra el terrorismo internacional desde el inicio de la segunda guerra, en septiembre de 1999; versión que va necesariamente acompañada de una “ritual asimilación entre la resistencia chechena y el terrorismo, en provecho propio”¹¹⁶. Las continuas alusiones a la presencia de voluntarios extranjeros relacionados con Al-Qaeda en las filas de la guerrilla chechena, así como de la financiación por parte de grupos vinculados al islamismo radical forman parte, también, de la campaña orquestada por el Kremlin. De hecho, la presencia de “voluntarios” como Jattab, asesinado en 2002, ha podido ser exagerada desde Moscú para sustentar una posición, no exclusiva de Putin, que defiende la negativa absoluta al diálogo con los terroristas. Entraríamos, por tanto, en un callejón sin salida: si la resistencia chechena está compuesta en exclusividad por terroristas, la vía del diálogo queda definitivamente cerrada. Y la estrategia parece haber sido bastante exitosa, tanto dentro como fuera de Rusia, a juzgar por la cobertura mediática, especialmente de los medios internacionales, que suelen acordarse del conflicto checheno casi exclusivamente cuando se producen actos de terror por parte de la guerrilla. Conviene, por tanto, mantener las distancias ante una interpretación tan maniquea de la realidad; sobre todo, teniendo en cuenta que la práctica ausencia de informadores en territorio checheno hace que cualquier aseveración tajante sobre lo que allí ocurre venga acompañada de grandes dosis de especulación.

Es cierto que la indefinición político-propagandística de la que en ocasiones hizo gala el presidente Aslán Masjádov, hasta su asesinato en 2005, ha ayudado a sus enemigos. Ya hemos hecho referencia al caos interno reinante en la república durante el período de entreguerras, situación que, al parecer, obedecía a las dificultades que el líder checheno tenía para lograr un mínimo equilibrio entre las facciones de poder enfrentadas: la introducción de la *shariá*, la disolución del parlamento checheno y la participación de Basáev, bien que temporal, en su equipo de gobierno de ese período, aparecen como

¹¹⁵ CHOMSKY, N. y HERMAN, E.S. *Los guardianes de la libertad*. Barcelona: Crítica, 2003. p.68.
PANFILOV, Oleg (coord.). *Dangerous profession. Monitoring of violations of journalists' rights in the CIS 2000*. Moscú: Human Rights Publishers, 2001

¹¹⁶ TAIBO, Carlos (1), p.87.

puntos importantes en el “debe” de su balance como presidente. La impresión, sin embargo, es que Masjádov jugó todas las cartas a su alcance: si bien es cierto que proclamó el Estado islámico al comenzar la segunda guerra, no lo es menos que sus ingentes esfuerzos por el diálogo superan, con mucho, su tolerancia hacia posiciones más radicales. Masjádov condenó sin paliativos los actos de violencia cometidos contra civiles, se prestó sistemáticamente al diálogo sin condiciones previas con las autoridades rusas (recordemos que, meses antes de su asesinato, había declarado un alto el fuego unilateral) y apeló, sin resultado, a los gobiernos y organizaciones internacionales para que se involucraran en el conflicto. En esta última línea de actuación, destaca la labor de su representante en el exterior, Ajmed Zakáev que, refugiado en Europa, ha aprovechado cuantos foros han estado a su alcance para recabar apoyo internacional. Sus peticiones han caído en saco roto.

Esta línea político-propagandística representada principalmente por Masjádov y Zakáev constituiría el ala más moderada de la resistencia chechena, compuesta por los que Anna Politkovskaya llama “occidentalistas”. En efecto, la periodista de *Novaya Gazeta* traza una clara división interna relacionada “con la idea del futuro de Chechenia (que cada facción tiene) y, por supuesto, con el dinero: ¿de dónde sacarlo?”¹¹⁷. Según esta versión, los occidentalistas miran a Europa con el objetivo de implantar un régimen que respete las libertades civiles y los derechos humanos en su concepción occidental. Para ello proponen, con continuas apelaciones a instituciones europeas como el Consejo de Europa, la constitución de un tribunal internacional “a la yugoeslava” que juzgue los crímenes de guerra y contra la humanidad que se están cometiendo por ambos bandos en Chechenia.

En segundo lugar estarían los “árabes”, interesados en ligar el futuro de Chechenia al de los países árabes dispuestos a financiar una islamización de la república que chocaría, en muchos ámbitos de la vida cotidiana, con la arraigada tradición del pueblo checheno. Politkovskaya sitúa al frente de esta facción a Basáev y al fallecido Jattab, y su descripción de ambos deja poco lugar a terceras interpretaciones: “si bien en lo que respecta al segundo todo está claro, es simplemente un salvaje, el primero es de esa clase que está dispuesto a todo por dinero”¹¹⁸. El principal objetivo de Basáev sería, desde este punto de vista, que esa financiación árabe llegase a sus bolsillos y, en ningún caso, a los más moderados. Completaría la tríada de líderes representantes de esta tendencia Movladi Udúgov que, desde el extranjero (Politkovskaya lo sitúa en Qatar) y a través de la página web *Kavkaz Center*, sería el principal ideólogo y propagandista de esta visión.

Aún tendríamos que referirnos a una “tercera fuerza”, habitualmente poco descrita en la mayoría de los análisis de la resistencia chechena. Se trata de una tendencia nacida en y por la guerra, compuesta por pequeños grupos de diferente número creados con un objetivo claro: vengar la muerte o desaparición de sus familiares. En palabras de Politkovskaya, organizados para “acabar con aquellos que acabaron con sus seres queridos”¹¹⁹.

La guerra suele jugar a favor de las tendencias más radicales de uno y otro bando, por lo que no es demasiado arriesgado señalar que dichas posiciones gocen de buena salud a

¹¹⁷ POLITKOVSKAYA, Anna. *Vtoraia chechenskaia*. Moscú: Zajarov, 2002. p., 221.

¹¹⁸ *Ibidem*, p. 222.

¹¹⁹ *Ibidem*, p.223.

uno y otro lado de las trincheras, con un objetivo común: que la guerra continúe. No ayuda a cambiar esta situación que la cobertura internacional sobre el conflicto de Chechenia ocupe las primeras páginas de los diarios sólo cuando se produce un espectacular acto de terror llevado a cabo por la facción de Basáev, lo que lleva a la identificación, con demasiada asiduidad, de toda la resistencia chechena con sus tendencias más radicales. La obsesión por identificar a Masjádov con Basáev (y la posterior eliminación del presidente checheno), no harían más que confirmar el poder de los más radicales de uno y otro bando.

La propaganda en Internet

La argumentación moderada de la línea propagandística liderada por Masjádov y Zakáev que, inexplicablemente, ha sido ignorada por buena parte de los medios internacionales (y sistemáticamente por la mayoría de los rusos), tiene su reflejo en páginas web como la del “Ministerio de Asuntos Exteriores de la República Chechena de Ichkeria”¹²⁰, en la que incluso se presenta un plan de paz bajo el título de “La independencia condicional bajo administración internacional”, que prevé “un Estado propio condicionado a su configuración democrática, a través de un período de transición de varios años bajo un sistema de tutela internacional”¹²¹. Esta página viene a sustituir a la que fuera, en el período 1997-2000, la representación oficial del gobierno checheno¹²³. También a esta apuesta por un futuro democrático en Chechenia se unen proyectos como la Asociación Democrática de Chechenia, que publica en Internet el portal informativo *Chechen Times*¹²⁴. Desde una perspectiva mucho más cercana al radicalismo islámico con el que se viene identificando al conjunto de la resistencia chechena, informan sobre la situación en Chechenia *Kavkaz Center*¹²⁵, una suerte de agencia de noticias del ala dura, muy citada en medios rusos e internacionales en su información sobre la guerra, y *Chechenpress*, que se autodenomina “Agencia Estatal de Noticias”¹²⁶. El gobierno ruso ha puesto en marcha diferentes proyectos en Internet destinados a difundir su visión de los acontecimientos; además de los apartados dedicados a Chechenia en los *sites* oficiales del gobierno, otras páginas como *Chechnya.ru* colaboran en esta labor.

Y en clave de guerra contra el terrorismo internacional se han interpretado los diferentes actos de terror en los que se ha visto envuelta la facción más radical de la insurgencia chechena. La información sobre estos atentados ha obedecido a unas pautas claras de desinformación por parte de las autoridades rusas. Desarrollaremos a continuación un ejemplo que, por sus terribles consecuencias, así como su impacto mediático

¹²⁰ <<http://www.chechnya.mfa.info>> [ref. de 15-03-2004].

¹²¹ El texto de la propuesta puede descargarse en diferentes idiomas. La referencia de la versión en español es: MINISTERIO DE ASUNTOS EXTERIORES DE LA REPÚBLICA CHECHENA DE ICHKERIA. La tragedia ruso-chechena: el camino hacia la paz y la democracia. La independencia condicional bajo administración internacional [en línea]. Febrero de 2003 [ref. de 20-04-2005]. Disponible en: <www.chechnya.mfa.info/paper/text_sp.pdf>.

¹²³ <<http://www.amina.com>> [02-09-2000]. Aunque la página sigue accesible, ya no se presenta como representación oficial. Para una mayor información sobre la propaganda chechena en Internet, véase: VAZQUEZ LIÑÁN, Miguel (2000), “La propaganda de guerra en Internet: el caso checheno”, en *Historia y Comunicación Social*, nº5, pp.53-75.

¹²⁴ <<http://www.chechentimes.org>> [ref. de 15-03-2004].

¹²⁵ <<http://www.kavkazcenter.org>> [ref. de 15-03-2004].

¹²⁶ <<http://www.chechenpress.org>> [ref. de 15-03-2004].

internacional, resulta paradigmático de este *modus operandi*: el secuestro del teatro de la calle Dubrovka de Moscú en octubre de 2002.

3.5.El secuestro del teatro de la calle Dubrovka

El día 23 de octubre de 2002, alrededor de las 9 de la noche, un grupo armado irrumpió en un teatro de la capital rusa durante la representación del musical “Nord-Ost”, tomando como rehenes a cerca de un millar de personas que se encontraban en ese momento en el interior del teatro. Los asaltantes se presentaron como un grupo de separatistas chechenos cuya reivindicación era detener la guerra, lo que implicaba la consecuente salida de las tropas rusas del territorio de la república secesionista. En caso de que sus peticiones no se vieran satisfechas, amenazaban con volar el teatro (para lo que supuestamente estaban preparados), con todos sus ocupantes. A partir de ese momento, se llevaron a cabo diversos intentos de mediación por parte de personalidades de la política, los medios y el mundo cultural ruso, con el fin de llegar a un acuerdo que evitara la catástrofe. La situación se mantuvo hasta la madrugada del sábado 26 de octubre, cuando fuerzas especiales rusas tomaron por asalto el teatro, matando a “todos los guerrilleros chechenos” y provocando un gran número de víctimas entre los rehenes. La guerra de Chechenia llegaba, con todo su horror, a la capital rusa, a menos de dos kilómetros del despacho del presidente Putin. Pero, a pesar del tiempo transcurrido, y del considerable impacto mediático que ocasionó el secuestro (probablemente su objetivo principal), aún no es fácil responder con convicción a preguntas que podrían parecer sencillas: ¿cuántos y quiénes eran los guerrilleros chechenos?, ¿cuántas personas había en el teatro?, ¿cuántas murieron en el asalto de las fuerzas especiales?; y de ellas, ¿cuántas por el gas tóxico que se usó en dicho asalto?, ¿cuál fue el destino final de los guerrilleros chechenos? ...

La dificultad para responder es consecuencia del secretismo que, durante los días que duró el secuestro y en fechas posteriores, mantuvo el gobierno ruso en relación a lo sucedido. Una vez más, nos hallamos ante un ejemplo de la habitual desinformación y censura que han marcado la pauta de la política informativa de las autoridades rusas en lo tocante a Chechenia, muy especialmente en lo que se refiere a los actos de terrorismo. No está de más, por lo tanto, que nos detengamos con algo más de detalle en cómo se narraron los acontecimientos de esos días:

Día 23/10/2002: Las primeras informaciones de lo sucedido que aparecen en los medios digitales rusos, citando como fuente la Dirección General de Asuntos Internos (Ministerio del Interior), ya hablan de la autoría de “terroristas chechenos” y del operativo puesto en marcha por las fuerzas de operaciones especiales *Alfa*, denominado *Grozá (Tormenta)*. La confirmación de la autoría llegará a través de la página web *Kavkaz.org*¹²⁷ a las pocas horas de producirse el asalto: un breve comunicado, reproducido en numerosos medios de comunicación, informaba de que los asaltantes formaban parte de un comando suicida compuesto de *muyahidines*, liderados por Movsar Baráev, y cuarenta viudas de guerrilleros chechenos muertos en combate. A las 23:14 (hora de Moscú), el portal informativo *Gazeta.ru*, daba a conocer el contenido íntegro del mensaje:

¹²⁷ *Kavkaz.org* es el antecedente en Internet del actual *Kavkaz Center*.

“Muyahidines chechenos han tomado un teatro en Moscú con 1.000 rehenes. El destacamento está liderado por Movsar Baráev. Según él, el destacamento está compuesto, además de por los muyahidines, por 40 viudas de combatientes chechenos. El edificio está minado. Todos llevan minas atadas alrededor de su cuerpo. Movsar Baráev informó de que los que han atacado Moscú ‘son suicidas’. La exigencia es una: el fin de la guerra (en Chechenia) y el inmediato inicio de la retirada de ‘las fuerzas de ocupación de Chechenia’. Baráev informó también de que los muyahidines chechenos han ido a Moscú, no a sobrevivir, sino a morir. También informó de que todos los niños que se encontraban en el teatro han sido liberados... La Agencia sigue los acontecimientos”.

Desde los primeros momentos, la información sobre lo que ocurre en el interior del teatro es confusa. Los medios de comunicación, en sus ediciones *on-line*, se limitan a reproducir las declaraciones de los funcionarios del Ministerio del Interior ruso y del Servicio Federal de Seguridad (FSB). Poco después, la BBC informa de que ha recibido una llamada de los asaltantes, en la que se informa de la colocación de explosivos para volar el teatro en el caso de que se produzca un ataque de las fuerzas de seguridad rusas. Otra llamada, esta vez a la emisora de radio *Eco de Moscú*, realizada por Movladi Udúgov, confirmaba el comunicado que reivindicaba la autoría de los hechos.

Día 24/10/2002: Al día siguiente, el presidente Putin, que hasta el momento había permanecido en silencio, hace unas breves declaraciones que reproducía la página *web* de la presidencia¹²⁸, en las que afirmaba que la prioridad de las fuerzas de seguridad era liberar a los rehenes garantizando al máximo su seguridad. Putin se mostraba convencido de que el acto terrorista se había planeado en el extranjero: “Nadie tiene la menor duda de que estos son los mismos criminales que durante muchos años aterrorizaron Chechenia, y ahora invocan la finalización de las acciones bélicas”. Era un comunicado del servicio de prensa del Kremlin, el esperado mensaje a la nación, ante la gravedad de la situación, tardaría aún en llegar.

NTV difunde imágenes de los rehenes pidiendo que se llegue a un acuerdo. De este primer documento televisado, así como de otros que le sucederían, se desprende la impresión, comentada por algunos medios y nada favorable a los objetivos de la propaganda oficial, de que los rehenes están más preocupados por las acciones que pudieran emprender las fuerzas especiales rusas, que de aquello que se propusieran hacer los propios rebeldes chechenos. Durante esa noche, los principales canales de TV rusos mantuvieron ininterrumpidamente la cobertura de los acontecimientos. *Eco de Moscú* publicó en su página *web*¹²⁹ una encuesta radiofónica realizada entre los oyentes del programa *Ricoshet*, en la que el 55% de los consultados se mostraban favorables a que el gobierno ruso comenzase las conversaciones con el presidente checheno Aslán Masjádov. La misma emisora emitía¹³⁰ una entrevista a Mijail Gorbachov, en la que el último presidente de la URSS no descartaba esta posibilidad, y abogaba por permitir la huida de los terroristas si éstos liberaban a los rehenes. Las autoridades rusas no tardaron en reaccionar ante la cobertura que la emisora estaba llevando a cabo: el mismo día 24, la agencia Interfax difunde unas declaraciones del portavoz del Ministerio de

¹²⁸ <<http://president.kremlin.ru>> . El comunicado se publicó a las 14:20, hora de Moscú. En la sección *Vse Vystuplenya* se publican todas las declaraciones oficiales del presidente ruso: <<http://president.kremlin.ru/sdocs/appears.shtml>> [ref. de 24-10-2002].

¹²⁹ <<http://www.echo.msk.ru>>. [ref. de 24-10-2002; 15:45].

¹³⁰ <<http://www.echo.msk.ru>>. [ref. de 24-10-2002; 22:07].

Información ruso, Yuri Akinshin, en las que éste advertía a los medios de comunicación de las posibles consecuencias de emitir declaraciones de los terroristas:

“Insistimos en lo inadmisibile de ofrecer a los terroristas la posibilidad de hablar a través de ciertos medios de comunicación, incluyendo la emisora de radio *Eco de Moscú*. La circulación de esa información viola la ley de medios de comunicación. Si esto se repite, nos reservamos el derecho de tomar las medidas pertinentes que pueden llegar al cierre de esos medios”¹³¹.

Ya desde ese momento comienzan a aparecer las informaciones que vinculan a los secuestradores con el terrorismo internacional. La vicepresidenta de la Duma, Liubov Sliiska, afirmaba que “la toma de rehenes demuestra la existencia del terrorismo en Chechenia, así como los lazos entre los rebeldes chechenos y organizaciones terroristas como Al-Qaeda”¹³². Interfax, por su parte, asegura que se han interceptado llamadas de los terroristas a Turquía y los Emiratos Árabes¹³³. Mientras tanto, la policía comienza espectaculares redadas en hoteles y mercados (donde muchos trabajadores suelen ser oriundos del Cáucaso), realizando detenciones de personas provenientes de esa región.

Día 25/10/2002: Si bien el día anterior los asaltantes habían permitido la salida de grupos de rehenes, sigue sin quedar claro cuántos han sido ni cuántos permanecen en el interior del teatro. Al mismo tiempo, las autoridades rusas insisten en que Aslán Masjádov (que se desvincularía y condenaría el atentado), conocía de antemano los preparativos. El portavoz del FSB, Serguéi Ignáschenko, aseguró que el presidente checheno había afirmado “hace unos días que se preparaba una operación que cambiaría la historia de la guerra en Chechenia”¹³⁴. El Ministerio de Prensa ruso cursa la orden de clausurar la página web de *Eco de Moscú* y las emisiones del canal de televisión *Moskovia*, por difundir “propaganda terrorista”. Horas después, y tras la retirada de una entrevista al líder de los asaltantes publicada por *Eco de Moscú*, y aparente causa de la orden ministerial, la página volvería a funcionar.

Día 26/10/2002: En la madrugada del día 26 se había producido el asalto por parte de los cuerpos especiales *Alfa*. Interfax difunde entonces una serie de testimonios de rehenes que aprueban los métodos del Kremlin¹³⁵, evitando las declaraciones de aquellos que lo reprobaban. Por primera vez, Putin se dirige a la nación en un mensaje televisado en el que pide perdón a los ciudadanos por no haber podido salvar a todos los rehenes: “hicimos casi lo imposible y salvamos centenares de vidas, (...) pero entendíamos que había que prepararse para lo peor”. Concluido el asalto, llega la hora de las cifras, y es entonces cuando comienzan las sistemáticas contradicciones: el fiscal de Moscú, Mijail Avdyukov, afirma que, de los cuarenta miembros del comando, “36 han muerto y 4 han sido detenidos”¹³⁶, a lo que añadirá poco después que “se está interrogando a los detenidos”¹³⁷. Al mismo tiempo, el viceministro del interior, Vladímir Vasilev informa de que alguno de los terroristas podría haber escapado, e incluso se ofrece una recompensa a quien pueda facilitar información que ayude a su

¹³¹ <<http://www.moscowtimes.ru>>. [ref. de 24-10-2002; 09:12].

¹³² <<http://www.elmundo.es>>. [ref. de 24-10-2002].

¹³³ <<http://www.news.ru>>. [ref. de 24-10-2002].

¹³⁴ <<http://www.elpais.es>>. [ref. de 25-10-2002;15:23].

¹³⁵ <<http://www.moscowtimes.ru>>. [ref. de 26-10-2002; 09:12].

¹³⁶ <<http://www.interfax.ru>> [ref. de 26-10-2002; 17:08].

¹³⁷ <<http://www.gazeta.ru>>. [ref. de 26-10-2002; 22:09].

captura¹³⁸. Durante el día se producen continuos cambios en las diferentes declaraciones sobre el número de detenidos y muertos entre los asaltantes. La discusión se cerrará poco después con la “confirmación” de que todos los terroristas murieron en el asalto...

La otra gran polémica se refería al número de víctimas totales y a la utilización de un gas tóxico por parte de los grupos *Alfa* que sería, a la postre, el que ocasionó el mayor número de muertes entre los rehenes. La cifra oficial quedó fijada en 129 muertos (sólo se reconocían dos defunciones como consecuencia de la inhalación del gas)¹³⁹. Estas cifras incluían, además, el inquietante dato de 85 desaparecidos, dato al que se referiría, días después del asalto, el escritor Juan Goytisolo: “¿Cómo?, ¿por medio de qué milagro divino o humano podrían haberse volatilizado?”¹⁴⁰. Los hospitales de Moscú se vieron desbordados por el gran número de víctimas del gas que, en las semanas siguientes, aumentarían considerablemente las cifras de muertos. *Eco de Moscú* que, como hemos visto, llevó a cabo una crítica cobertura en relación a la actuación del gobierno durante la gestión de la crisis, denunció en repetidas ocasiones el bloqueo informativo sobre el estado de los heridos¹⁴¹.

El resultado final, como quiera que fuese, se interpretó como un éxito por parte del gobierno ruso, que recibiría calurosas felicitaciones de diferentes líderes mundiales (entre ellos la del ex presidente español José María Aznar) y, a pesar de las críticas de gran parte de los medios de comunicación internacionales, sirvió de excusa al Kremlin para recrudecer sus ataques en Chechenia. En las semanas siguientes se siguieron publicando diferentes interpretaciones de lo ocurrido, abundando las reflexiones que reflejaban los pensamientos de una nada despreciable parte de la clase política rusa, defensora del ideario imperialista y neofascista más ultramontano. Muchas de estas interpretaciones tomaron forma de libro, siendo frecuente toparse con exposiciones de este tipo:

“A través de las páginas de este libro conocerán la tragedia ocurrida del 23 al 26 de octubre en la sala de conciertos de la calle Dubrovka en Moscú, la extraordinaria operación de liberación de los rehenes llevada a cabo por los grupos *Alfa* y *Vympel*, los crímenes de los guerrilleros chechenos; sabrán sobre la lucha contra el *bandidismo* político y criminal en Chechenia, el genocidio de la población rusa y rusohablante en esta república del Cáucaso. Los terroristas lanzaron un desafío y recibieron la respuesta merecida. Expresado en las palabras de Vladímir Putin: ‘Para cada Baráev encontraremos un Alfa’. Estén seguros: ¡así será siempre!’¹⁴².

Sobran los comentarios.

3.6. ¿La consolidación de Putin? (2003-2005).

Al secuestro del teatro de la calle Dubrovka siguió un nuevo impulso de la campaña de “normalización democrática” de Putin durante 2003. En marzo de ese año se celebró un referéndum en Chechenia con el objetivo de aprobar una nueva Constitución para la

¹³⁸ <<http://www.gazeta.ru>>. [ref. de 26-10-2002; 11:01].

¹³⁹ <<http://www.gazeta.ru>>. [ref. de 23-10-2003].

¹⁴⁰ GOYTISOLO, Juan. El asalto triunfal, *El País*, 31/10/2002.

¹⁴¹ <<http://www.echo.msk.ru>>. [ref. de 26-10-2002; 21:12].

¹⁴² STEPÁNOV, Víctor. Bitva za “Nord-Ost”. Moscú: Yauza-Eksmo, 2003. El texto citado aparece en la contraportada de la edición.

república. Baste decir que no era necesaria la acreditación para participar en los comicios, que tenían derecho a voto los militares rusos allí destinados y que en un colegio electoral se registró una participación del 190%¹⁴³, para hacernos una idea de la limpieza del proceso. En cuanto a la Constitución que se aprobaba, “colocaba en manos del centro federal más atribuciones que en el caso de las restantes repúblicas integrantes de la Federación, abolía la ciudadanía chechena, declaraba al ruso como única lengua oficial, otorgaba al presidente ruso la posibilidad de destituir a su homólogo checheno (...) y cancelaba, en fin, el derecho a profesar y difundir las convicciones religiosas propias, en principio garantizado por la Constitución Rusa”¹⁴⁴. En octubre se celebraron, bajo el marco de esta nueva Constitución, unas elecciones a la presidencia de Chechenia a las que la Organización para la Cooperación y Seguridad en Europa se negó a enviar observadores por estimar que no se daban las condiciones para garantizar un mínimo de legalidad a los comicios. Además, tres de los principales candidatos fueron disuadidos para que, poco antes de la cita electoral, retiraran su candidatura. Así las cosas, el elegido fue Ajmed Kadýrov, el candidato respaldado por Moscú. Kadýrov, que durante la primera guerra se había sumado a las filas independentistas y declarado la guerra santa a Rusia, pasó a ser, de la noche a la mañana, el sátrapa de confianza del Kremlin. La presidencia del nuevo hombre fuerte de Moscú estuvo marcada, además de por su enriquecimiento personal, por los continuos abusos de su numerosa y bien pertrechada guardia personal, que actuaba impunemente cometiendo atrocidades propias de verdaderos escuadrones de la muerte. Para completar el cuadro “normalizador” (aliñado por continuas imágenes televisadas de la “reconstrucción” de la república), las autoridades rusas, deseosas de que Chechenia dejase de dar la impresión de estar viviendo un conflicto armado, ordenaron la repatriación forzosa de los refugiados. Comienza así un desmantelamiento paulatino de los campos de refugiados situados en las regiones limítrofes con Chechenia, abandonando a su suerte a miles de personas que, sencillamente, no tenían a dónde volver.

Con este panorama, y el trágico preludio que supuso un nuevo atentado, en octubre, esta vez perpetrado por mujeres suicidas chechenas durante un concierto de rock en el aeródromo de Tushino, cercano a Moscú, y que se saldó con más de veinte víctimas mortales, se celebraron elecciones legislativas en Rusia. Los comicios del 7 de diciembre, que consumaron la victoria de Rusia Unida, la formación que respaldaba el presidente Putin, vino precedida por una agria polémica sobre la debilidad de la democracia en el país. De hecho, a estas alturas, y con la mayor parte de los medios de comunicación de su lado, en los informativos televisados casi no hubo espacio para otra formación que no fuese Rusia Unida. La oposición, tanto de los partidos denominados liberales como Yábloko o la Unión de Fuerzas de Derecha, como por parte del Partido Comunista, dibujó un ambiente apocalíptico de “fin de la democracia” y denunció, siempre que lograba espacio mediático, la imposibilidad de llevar a cabo unas elecciones medianamente limpias en las condiciones que vivía el país.

Los grandes perdedores de esta convocatoria electoral fueron las citadas fuerzas liberales que, además del silencio informativo al que fueron sometidos y el escaso entusiasmo que despertaron en la población, demostraron su incapacidad para superar las rencillas personales entre sus principales líderes (Yavlinski y Chubáís, principalmente). Los pobres resultados trajeron como consecuencia que, tanto Yábloko como la Unión de Fuerzas de Derecha, se quedaran sin representación parlamentaria. El

¹⁴³ TAIBO, C. (1), *op. cit.*, p.117.

¹⁴⁴ *Ibidem*, p.118.

camino quedaba abierto para un segundo mandato presidencial, que Putin consiguió tras una contundente victoria (el 71,31% de los sufragios¹⁴⁵) en las elecciones celebradas en marzo de 2004.

Pero ese año estaba llamado a ser un nuevo *annus horribilis*, en el que la violencia relacionada con el conflicto checheno volvería a mostrarse en toda su crudeza. Poco antes de las elecciones, en febrero de 2004, moría asesinado, tras la explosión de una bomba adosada a su coche, Zelimján Yandarbiév, el que fuera vicepresidente de Dudáev y al que Moscú acusaba de ser el enlace de la guerrilla chechena con Al-Qaeda. El atentado tuvo lugar en Qatar, donde Yandarbiév se había exiliado, y se quiso ver tras él a los servicios secretos rusos, acusación que se vería reforzada por la detención de miembros del FSB en ese país del Golfo Pérsico. Como contrapartida, una nueva bomba, esta vez en Grozny, sesgaba la vida de Kadyrov, el presidente elegido por Moscú para liderar Chechenia. Kadyrov, que fue calificado de “figura heroica” por Putin, murió el 9 de mayo, ante las cámaras de televisión, mientras asistía a un acto de celebración del día de la victoria de la URSS sobre los nazis.

El secuestro de Beslán

El 1 de septiembre, día del inicio del curso en las escuelas rusas, un grupo de combatientes armados tomó por asalto un colegio de la ciudad norosetia de Beslán. El guión parecía seguir los pasos de otros secuestros, como los ya comentados de Budionnovsk y el teatro de la calle Dubrovka. Y una vez más, quedan muchas preguntas por responder sobre este acto de terror que demostró la desesperación y falta de escrúpulos de una parte de la guerrilla chechena. También esta vez Shamil Basáev se adjudicó la autoría “intelectual” del atentado, y de nuevo Aslán Masjádov lo condenó, en esta ocasión declarando que, tras el final de la guerra, “las personas culpables de actos ilegales serán llevadas ante la justicia, incluido Shamil Basáev”¹⁴⁶. El asalto se prolongó durante más de 48 horas. El tres de septiembre, tras una explosión cuyo origen sigue siendo hoy motivo de controversia, las fuerzas especiales rusas tomaron el colegio. El secuestro acabó en una masacre que se cobró más de 300 víctimas mortales, muchas de ellas niños.

No nos detendremos a reproducir las nuevas incoherencias con las que las autoridades rusas volvieron a obsequiar a los medios de comunicación. Digamos tan solo que, hasta hoy, es difícil saber cuántos y quiénes eran los integrantes del comando que asaltó el colegio, cuántos fueron detenidos, muertos o huidos, cuántas las víctimas y quién ocasionó la explosión dentro del colegio que desencadenara la intervención de los servicios especiales rusos. En lo que respecta a la cobertura informativa de los hechos en Beslán, cabe añadir que el Kremlin se mostró aún más opaco que de costumbre, poniendo todos los medios a su alcance para que los periodistas no pudieran llevar a cabo su trabajo. Estos medios incluyeron la detención del periodista Andréi Babitski cuando se disponía a viajar a Beslán y las sospechas, fundadas, del intento de envenenamiento de la periodista Anna Politkovskaya en el avión que la conducía al

¹⁴⁵ <<http://www.izbircom.ru>> [ref. de 05-04-2005].

¹⁴⁶ <<http://www.elmundo.es>> [ref. de 24-09-2004; 10:06].

lugar de los hechos¹⁴⁷. También como consecuencia de una cobertura “no adecuada” del secuestro, fue cesado el director del diario *Izvestia*, Raf Shakírov.

El día 4 de septiembre, el presidente transmitía un mensaje televisado a la nación, en el que Putin quiso representar dolor y firmeza al mismo tiempo, para lo que construyó un discurso en clave bélica que, tras recordar a las víctimas y a sus familias, pasaba a entonar un engañoso *mea culpa*. El presidente, que hizo un breve repaso histórico de las calamidades sufridas por el pueblo ruso desde la caída de la URSS, reconocía que Rusia había descuidado la necesaria atención a su seguridad, no había sabido reaccionar a tiempo ante los complejos procesos que se desarrollaban dentro de la Federación y a nivel internacional: “no supimos reaccionar adecuadamente. Demostramos debilidad, y a los débiles se les golpea”¹⁴⁸.

Para Putin, como para el general Cherkésov en el artículo comentado anteriormente, Beslán no es un aislado acto de terror, “se trata de un ataque directo del terrorismo internacional contra Rusia”. El presidente mide sus palabras, que parecen sacadas del discurso que pronunciara George W. Bush tras los atentados del 11 de Septiembre. Rusia está en guerra y, por lo tanto, hay que prepararse para el combate. Apelando a la unidad del pueblo ruso, el presidente enumera las medidas que se van a tomar y que pasan, todas ellas, por un aumento del gasto armamentístico y el fortalecimiento de las fuerzas de seguridad: una vez más, usa descaradamente el terror para los intereses políticos.

Los sucesos de Beslán, más allá de sus trágicas consecuencias, supusieron un fuerte golpe a la sociedad rusa, en especial para quienes, desde diferentes trincheras, defienden una cierta apertura y democratización del régimen. El año 2004 había sido prolijo en medidas, promovidas por el Kremlin, que limitaban sensiblemente las libertades y el desarrollo de esos movimientos liberalizadores. Además, la campaña orquestada por las autoridades y destinada a la búsqueda y denuncia continua de “los enemigos de Rusia”, apuntaba demasiado a menudo a la oposición como copartícipes de esos enemigos. En estas circunstancias, no es de extrañar la desesperación de este colectivo ante hechos como los de Beslán, que no hacían más que reafirmar, en la versión del Kremlin, la necesidad de continuar por la senda marcada. Ejemplo de este estado de ánimo es el artículo publicado por Yuri Rost días después del asalto, y que toma la forma de manifiesto al pueblo ruso bajo el título “¡Despierten!: Unos nos matan, los otros nos humillan”¹⁴⁹.

“¡Votad al presidente!, a ese político débil y pequeño de un pueblo grande. ¡Votad! Sólo os quieren para eso. No les importáis. Les importa el poder y el dinero, dinero, dinero... Esperad sentados hasta que les hagáis falta. No son los oligarcas los que así llamáis. Un oligarca es el que usa el capital como poder. La Administración del presidente es el verdadero oligarca. Todos los demás, un poco menos ricos, son simplemente ladrones. Mirad cómo viven ellos y cómo vivís vosotros. ¡Y votad! La tragedia de Beslán es su verdadero logro. Los gobernantes y los terroristas tienen un objetivo común: provocaros miedo. El poder y los bandidos se necesitan. Su ideología es el desprecio al ser humano,

¹⁴⁷ Véase POLITKOVSKAYA, Anna: Poisoned by Putin, *The Guardian*, 09/09/2004; Le mystérieux empoisonnement de la journaliste Anna Politkovskaya, *Le Monde*, 05/09/04; SOLOLOV, Serguéi y MURATOV, Dmitri. Schto proizoshlo s Annoi Politkovskoi, *Novaya Gazeta*, 04/09/2004.

¹⁴⁸ <<http://president.kremlin.ru/sdocs/appears.shtml>> [ref. de 04-09-2004].

¹⁴⁹ ROST, Yuri. Prosnities! Odni nas ubivaiut, drugie nas unizhaiut. *Novaya Gazeta*, 06/09/2004.

a la frágil y tierna vida que en él late. Todos vosotros sois rehenes, pero hay una diferencia: a aquellos salvajes no los elegimos, pero bajo el yugo de estos otros señores nos pusimos voluntariamente.

¡Mi pobre pueblo! ¡Olvida Beslán!, como olvidaste Chernobyl, el Kursk, casas y bocas de metro voladas, aviones, Nord-Ost... ¡Olvida! ¡Y vota!

Todavía les queda mucho tiempo. Son jóvenes y codiciosos. Son mediocres para construir. Son destructores. ¡Olvida! Mira a los niños asesinados, a los adultos, a tu hogar destruido, a tus hijos ahogados.

Escucha cómo te mienten. Todos los días. En todo. ¡Cree y olvida! Libera tu memoria. Esta gente te hará sentir nuevas sensaciones, si es que el próximo muerto no eres tú. O quizás, ¡que se vayan al diablo! (por vías legales) ¿O es que no queda en nuestro país gente con moral, que no sea patriótica, ni comunista, ni corporativa, ni criminal, sino simplemente moral?

¡Despiértate! ¿No ves que te están matando? Mientras duermes. Si ellos no nos necesitan, ¿para qué diablos los queremos nosotros? ¿O quieres seguir viviendo así? Entonces duerme. Duerme tranquilo, querido camarada”.

La muerte de Masjádov

El secuestro de la escuela de Beslán cerró, cronológicamente, un período, que coincidía con el décimo aniversario del inicio de la primera guerra; una década que ha dejado huella en todas las familias chechenas, hasta el punto de que sería difícil encontrar alguna en la que no se haya producido víctima mortal. También el conflicto se ha ensañado con una sociedad, la rusa, sumida en mil problemas, que ve cómo tampoco esta generación de jóvenes se libra de participar en una guerra donde caen aquellos que no han podido pagar lo suficiente como para librarse de un servicio militar del que, a menudo, nunca regresan.

Ante la confusión reinante en todo lo que ocurre dentro de Chechenia, y el continuo uso propagandístico que ambos bandos hacen de las cifras, resulta complejo ofrecer datos fiables del número de víctimas del conflicto. En lo que respecta a la primera guerra, distintas versiones sitúan las muertes entre 35.000 y 100.000 (incluyendo ambos bandos), mientras que alrededor de medio millón de personas, más de la mitad de la población chechena, se habrían visto obligadas a abandonar sus hogares¹⁵⁰; por su parte, la segunda guerra, aún en curso, nos ofrece unas cifras similares si contrastamos diferentes fuentes¹⁵¹. Para poner estos datos en perspectiva, conviene recordar que la población chechena ronda los 600.000 o 700.000 habitantes.

La guerra, pues, continúa, y cada vez resulta más evidente que el uso exclusivo de las medidas militares no podrá solucionar el conflicto. Las posiciones siguen enfrentadas radicalmente y el día a día no hace más que reforzar la versión de que existe un “partido de la guerra”, con influyentes miembros en ambos lados, que no desea el fin del enfrentamiento, probablemente por los beneficios económicos y/o políticos que algunos han cosechado en estos diez años de conflicto. Prueba de que el discurso

¹⁵⁰ TAIBO, Carlos (1), *op.cit.*, p. 114.

¹⁵¹ *Ibidem.*

propagandístico sigue transmitiendo una radical oposición, fue la interpretación que se hizo del asesinato, por parte de los órganos de seguridad rusos, del presidente de Chechenia Aslán Masjádov, en marzo de 2005. Con la desaparición de Masjádov, que poco antes había declarado un alto el fuego unilateral, se perdía al interlocutor de mayor legitimidad, cerrando quizás la única puerta aún entreabierta a una solución negociada del conflicto. “Putin combate la paz en Chechenia”¹⁵², titulaba el diario *El Mundo* su editorial dedicado a la muerte de Masjádov, expresando, con buen criterio, el sentir de muchos de los que seguimos con preocupación el desarrollo de esta tremenda guerra. Muy diferente era la interpretación del primer canal de la televisión rusa. ORT abría su informativo con el titular: “El terrorismo internacional se queda sin uno de sus líderes”¹⁵³.

Las primeras declaraciones de Putin se produjeron en el formato televisivo al que ya nos hemos referido, y que el Kremlin y los informativos de los principales canales de televisión suelen denominar “encuentros de trabajo”. En esta ocasión, aparecía en pantalla la reunión del presidente con el director del FSB, Nikolai Platónovich Pátrushev:

“N. Pátrushev: Vladímir Vladímirovich, basándome en la información que le he comunicado anteriormente, hoy en la República de Chechenia, en la localidad de Tolstoi-Yurt, se ha llevado a cabo una operación, por parte de fuerzas del FSB (...), con el resultado de la eliminación del terrorista internacional y líder de banda armada Masjádov. Se ha detenido a sus cómplices. No ha habido bajas de entre los componentes del servicio de seguridad.

V. Putin: Nikolai Platónovich, allí hay todavía mucho trabajo por hacer. Hay que intensificar los esfuerzos para defender a los habitantes de la república y los ciudadanos de toda Rusia de los bandidos. Realice un informe pericial suplementario para la identificación. Infórmeme de los resultados. En el caso de que se confirmen estos datos, presente a todos los participantes en la operación para una condecoración estatal”¹⁵⁴.

Por su parte, Kavkaz Center emitía un comunicado firmado por Movladi Udúgov, en el que se podía leer lo siguiente:

“Ocupantes y marionetas festejan lo que les parece una victoria. No hay duda de que tienen motivo para una euforia propagandística temporal. Ahora, Putin y compañía tienen un nuevo argumento: ¿y con quién vamos a negociar? (...) Asesinando a Masjádov, el Kremlin ha asesinado la última ilusión de aquellos chechenos que, a pesar de todo, aún creían en el llamado ‘derecho internacional’ y en formas civilizadas de comunicación con el actual régimen terrorista de Moscú (...) Ahora la guerra no puede aplazarse, sino que sólo puede ser acabada; pero acabará sólo cuando sean eliminados el régimen y las condiciones que han generado y alimentado la agresión militar contra el Estado Checheno y el terror contra el Cáucaso musulmán”¹⁵⁵.

Así las cosas, la guerra continúa; y no es, desde luego, sólo propagandística.

¹⁵² *El Mundo*, 09/03/05.

¹⁵³ *ORT*, 09/03/05.

¹⁵⁴ <http://www.kremlin.ru/appears/2005/03/08/2122_type63378_84901.shtml> [ref. de 09-03-2005].

¹⁵⁵ <www.kavkazcenter.com> [ref. de 09-03-2005; 00:45].

Unidad y “democracia” frente al enemigo externo

La caída de la Unión Soviética dejó a Rusia en una situación delicada, y fue Borís Yeltsin quien iniciara la difícil tarea de preservar el peso internacional del país que presidía. Parecía lógico que, en este intento de subsistencia, el primer objetivo fuese mantener la influencia en el llamado “extranjero cercano”, es decir, sobre las quince repúblicas devenidas en países independientes tras la explosión soviética; para ello se creó la Comunidad de Estados Independientes, fantasma institucional que tardaría poco en demostrar su inutilidad para alcanzar acuerdos que pudieran ser definidos, sin ruborizarse, de trascendentes.

Tampoco la mayor parte de las repúblicas ex soviéticas parecían especialmente interesadas en estrenar su recién lograda independencia, consolidando, valga la redundancia, su dependencia. Esta situación quedó inmediatamente patente, por ejemplo, en las repúblicas bálticas, que parecían tener prisa en recuperar el “tiempo perdido” y volver a formar parte de la “Europa” que se vieran obligadas a abandonar tras la Segunda Guerra Mundial.

Precisamente ha sido la ampliación hacia el Este de la Unión Europea, consumada en 2004, uno de los momentos en los que se ha hecho más evidente la pérdida de peso internacional de Rusia. A pesar de las buenas formas diplomáticas empleadas por Bruselas para no ofender a Moscú, ningún análisis serio podrá concluir que semejante ampliación hubiera sido posible con la oposición de una Rusia fuerte. No era, evidentemente, una perspectiva halagüeña para las autoridades rusas la integración en la Unión de diez países de su antigua zona de influencia y, por lo tanto, con muchas cuentas pendientes con el Kremlin. Ante la ampliación, no faltaron comentarios en los medios de comunicación rusos sobre la humillación que ésta significaba para el país. En los medios cercanos al Kremlin, el tono de las informaciones, con dificultades para ocultar la indignación, parecía esforzarse en poner de relieve que el futuro diálogo Unión Europea – Rusia lo sería entre iguales aunque, eso sí, no atravesaba su mejor momento:

“En Rusia y en la Unión Europea crece la insatisfacción, tanto por el estado general de sus relaciones como por el comportamiento de uno hacia el otro en situaciones concretas (...) Rusia no tiene previsto corregir sus actuaciones dependiendo de las exigencias de la Unión Europea”¹⁵⁶.

Por otra parte, en las sucesivas cumbres que han tenido lugar entre autoridades europeas y rusas, se han hecho esfuerzos por coordinar una imagen de acuerdo en los grandes temas, necesaria para la buena marcha de las relaciones comerciales, y una de cuyas consecuencias ha sido la eliminación de la agenda bilateral del conflicto de Chechenia. Rusia sigue siendo uno de los principales exportadores de gas y petróleo a los países de la Europa unida, y ésta parece razón suficiente para que el silencio (habitual, por otra parte) de Bruselas sea la tónica dominante en lo que a esta espinosa cuestión se refiere. Como hemos comentado en páginas anteriores, Chechenia es, para Europa, “un asunto interno de Rusia”, y ninguna política sería para poner fin al conflicto se ha puesto en marcha desde la UE. Esta situación se ha hecho aún más palpable tras los atentados del

¹⁵⁶ BORDACHEV, T. y MOSHES, A. *Rossia: konets evropeizatsii? Rossia v Globalnoi Politike* [en línea]. Nº 2, marzo-abril de 2004 [ref. de 13-05-2005]. Disponible en: <http://www.globalaffairs.ru/numbers/7/2037.html>

11 de Septiembre; desde entonces, las ya pocas críticas a la política del Kremlin en Chechenia han prácticamente desaparecido en favor de un pretendido “pragmatismo comercial” de las relaciones internacionales.

Parecido es el tono de las relaciones con EEUU. El apoyo sin reservas que Putin diera a Bush tras los atentados del 11 de Septiembre, y más tarde en su campaña electoral de 2004, se ha escenificado en los diferentes encuentros que ambos presidentes han tenido en los últimos años. Sin embargo, las inversiones de EEUU y algunos países europeos en zonas del antiguo espacio soviético, especialmente en el Cáucaso y Asia Central, donde buena parte de la extracción de gas y petróleo están ya en manos occidentales, han dado lugar a la continuación de una “guerra fría propagandística” entre ambos países.

EEUU ha puesto en marcha una activa campaña de propaganda diplomática en el Cáucaso y Asia Central, con una intensa labor de instrucción de periodistas, ayudas a publicaciones, emisiones de radio y cobertura de sus principales compañías de televisión vía satélite. En principio, el proceso no es nuevo y obedece a dinámicas conocidas, orientadas a influir políticamente y en la estructura de medios de países que sufren un alarmante proceso de “tercermundización”.

Parece fuera de toda duda que las autoridades rusas son conscientes de esta acelerada pérdida de influencia; otra discusión es cómo se está formulando la reacción propagandística, sobre todo a la hora de interpretar este proceso para consumo interno. La impresión es que, si bien en los foros internacionales, mal que bien, se guardan las formas, internamente cobra protagonismo el discurso del “enemigo externo” como causante de todos los males del país. En lo que a información se refiere, es habitual encontrar que el problema sea formulado en términos bélicos: desde el extranjero se intenta acorralar a Rusia y negarle su condición de potencia internacional, parece el mensaje que subyace en muchas de las declaraciones oficiales. Este discurso toma, en ocasiones, formas muy estridentes, como en el caso de las declaraciones de Vladímir Zhirinovski, líder del Partido Liberal Democrático de Rusia (PLDR), que propone “la unión de los pueblos eslavos y ortodoxos ya que, de otra forma, nos será difícil contrarrestar la presión de un Occidente unido”¹⁵⁷. El PLDR expresa de forma cruda (posiblemente la clave de su éxito) lo que otras formaciones, como el Partido Comunista o Rusia Unida intentan matizar en su discurso, si bien no tanto en sus actuaciones:

“Es imprescindible un ejército fuerte, un poderoso KGB y un firme Ministerio del Interior, pues sin un ejército fuerte la economía de Rusia será dirigida por Occidente, que ya se ha apoderado por un precio irrisorio de no pocas de nuestras empresas. Sin un KGB poderoso en el país prosperará el terror, la corrupción y los sobornos a los funcionarios, el dinero de Rusia irá a los bancos occidentales a las cuentas de los funcionarios y rateros. Sin un firme Ministerio del Interior, en las calles de las ciudades camparán a sus anchas los delincuentes, entre ellos los que vienen de las regiones del sur (...)”¹⁵⁸.

¹⁵⁷ *10 punktov programmy Zhirinovskogo* [en línea] [ref de 17-05-2005]. Disponible en: <http://www.ldpr.ru/10_punktov_vvzh.html>.

¹⁵⁸ *Ibidem*.

La respuesta a la agresión externa se plantea, habitualmente, en términos militares: ejército, KGB y policía. Ante la propaganda exterior, lejos de apoyarse en soluciones más imaginativas, la reacción rusa suele formularse, como decimos, en clave de propaganda de guerra; es decir, recurriendo a métodos autoritarios de control de la información y castigo a la disidencia. No debe resultarnos extraña esta reacción en un país cuya clase política, a ello nos hemos referido ya, proviene en su mayoría de los órganos de seguridad y el ejército.

Tampoco sorprende que un imperio no esté dispuesto a reconocer su caída e intente volver, al menos en su discurso, a tiempos mejores. La obsesión por la idea de unidad nacional, presente en el discurso de casi todas las formaciones políticas (el nombre de *Rusia Unida* está lejos de ser una coincidencia), es coherente con el sentimiento común de la crisis del Estado. Y esta unidad pretende serlo ante un enemigo que busca la desaparición de Rusia como Estado, vista desde diferentes ámbitos como la gran tragedia nacional. Ya hemos comentado la concentración de esfuerzos propagandísticos ante el terrorismo internacional, pero, en ocasiones, “Occidente”, siguiendo un discurso habitual en la historia de Rusia, toma también este papel de enemigo externo. La idea del “enemigo occidental”, muy presente en el discurso político dominante en Rusia, no impide que, paralelamente, se trace una línea propagandística, de no menor importancia, que defienda la pertenencia de Rusia al mundo “occidental y democrático”. En una actitud que recuerda en ocasiones a la adoptada por países como la Colombia de Álvaro Uribe, Putin ha difundido con frecuencia un discurso calcado del neoconservadurismo estadounidense, con el que pretende aunar imagen democrática y grandeza nacional.

Ante la falta de otra ideología confesable que dé soporte a la intención de promover un “renacimiento patrio”, algunos analistas, por lo tanto, han intentado formular una suerte de neoconservadurismo ruso que sirviera de aglutinador de las diferentes tendencias políticas:

“Parece, que la variante rusa del neoconservadurismo puede convertirse en el medio de superar la escisión sociocultural. La ideología de la modernización permite conciliar las principales corrientes político-ideológicas (liberales y nacional-patrióticas), unir las ideas de la existencia como Estado, el socialismo, la democracia y los valores tradicionales (familia, moralidad, deber, patriotismo, etc.). El neoconservadurismo en las condiciones que vive Rusia podría cumplir el papel de ideología de centro, manteniendo el acuerdo entre las principales tendencias en la estrategia de modernización y consecución de los intereses nacionales y estatales, imprescindibles para el éxito de la transformación (en Rusia)”¹⁵⁹

Si bien Putin parece sentirse cómodo en el papel de “*neocón* ruso”, la militarización del régimen ha ido dando paso a opciones más parecidas a las de Zhirinovski, lo que ha tenido su reflejo en acusaciones constantes de intervencionismo, sobre todo estadounidense, en la antigua zona de influencia soviética. Para contrarrestar esta presión, sin duda existente, el gobierno ruso ha intentado, sin gran éxito, poner en marcha espacios comunes de información y educación entre los miembros de la CEI, medidas encaminadas a conservar el ruso como idioma de trabajo, etc.: parece claro que los antiguos hermanos soviéticos se sienten más cómodos en su alianza con el viejo enemigo capitalista.

¹⁵⁹ SEIDOV, V.G. “Informatsionnaya deyatelnost zarubezhnyj gosudarstv v SNG”. En: KASHLEV, Iuri (red., compil.). *Informatsia. Diplomatia. Psijologia*. Moscú: Izvestia, 2002.

La idea de que los años de la Unión Soviética crearon unos lazos, merecedores de ser conservados, entre los pueblos que la componían, es una constante en la retórica de Putin y ha servido en muchos casos para justificar la presencia rusa, también militar, en muchas de las antiguas repúblicas soviéticas. En lo que se refiere al espacio frecuentemente denominado Eurasia, el presidente parece partidario de un paternalismo modernizador (“civilizador”) que sitúa a Rusia como el verdadero garante de la democracia en la región:

“La misión civilizadora de la nación rusa en el continente euroasiático debe continuar. Esta misión consiste en que los valores democráticos, sumados a los intereses nacionales, enriquezcan y consoliden nuestra comunidad histórica”¹⁶⁰.

En este sentido, el Kremlin no resulta estar muy lejos de uno de sus “enemigos externos” en la zona: EEUU, cuyo discurso propagandístico en política exterior suele incluir la exportación de los “valores democráticos” a aquellos lugares estratégicos para sus intereses nacionales. Pero las relaciones históricas de Rusia con esta parte del mundo deben, sin duda, ser tenidas en cuenta para entender la actual propaganda rusa. En efecto, según algunos analistas, la esquizofrenia nacional que Rusia ha desarrollado, sobre todo desde el siglo XVIII, en su búsqueda por la propia identidad como una mezcla entre el “Oriente y Occidente”, llevó a menudo al intento de confirmar su carácter europeo mirando hacia el Este. Para comprenderse a sí misma como una nación europea (mientras que desde Europa se la veía como representación de lo “bárbaro”), “necesitaba construir una clara frontera cultural para separarse de este ‘otro’ asiático en Oriente”¹⁶¹. Siguiendo esta interpretación, la ambigua geografía hizo de la política asiática rusa un intento de afirmación de su condición europea en comparación con el Este.

“Anhelaban ser aceptados como iguales por Occidente, entrar a formar parte de la corriente principal de la vida europea. Pero cuando eran rechazados o sentían que los valores rusos habían sido subestimados por Occidente, incluso los intelectuales rusos más occidentalizados se inclinaban hacia el resentimiento dando un bandazo hacia un chovinista orgullo de su amenazante [por su tamaño] carácter asiático”¹⁶².

Esta dualidad discursiva que ha entrado a formar parte estructural de la historia de la propaganda imperial rusa se reproduce, con algunos ajustes terminológicos propios de los tiempos que corren, en nuestros días. “Somos una nación libre”, decía Putin en su discurso a la Asamblea Federal de 2005, y con una historia paralela a la de Europa:

“Durante tres siglos, junto a otros pueblos europeos, pasamos por las reformas de la Ilustración, las dificultades del proceso de formación del parlamentarismo, del poder municipal y judicial, construcción de semejantes Estados de derecho... Paso a paso, juntos avanzamos hacia el reconocimiento y la ampliación de los derechos humanos, hacia un igualitario y universal derecho al voto, hacia el entendimiento de la

¹⁶⁰ PUTIN, V. *Poslanie Federalnomu Sobraniu Rossiiskoi Federatsii* [en línea]. Moscú, 25/04/2005 [ref. de 16-05-2005; 17:51]. Disponible en:

<http://www.kremlin.ru/appears/2005/04/25/1223_type63372type82634_87049.shtml>.

¹⁶¹ FIGES, O. *Natasha's Dance. A Cultural History of Russia*. London: Penguin Books, 2002. p.377.

¹⁶² *Ibidem*, p.380.

imprescindible preocupación por los pobres y débiles, hacia la emancipación de la mujer y hacia otras conquistas sociales”¹⁶³.

No hace falta insistir en que, quien dice esto es, en gran medida, responsable de que ninguna de esas conquistas sociales se haya consolidado en Rusia en un período, el de su mandato, en el que no se ha aprovechado la bonanza económica para poner en marcha una verdadera y necesaria reforma social. De hecho, en el período que parte del año 2000, los altos precios del petróleo han traído al país una nada despreciable suma de ingresos que no se han visto traducidos en una mejora de la asistencia social del Estado sino, muy al contrario, en el desguace del exiguo estado de bienestar que heredara de la Unión Soviética. Pero en lo que aquí nos ocupa, el discurso propagandístico, es destacable, aunque no novedoso, la absoluta falta de conexión entre lo dicho y lo hecho; el presidente ha optado, descaradamente, por fomentar una retórica cuyos argumentos no tiene ninguna conexión con la realidad. Desarrollaremos a continuación esta característica de la propaganda rusa, pero antes sigamos con la línea discursiva iniciada. Putin ve a Rusia como una potencia europea capaz de decidir por sí misma, sin interferencias foráneas:

“Rusia es un país que ha elegido para sí la democracia por la voluntad de su propio pueblo. Por sí misma ha tomado este camino y, con la observancia de todas las normas democráticas universalmente admitidas, por sí misma decidirá de qué forma, teniendo en cuenta su especificidad histórica y geopolítica entre otras, puede garantizar la realización de los principios de libertad y democracia. Como país soberano, Rusia está capacitada para ello y determinará por sí misma y para sí los plazos y condiciones del avance por este camino”¹⁶⁴.

Ante el intento de inmiscuirse, desde el extranjero, en los asuntos internos de Rusia (como Chechenia), Putin reafirma su condición soberana, y por lo tanto independiente. El presidente se siente cómodo en su papel de “tirano demócrata”, de “déspota ilustrado” que propone la revolución desde arriba, quizás coincidente con su debilidad, comentada anteriormente, por Pedro I. Cualquier estudio de la propaganda llevada a cabo por el gobierno de Putin estaría incompleto si obviara este eclecticismo que, a veces, nos muestra a un presidente casi socialdemócrata que conjuga hábilmente la intención de conservar los logros sociales de la URSS con la eliminación de su carácter totalitario:

“Considero que el desarrollo de Rusia como un Estado libre y democrático es nuestra tarea político-ideológica más importante. A menudo pronunciamos estas palabras, sin embargo pocas veces revelamos el profundo sentido de valores como democracia, libertad, justicia y legalidad (en sus aspectos prácticos para nuestra vida) (...) Por supuesto, el propio poder no debe abusar de los medios administrativos que posee. Debe abrir nuevas posibilidades para el fortalecimiento en el país de las instituciones para una verdadera democracia. Negar al propio pueblo y a sí mismo la capacidad de vivir según reglas democráticas, significa no entender el pasado y no ver el futuro”¹⁶⁵.

Este tipo de discurso ha desconcertado a no pocos analistas políticos, dentro y fuera de Rusia, desde la llegada al poder de Vladímir Putin. Quizás, se interpretó a menudo, se

¹⁶³ PUTIN, V. *Op. cit.*

¹⁶⁴ *Ibidem.*

¹⁶⁵ *Ibidem.*

trataba del hombre que necesitaba la transición rusa, capaz de mostrarse firme en momentos de crisis y, al mismo tiempo, decidido en el inaplazable camino de Rusia hacia un régimen democrático. Ha pasado el tiempo suficiente como para que se haya ido perdiendo el optimismo que podría transmitir esta línea propagandística de Putin. Aún así, la persistencia de la misma sugiere varias interpretaciones.

Por una parte, podríamos hablar de una estrategia pensada fundamentalmente para consumo externo. De hecho, las palabras que hemos citado fueron pronunciadas en el discurso ante la Asamblea Federal el 25 de abril de 2005, poco antes de que buena parte de los líderes políticos mundiales acudieran a Moscú para asistir a las fastuosas celebraciones del sesenta aniversario del fin de la Segunda Guerra Mundial. Este acontecimiento hizo que los medios internacionales retomaran la polémica sobre el estado de la democracia en Rusia. También la Casa Blanca fue prolija en declaraciones que mostraban su preocupación sobre el particular, especialmente en lo que se refería a la debilidad de la libertad de empresa (siempre fundamental para Estados Unidos), ejemplificada en aquellos momentos en el irregular proceso judicial contra la empresa Yukos. Ante las acusaciones, una parte importante del discurso de Putin estuvo orientado al anuncio de nuevas medidas de su gobierno destinadas a aumentar la confianza y dar facilidades a los inversores extranjeros. Tampoco debemos obviar que el discurso democrático de Putin hace un poco más llevadera para sus socios comerciales, sobre todo en Europa y EEUU, la justificación de las alianzas y buenas relaciones con el Kremlin. Estos socios han demostrado ser bastante poco exigentes a la hora de verificar si realmente se están llevando a cabo las reformas prometidas, y parecen conformarse con que, al menos una vez al año, el presidente repita que está en el buen camino. Si consideramos esta interpretación al menos parcialmente válida, parece claro que estamos, cuando menos, ante un claro ejemplo de desinformación, ya que ningún análisis serio podría respaldar la tesis de que se están dando pasos firmes destinados al desarrollo real de la democracia en Rusia.

Cabe, no obstante, una segunda interpretación que nos llevaría a pensar que las aspiraciones expuestas por el presidente son, realmente, un honesto programa de intenciones. El problema, por lo tanto, sería conocer cuáles son los motivos que le llevan a no ponerlo en práctica. Desde esta perspectiva, cobraría mayor entidad la visión que defiende la debilidad del presidente Putin ante su entorno, una debilidad que ha sido a veces interpretada como consecuencia de la propia jerarquía militar: la de un teniente-coronel ante sus generales. La militarización de la política rusa, que ha creado verdaderos virreyes de alta graduación, nos ofrecería el panorama de un presidente incapaz de hacer cumplir la legislación que promulga. Esta situación se ve, además, completada por la corrupción endémica de un funcionariado mal pagado que opta por el soborno antes que por la observancia de la ley.

Por último, es posible que Putin sea presa del natural distanciamiento de la realidad social que el poder puede llegar a producir en determinados políticos. Viendo el abismo que separa el discurso del presidente del día a día de la población, y no queriendo entrar en un examen psiquiátrico que excede con mucho nuestros conocimientos y la intención que mueve a la redacción de estas páginas, no podemos más que situar a Putin en la tradición zarista, según la cual, el soberano es la encarnación del Estado y está por encima de las pequeñeces de la cotidianeidad de sus ciudadanos.

No debemos terminar este análisis sin referirnos a las propuestas que Putin formuló, en ese mismo discurso ante la Asamblea Federal, para conseguir la democratización del acceso a la información de la ciudadanía, y que incluyen una ambiciosa reforma de los medios de comunicación públicos para conseguir que todas las tendencias que se desarrollan en la sociedad rusa se vean reflejadas en los mismos.

“Considero que, ante todo, debemos garantizar el derecho de los ciudadanos a la información objetiva. Se trata de una importantísima cuestión política directamente relacionada con la marcha de nuestra política estatal en lo que se refiere a los principios de libertad y justicia. En este sentido, tengo ciertas esperanzas puestas en el proyecto de ley sobre la apertura informativa de los órganos estatales que se está discutiendo en la actualidad. Es importante que este proyecto sea aprobado lo antes posible”¹⁶⁶.

Como vemos, el presidente Putin no se dejó ningún tema en el tintero en su discurso anual a la Asamblea. Las manifiestas deficiencias en materia de libertad de expresión habían sido otro de los caballos de batalla de las críticas al gobierno, tanto desde la oposición interna como desde los medios internacionales. El presidente dedicó un espacio inusualmente amplio a formular lo que de él se esperaba, haciendo hincapié en las cuestiones más espinosas, como el criticado sistemático uso de la televisión pública como arma de propaganda gubernamental. Putin desplegó todos sus recursos para anunciar una serie de medidas que convirtiesen a la radio y televisión públicas en un espacio plural en el que todas las tendencias sociales y organizaciones políticas tuvieran la posibilidad de expresarse. Para ello se contemplaba incluso el control ciudadano de los medios públicos a través de un moderno “comité de sabios”:

“Propongo fortalecer el poder de la Cámara de Representación Social (*Obschestvennaya Palata*) para que garantice el control ciudadano de la observancia, por parte de los canales públicos del principio de libertad de expresión. Para ello, formando parte de la Cámara se puede crear una comisión compuesta por profesionales respetados socialmente, que garanticen la independencia de las políticas de radiodifusión, atrayendo para el trabajo a personal cualificado”¹⁶⁷.

No es la primera vez que Putin se refería a la necesidad de ampliar las libertades en materia informativa y de expresión, pero más de un lustro de continuada desinformación y promesas incumplidas no puede más que hacernos reaccionar con escepticismo ante una nueva batería de argumentos de aparente ambición reformista. Es muy probable que, a nivel administrativo, el presidente ponga en funcionamiento las medidas prometidas; de hecho, son innumerables las comisiones, subcomisiones, delegaciones y oficinas puestas en marcha en sus años de gobierno, con el objeto de escenificar la rápida puesta en marcha de las medidas prometidas en favor de la modernización y la efectividad del Estado. En la mayor parte de los casos, estas comisiones no han hecho más que engordar una administración ya obesa que se ve imposibilitada para avanzar. Además, en este caso hay sobrados motivos para el pesimismo. La “Cámara de Representación Social” ilustra, como pocas iniciativas, la idea de simular apertura del gobierno de Putin. En la línea presidencial de promover, desde arriba, estructuras que sirvan de representación y activación de la sociedad, se ha sacado de la manga esta institución, que pretende ser una especie de observador crítico permanente de la labor gubernamental y de los diferentes actores sociales, puente entre la sociedad civil y la

¹⁶⁶ *Ibidem.*

¹⁶⁷ *Ibidem.*

clase política. La elección a dedo de los miembros de una Cámara inservible y dócil a los deseos del Kremlin escenifica a la perfección el concepto de participación social que tiene la administración presidencial para Rusia.

Dicho esto, y a un lustro de convertirse en presidente, parece que el liderazgo de Putin está lejos de consolidarse, más bien el contrario, son muchos los indicios que apuntan en la dirección opuesta. Uno de estos indicios tiene que ver con las encuestas llevadas a cabo por el Centro Levada de análisis estadístico en mayo de 2005, que concluyen la entrada de la opinión pública rusa en una nueva etapa en lo que se refiere a la valoración del jefe del Estado y de la situación general del país. A la pregunta “¿Qué está ocurriendo, en su opinión, en el país?”, el 43% de los encuestados contestó que se estaba produciendo un “aumento del desorden y la anarquía”, mientras el 20% pensaba que “se está poniendo orden” en el país. Asimismo, el 8% opinaba que el país tiende a un régimen autoritario, mientras que un 12% se inclinaba a pensar que la tendencia era hacia la democracia¹⁶⁸. Mientras tanto, en lo referente a Chechenia, una nueva encuesta del mismo centro confirmaba, también en mayo de 2005, una tendencia que parecía ganar cuerpo en los últimos meses. Los ciudadanos rusos, al ser preguntados sobre de qué forma pensaban que el gobierno debía enfocar la cuestión de la guerra, si continuar con las operaciones armadas o iniciar negociaciones de paz, el 62% de los encuestados elegían la segunda opción, mientras el 25 se decantaban por la continuación de la vía militar¹⁶⁹; esa misma encuesta, llevada a cabo un mes después de la elección de Putin en 2000, daba resultados diametralmente opuestos.

Es evidente que los resultados de cualquier encuesta se prestan a diversas interpretaciones, pero es muy posible que el cambio de estrategia propagandística de Putin en los últimos años no le esté dando los frutos pretendidos. Como hemos comentado en páginas anteriores, Putin llegó al poder presentándose como el garante de la estabilidad en Rusia, intentando contraponer a toda costa su forma de hacer las cosas con la desarrollada por el entonces presidente saliente, Borís Yeltsin; sin embargo, la apuesta por la militarización del régimen llevó a un claro cambio de discurso, que apostaba por el miedo al enemigo, fuese éste el pueblo checheno, el terrorismo internacional o la amenaza de Occidente. La visión apocalíptica de una guerra interminable contra un enemigo poderoso que pretende llevar a la desmembración de Rusia como Estado, puede haber llevado a una parte importante de la sociedad rusa a ver su futuro lejos de la prometida estabilidad de los primeros años del “putinismo”. Quizás sea fruto del cansancio propio que genera una continua campaña de agitación prolongada, y es posible que los rusos comiencen a dejar de comparar a Putin con Yeltsin, que parece formar parte de un pasado “cerrado”, y hayan empezado a comparar a Putin... con Putin. La incertidumbre, no obstante, se cierne sobre el posible relevo del actual presidente, ya que el sistema represivo que ha ido construyendo en los últimos años ha impedido la formación de una oposición parlamentaria digna de ese nombre.

Concluamos advirtiendo una nueva realidad que se está abriendo paso en el antiguo espacio soviético, e incluso en el interior de la propia Federación Rusa: se trata de los

¹⁶⁸ *Chto, na vash vzgliad, seichas proisjodit v strane?* [en línea] Encuesta realizada el 27/05/2005 [ref. de 02-06-2005]. Disponible en: <<http://www.levada.ru/press/2005052701.html>>

¹⁶⁹ *Kak Vy schitaete, seichas sleduet prodolzhat voennye deistvia v Chechne - ili nachat mirnye peregovory?* [en línea] Encuesta realizada en mayo de 2005 [ref. de 02-06-2005]. Disponible en: <<http://www.levada.ru/chechnya.html>>

movimientos, más o menos surgidos de la población civil, que han tenido lugar en distintas repúblicas del “extranjero cercano”. Las movilizaciones en Georgia, Kirguizistán y, sobre todo, en Ucrania, que acabaron con cambios de gobierno nada favorables a Moscú, así como las abortadas en Azerbaiyán y más recientemente en Uzbekistán, demuestran que algo se mueve en el territorio de la antigua Unión Soviética. Si bien es difícil juzgar aún en qué quedarán estos cambios, así como evaluar la procedencia exacta de la chispa que ocasionó el fuego, no es menos cierto que han provocado una agria inquietud en el Kremlin. Putin, ante tales acontecimientos, se ha erigido en garante de la legalidad, insistiendo en que no se puede permitir que los cambios se lleven a cabo por la vía del levantamiento y la movilización popular. Lo que no sabemos es si, confirmando el refrán, el teniente-coronel del KGB ha puesto sus barbas a remojar.

CRONOLOGÍA

Siglo XVIII

El imperio ruso comienza los intentos de conquistar el Cáucaso, dando inicio a los conflictos con el pueblo checheno, entre otros. A finales del siglo, entre 1785 y 1791, la resistencia al imperio ruso será liderada por el jeque Mansur Ushurma, que pretendía la unión de los pueblos del Cáucaso Norte frente a Rusia. A partir de ese momento, la literatura rusa comienza a construir la imagen romántica de la conquista de un “Oriente” que, lejos de definirse por criterios geográficos, se referirá a territorios “bárbaros” como Crimea, el Cáucaso y, más tarde, Siberia.

Siglo XIX

Desde los primeros años del siglo, Rusia comienza a consolidar su dominio en el Cáucaso del Norte. El 1816, el zar Alejandro I nombra gobernador de la región al general Aleksei Yermólov, convertido para la historia rusa en la representación del militar duro y austero, símbolo del imperio y, para Chechenia, de la crueldad del colonialismo y la ocupación del poderoso vecino del norte. En 1818 se construye la fortaleza de Grozny, alrededor de la cual se formaría la hoy capital de Chechenia. Ese año comienzan a intensificarse las operaciones militares que se prolongarán durante más de cuarenta años. Entre 1834 y 1859, el imam Shamil encabeza la resistencia chechena. Las memorias escritas por los generales destacados en el Cáucaso y, sobre todo, las obras de escritores como Mijail Lérmontov y Lev Tolstoi (ambos participaron en la guerra), se convertirán en épica crónica de un largo y cruel enfrentamiento que costó cientos de miles de muertos entre ambos bandos. En la década de los sesenta comienza el repoblamiento del Cáucaso con población rusa. En los últimos años del siglo y los primeros momentos del XX, los chechenos participan, del lado ruso, en las guerras en que el imperio se ve envuelto.

Siglo XX

1900-1990

Durante la Primera Guerra Mundial, los chechenos forman parte del ejército ruso y, en la guerra civil posterior a la Revolución de Octubre, el apoyo a los bolcheviques fue mayoritario, probablemente motivado por las promesas de autonomía de los revolucionarios. En 1919 se crea un breve emirato del Cáucaso, del que Chechenia forma parte y, entre 1921 y 1922, existió un nuevo y fallido proyecto de República Soviética de las Montañas.

Ya con Stalin en el poder, y en virtud de la Constitución de 1936, Chechenia pasará a formar parte, junto a Ingushetia, de la República Socialista Soviética Autónoma de Chechenia-Ingushetia. Esta situación no hace desaparecer la resistencia al poder soviético, que reprime con fuerza diferentes levantamientos.

En 1944, durante la Segunda Guerra Mundial, Stalin acusa “al pueblo checheno” de colaboracionismo con los alemanes, lo que conduce a la deportación masiva de la población a Asia Central. Esta situación, que llevará a la muerte a decenas de miles de

chechenos, entre otros pueblos víctimas de la deportación, se prolongará hasta 1957, año en el que se permitirá a los supervivientes volver a su tierra.

Las décadas de los sesenta y setenta fueron de relativa tranquilidad entre Grozny y Moscú, pero los convulsos años de la *Perestroika* no pasaron desapercibidos en Chechenia, donde aparecerán diferentes fuerzas políticas que amenazan el unipartidismo soviético.

1990

Se forma el Congreso Nacional del Pueblo Checheno, dirigido por el general Dzhojar Dudáev, que encabezará la oposición a Zavgáev, miembro del partido comunista que había sido elegido ese año presidente del parlamento.

1991

Yeltsin es elegido presidente de la Federación Rusa. En agosto, tiene lugar un intento de golpe de estado contra Gorbachov, que no prospera. Un mes más tarde, en Chechenia, se produce el asalto al poder por el general Dudáev, que convocará y ganará unas elecciones presidenciales en octubre. El nuevo parlamento declara la independencia unilateral de Chechenia. En diciembre, Gorbachov dimite, sellando así la desaparición de la Unión Soviética. Las quince repúblicas de mayor rango administrativo se convierten en países independientes.

1992-1994

Aunque Rusia no reconoce la independencia de Chechenia, *de facto* el régimen de Dudáev funciona como un país casi independiente. En 1992, Chechenia e Ingushetia, unidas en una misma república, se separan. En 1993, Yeltsin disuelve el parlamento y la Federación Rusa aprueba una nueva Constitución.

1994

Tras varios enfrentamientos entre la oposición chechena controlada por Moscú y el régimen de Dudáev, el 11 de diciembre las tropas federales entran en Chechenia. Comienza la guerra.

1995

En junio, guerrilleros chechenos liderados por Shamil Basáev toman cientos de rehenes en un hospital de la ciudad rusa de Budionovsk. El secuestro se salda con más de 100 víctimas mortales.

1996

En abril, Dudáev muere víctima de un misil ruso. En julio, Yeltsin gana las elecciones presidenciales en Rusia y comienza nuevas ofensivas militares en Chechenia que se saldan con un rotundo fracaso. Se ponen en marcha una serie de conversaciones entre ambos bandos que llevan, en agosto, a los acuerdos de paz de Jasaviurt, poniendo fin a

la primera guerra de Chechenia e inaugurando un período de tensa calma entre Moscú y Grozny.

1997-1998

En enero, Aslán Masjádov gana las elecciones a la presidencia de Chechenia. Yeltsin y Masjádov firman la paz en mayo de 1997. El nuevo presidente, reconocido por Moscú, no consigue tomar el control efectivo de la república, produciéndose en esos años continuos asesinatos y secuestros, entre ellos, el del representante de Yeltsin en Chechenia, Valentín Vlášov.

1999

En agosto, Vladímir Putin sucede a Serguéi Stepashin como primer ministro. Ese mismo mes, guerrilleros chechenos encabezados por Shamil Basáev y el saudí Jattab entran en Daguestán con el supuesto objetivo de proclamar una república islámica. Días más tarde, las tropas federales recuperan el terreno ocupado por la guerrilla. Entre agosto y septiembre, diferentes atentados en ciudades rusas, incluyendo la capital, se saldan con más de trescientos civiles muertos. El Kremlin culpa inmediatamente a la resistencia chechena de lo ocurrido y, a finales de septiembre, comienzan los bombardeos de Grozny. Los ataques del ejército y los bombardeos masivos destruyen la ciudad y dejan centenares de muertos. A finales de octubre, una columna de refugiados que huía hacia Ingushetia es bombardeada. Se calcula que, a finales de noviembre, alrededor de 250.000 chechenos habían escapado a los campos de refugiados en Ingushetia. El 31 de diciembre, Yeltsin presenta su dimisión y Putin se convierte en presidente en funciones.

2000

A finales de enero, las tropas federales ocupan Grozny y la guerra se traslada principalmente a la zona montañosa del país. En las elecciones de marzo, Putin es elegido presidente. En junio se constituye una administración “temporal” en Chechenia, nombrada por Moscú y liderada por el muftí Kadyrov. Ese mismo mes, y a pesar de que los bombardeos rusos y las acciones de la guerrilla continúan, las autoridades militares declaran finalizada la guerra. En agosto, una bomba en el metro de Moscú deja 12 muertos y un centenar de heridos.

2001

Diferentes organizaciones internacionales denuncian las continuas violaciones de derechos humanos que se producen en Chechenia por parte de las tropas federales, incluyendo la sistemática tortura de los prisioneros. En diciembre, es capturado el líder guerrillero Salmán Radúev, que morirá en la cárcel un año después.

2002

En agosto, Georgia acusa a Rusia de llevar a cabo incursiones en su espacio aéreo, concretamente sobre el valle de Pankisi, cercano a la frontera con Chechenia, donde, según Moscú, se esconden grupos de “terroristas chechenos”. En octubre, un comando checheno secuestra un teatro de Moscú con alrededor de un millar de personas en su

interior. Tras tres días de asedio, las fuerzas especiales rusas toman el teatro ocasionando, al menos, 130 muertos. Un ataque suicida contra el edificio del gobierno prorruso de Chechenia deja 80 muertos.

2003

Se promueve desde Moscú una nueva Constitución para Chechenia, así como unas elecciones que llevan a la presidencia al candidato prorruso Kadyrov. Continúan las escaramuzas de la resistencia y las operaciones de “limpieza” de la guardia presidencial del nuevo presidente checheno.

2004

En febrero, muere asesinado en Qatar Yandarbiév, el que fuese presidente de Chechenia tras la muerte de Dudáev. Un mes más tarde, Putin es elegido de nuevo presidente. En mayo, un atentado acaba con la vida del presidente prorruso de Chechenia, Kadyrov. En septiembre, un grupo de combatientes armados toma por asalto un colegio de la ciudad norosetia de Beslán, secuestro que acabaría con más de trescientos muertos.

2005

En marzo, agentes del FSB ruso (antiguo KGB) matan al presidente checheno Aslán Masjádov.

Bibliografía: propaganda y guerra de Chechenia

- AKBULATOV, Sh.(compil.); ORLOV, O (compil.). *Kontrterroristicheskaia operatsia*. Moscú: Memorial-Zvenia, 2002.
- AMNISTÍA INTERNACIONAL. *The Russian Federation. Denial of Justice*. Londres: Amnesty International Publications, 2002.
- BAISAIEV, U. et al. *Zachistka*. Moscú: Memorial-Zvenia, 2000.
- BATURIN, Yuri; FEDOTOV, Mijaíl; ENTIN, Vladímir. *Zakon o SMI: na perekriostke vekov i mneni*. Moscú: Izdanie Soiuza zhurnalistov Rossii, 2004.
- BENNET, Vanora. *Crying wolf. The return of war to Chechnya*. Londres: Pan Books, 2001.
- DUNLOP, Jone. *Rossia i Chechnia: istoria protivoborstva. Kornii separatistskogo konflikta*. Banchik, Nadezhda (trad.). Moscú: R-Valent, 2001.
- EVANGELISTA, Matthew. *The Chechen Wars. Will Russia go the way of the Soviet Union*. Washington: Brookings Institution, 2002.
- FERNÁNDEZ ORTIZ, Antonio. *Chechenia versus Rusia. El caos como tecnología de la contrarrevolución*. Barcelona: El Viejo Topo, 2003.
- GANNUSHKINA, S.(compil.); CHARDINA, I. (compil.). *Problemy zhertv voennykh deistvi v Chechenskoii respublike. Mejanizm realizatsii resheni sudov i mer prokurorskogo reagirovaniia*. Moscú: R-Valent, 2000.
- GOYTISOLO, Juan. *Paisajes de guerra*. Madrid: Aguilar, 2001.
- GUBITOSA, Carlo. *Viaggio in Cecenia*. Roma: Nuova Iniziativa Editoriale S.p.A., 2004.
- HOFFMAN, David E. *Los oligarcas*. Barcelona: Mondadori, 2003.
- KASHLEV, Yuri (red., compil.). *Informatsia. Diplomatiia. Psijologia*. Moscú: Izvestia, 2002.
- KRAVCHENKO, N.A (red.). *Pravovye aspekty chechenskogo krizisa*. Moscú: Nauchno-informatsionny i prosvetitel'ski tseñtr Memorial, 1995.
- NIM, Naum (autor-compil.). *Piatiletka glasnosti. Ironika 1991-1996 gg*. Moscú: Prava cheloveka, 1996.

- NIVAT, Anne. *El laberinto checheno*. Pino Moreno, Marta (trad.). Barcelona: Paidós, 2003.
- PANFILOV, Oleg (coord.). *Dangerous profession. Monitoring of violations of journalists' rights in the CIS 2000*. Moscú: Human Rights Publishers, 2001.
- PANFILOV, Oleg. *Istoria Andréia Babitskogo*. Moscú: Prava Cheloveka, 2004.
- PANFILOVA, E:A: (coord.). *Grazhdanin imeet pravo znat*. Moscú: Prav-Izdat, 2003.
- POLITKOVSKAYA, Anna. *Vtoraia chechenskaia*. Moscú: Zajarov, 2002.
- POLITKOVSKAYA, Anna. *Una guerra sucia. Una reportera rusa en Chechenia*. Martínez, Catalina (trad.). Barcelona: RBA, 2003.
- POLITKOVSKAYA, Anna. *La deshonra rusa*. Madrid: RBA, 2004.
- POLITKOVSKAYA, Anna. *La Rusia de Putin*. Barcelona: Debate, 2005.
- PRYGANOV, S. (compil.). *Vtorzhenie v Rossiu*. Moscú: Eksprint, 2003.
- RIJTER, A.G. (red.). *Zhurnalistika i voina. Osveshenie rossiyskimi SMI voennyj deistvii v Chechnie* [en línea]. Moscú: Institut "Otkrytoe Obschestvo", 1998 [ref. de 05/10/2001]. Disponible en: <<http://www.medialaw.ru/publications/books/war/>>.
- ROMANOV, Yuri. *"Ia snimaiu voinu..." Shkola vyzhivania*. Moscú: Prava cheloveka, 2001.
- SCHEKOCHIJIN, Yuri. *Zabytaia Chechnia: Stranitsy iz voennyj bloknotov*. Moscú: "Agenstvo KRPA "Olimp", 2003.
- SHENDEROVICH, Viktor. *Zdes bylo NTV I drugie istorii*. Moscú: Zajarov, 2002.
- SIMONOV, Aleksei (coord.); PANFILOV, Oleg. (comp.); *Informatsionnaia voiná v Chechne. Fakty, dokumenty, sviditstva. Noiabr 1994-sentiabr 1996* [en línea]. Moscú: Fond Zashchity Glasnosti i National Endowment for Democracy, 1997 [ref. de 10/11/2000]. Disponible en: <<http://www.internews.ru/books/infowar/2.html>>.
- SIMONOV, A.K. (red.). *Poniatia chesti i dostoinstva, oskorblenia i nenormativnosti v tekstaj prava i sredstv massovoi informatsii*. Moscú: Prava cheloveka, 1997.
- SIMONOV, A.K. (red.). *Chest, dostoinstvo i reputatsia: Zhurnalistika i iurisprudentsia v konflikte (resultaty issledovania i materially konferentsii)*. Moscú: Prava cheloveka, 1998.
- SMITH, Sebastian. *Las montañas de Alá. La batalla por Chechenia*. Mariani, Hugo (trad.). Barcelona: Ediciones Destino, 2002.

- STEPAKOV, Viktor. *Bitva za "Nord-Ost"*. Moscú: Yauza-Eksmo, 2003.
- TAIBO, Carlos. *El conflicto de Chechenia*. Madrid: Los libros de Catarata, 2004.
- TAIBO, Carlos. *La explosión soviética*. Madrid: Espasa Calpe, 2000.
- ZASURSKI, Y.N. *Iskushenie svobodoi. Rossiyskaia zhurnalistika:1990-2004*. Moscú: Izdatelstvo Moskovskogo Universiteta, 2004.